



*La Segunda
Oportunidad De Un
Multimillonario*

Protegiendo
SU SECRETO

L.A. PEPPER

PROTEGIENDO SU SECRETO

LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DE UN MULTIMILLONARIO

L.A. PEPPER

ÍNDICE

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Epílogo](#)

[Sobre L.A. Pepper](#)

[Otros Títulos de L.A. Pepper](#)

[Lee un romance gratuito](#)



© Copyright 2019 - Todos los derechos reservados.

Es ilegal reproducir, duplicar o compartir cualquier sección de este documento, tanto por medios electrónicos como en formato impreso. La grabación y almacenaje digital de esta publicación queda estrictamente prohibida, no se permite a menos que se cuente con un permiso escrito por el editor. Solo se permite el uso de citas en reseñas o artículos.

Este libro es un trabajo de ficción, cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, o lugares o eventos, es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

La limusina de la compañía se alejó mientras subía por las escaleras del edificio de tres pisos. Respiré profundamente y dejé entrar el aroma verde de la calle arbolada; el suave aire de la tarde de junio en Greenwich Village. Puede parecer gracioso pensar que el aire en Nueva York sea fresco, pero comparado con calor seco y el smog de Los Ángeles, la luz en esta calle tranquila parecía pura y acogedora. Me alegré de cambiar la constante socialización de California por mi pequeño santuario aquí.

Hogar dulce hogar.

Ser de dos costas podría sentirse como estar dividido en dos a veces. Nunca estás seguro de lo que dejas atrás o dónde deberías estar, siempre teniendo esa sensación molesta de que no estar aquí, no es del todo real. Jugando a fingir, de alguna manera. Ahora, sin embargo, ahora había agotado todas mis razones para quedarme en Los Ángeles. La tinta de los papeles del divorcio todavía estaba húmeda cuando empaqué mis maletas y abordé el primer vuelo posible. Así que aquí estaba. Ni siquiera pude advertir a nadie que venía. O tal vez no quería admitir mi completo y absoluto fracaso.

Abrí la puerta principal y oí el lamento de un sonido no identificable. La música llenó la casa. Sonreí. Mi prima se estaba quedando aquí porque sus padres la repudiaron cuando confesó ser lesbiana. Ser parte de mi familia trae consigo un montón de dinero, de privilegios, poder, propiedad. Pero con esas recompensas también hay bastantes dificultades. Sobre todo la familia en sí. Éramos un montón de reprobados. Egoístas. Excesivamente orgullosos. Condescendientes. Codiciosos. Yo incluido. Definitivamente, yo incluido. Los Ángeles no fue un fracaso porque yo fuera un buen tipo. ¿De qué sirve conseguir todo lo que deseabas, si todo lo que querías te hacía sentir miserable? E hizo a todos a tu alrededor miserables, también. Mis padres decían que la felicidad no era el punto y luego me chantajeaban con desheredarme para obligarme a hacer cualquier cosa que quisieran.

A veces me alegro de que mis padres hayan fallecido, otra cosa que me hace egoísta. Nunca habíamos sido cercanos. Cuando nos las arreglamos para reunirnos, fue generalmente antagónico. Siempre había sido una decepción para ellos. Había intentado serlo. Ahora no quedaba nadie a quien decepcionar, y era un alivio. Era sólo yo y mi prima favorita, y podía fastidiar a sus padres recibéndola y haciendo infeliz a la generación mayor. No pudieron hacer nada para detenerlo. Había heredado toda la fortuna. Nadie podía hacerme frente y yo podía hacer lo que quería. Lo que quería era apoyar a mi prima porque mis tíos eran intolerantes ostentosos y rectos. Era una situación donde todos ganaban. Sonreí ante la idea y abrí la puerta de mi casa.

—¡Bette!—Llamé sobre música. Ella no respondió. Era una chica de fiesta, como el resto de mi familia. Coge la vida que quieras. Disfruta de las chicas bonitas. Toma el mejor champán.

Viaja por el mundo. Haz lo que quieras. Vivimos una vida tan envidiable. Fue un montón de mierda.

Esta música no me ayudaba a la cabeza de la cabeza. —¡Bette, cariño! —Había un límite en mi voz. Tal vez tenía una chica allí, y yo estaba interrumpiendo algo. Puse mis llaves en la mesa del vestíbulo y puse mi maleta en el arco. Miré por las escaleras, pero todo parecía estar tranquilo allí arriba. La música venía de la cocina, así que abrí la puerta. Casi me tambaleé por la onda sonora. Esto era demasiado ruidoso para una situación romántica.

—¡Bette, maldita sea! —Grité esta vez, sobre la música. —La dejé. Ya no estás solamente cuidando la casa. Ahora somos compañeros de piso—. Me detuve.

Había una chica en la cocina de espaldas a mí. Tenía una encantadora piel oliva expuesta por una camisa sin mangas pequeña y rizos color bronce de cabello ondulaban sobre sus hombros. Su trasero tenía una forma perfecta de corazón y llevaba puesto unos pantalones demasiado cortos. Me tambaleé hacia atrás por la perfección. Estaba descalza, y estaba...

Estaba bailando con dos grandes y peludos perros.

No era Bette.

Permanecí de pie, pasmado y la vi bailar al ritmo de una música inidentificable. Una mujer cantó en el registro más alto, luego hasta el registro bajo y luego de nuevo. La extraña bailaba con más entusiasmo. Meneaba ese gran trasero, y los perros saltaban a su alrededor. Uno de ellos puso sus gigantes patas en sus hombros y ella comenzó a... No sabía cómo llamarlo... ¿bailar un vals con él?

El perro era casi tan sorprendente como la chica, con el pelo largo caído color marrón chocolate oscuro y un hocico puntiagudo. Espera. ¿No me había preguntado Bette si le permitía tener perros en la casa? Había estado teniendo una pelea con Brigitte en ese momento, así que dije que sí y volví a quejarme de ella, pero sí. Ella dijo dos. Algún tipo de sabuesos. Estaba pensando en algo más pequeño como un *basset*, pero no estos perros. Sí, con esa altura y esa constitución delgada, pelo largo y perfil acuífero, ese sería el tipo de perros que Bette conseguiría. Se supone que los perros se parezcan a sus dueños, ¿no? Me reí al pensarlo, fue difícil mantener la sonrisa en mi cara. Pero la chica se estaba dando la vuelta, dando vueltas al perro así que finalmente me daba la cara.

Gritó y dejó caer al perro que aterrizó en el suelo y comenzó a rebotar como si aún estuviera bailando.

—¡Hola! —Grité. La música aún sonaba fuerte.

Sus ojos eran enormes y tan verdes como las hojas. Su boca estaba llena y rosada y arrugada en una 'O' de asombro. O de horror. Era encantadora.

—¿Eres la nueva novia de Bette? —Pregunté sobre la música. Bette tenía buen gusto. Era hermosa y su camisa apenas contenía el más grande par de pechos que había visto.

—¿Qué? —Preguntó, apenas la pude oír.

—¿ERES LA NOVIA DE BETTE?

Ella negó con la cabeza y corrió hacia el estéreo montado debajo del mostrador y presionó algunos botones. La música se apagó, y me sentí casi ensordecida por el silencio repentino.

—Vaya. No sabía que el estéreo sonaba tan fuerte —dije, y no podía evitar sonreír. Todo sobre esta escena me hizo feliz. Era una sensación que no había tenido en mucho tiempo.

—Oh. Lo siento mucho, —dijo y parpadeó con pestañas negras gruesas como si ella también estuviera reaccionando. Su voz era ronca y resonante y algo bajo en mi cuerpo se apretó.

Oh. Bien. Mierda. Eso no estuvo bien. —Así que eres la nueva novia de Bette, —le dije, recordándolo para mí mismo. Sólo porque yo fuera James Silver no significaba que tuviera todo

lo que quería. Era bueno para mi carácter que se me negara a la novia de mi prima.

Volvió a parpadear como si le sorprendiera que dijera tal cosa y se rio. El sonido me atrapó en el intestino. —No. Estoy cuidando a sus perras mientras ella no está. Las acompaño durante el día cuando ella está ocupada —. Se irguió con orgullo. —Paseadora de perros.

No era la novia de Bette. El alivio que sentí fue como una cosa sólida. Probablemente sería un problema. Pero hace tiempo que no estoy en problemas. Sonreí y me incliné contra la encimera oscura. —¿Tienes un nombre? —Resultó que no había razón por la que se me negara lo que quería, de todos modos.

Inclinó la cabeza hacia mí y un mechón de cabello bronce rizado cayó sobre su ojo. —¿Hannah?

No estaba seguro de cómo era tan sexy sin maquillaje y usando ropa para pasear perros. Ropa para bailar con perros, supuse. —¿Es esa una pregunta?

Se enderezó y puso las dos manos en la encimera frente a mí. —No. No. Mi nombre es Hannah.

—Encantado de conocerte, Hannah —le mostré la sonrisa que hace que las chicas se derritan.

Ella estrechó los ojos. Era exactamente lo opuesto a mi ex-esposa. Fue emocionante. —Bette está en Italia con sus amigos. Volverá al final de la semana. Yo soy la paseadora de perros.

—Ya dijiste eso.

—Supongo que lo hice.

—¿No quieres saber quién soy? —Me deslicé en el taburete y le sonreí.

Me devolvió la sonrisa, amplia y brillante, y llena de sol. Casi me tumba del taburete con esa sonrisa. —Sé quién eres, James.

Estaba perdido. No estaba acostumbrado a estar perdido. Su sonrisa y su voz ronca, en complicidad, y la forma en que dijo mi nombre vaciaron mi cerebro. Dejé que mi máscara practicada se apoderara como lo había hecho estos últimos meses. —James Silver, playboy multimillonario, a su servicio.

Me arqueó una ceja. —¿Es eso lo que eres?

—Así es como me llaman en los medios de comunicación. Pero tú eres la paseadora de perros de Bette. Así que tal vez me conozcas de esa manera. Soy el primo de Bette. Esta es mi casa.

—Sí. Claro—. Cruzó los brazos e inclinó la cabeza de nuevo. —Así es como te conozco—. Esta vez el mechón de cabello cayó sobre su cara y ella aventó un soplo para moverlo antes de rendirse y acomodarlo detrás de su oreja. —También estás recién casado con la estrella de cine, Brigitte LaFontaine. Su película acaba de romper récords de taquilla. Debe estar muy orgulloso, señor LaFontaine.

La ira brilló a través de mí y me puse de pie. —Silver —dije en breve, —James Silver. No señor LaFontaine. El señor Silver.

—Oh, ¿estamos sensibles? ¿No te gusta que tu esposa te eclipse? —Se burló de mí.

Me quebré. —No me importa si mi esposa me eclipsa si realmente fuera mi...—corté las palabras. Estaba contractualmente obligado a no revelar nuestro divorcio. Todavía no. No durante la semana de apertura. No podría tener un escándalo que pudiera dañar la ganancia en taquilla. De hecho, todavía debía estar en Los Ángeles, acompañándola hasta el último evento de *marketing* y celebración, pero me negué a firmar los malditos papeles a menos que me dejara ir enseguida. Maldito sea el chisme.

El matrimonio había sido un error desde el principio. Le creí cuando dijo que amaba a mi verdadero yo, pero lo que le gustó fue mi reputación y la atención que el matrimonio con un Silver la traería. Le encantaba pretender. Le encantaba ser el centro de atención, pero una vez que la

boda millonaria había terminado y las sesiones de fotos de nosotros en nuestra nueva casa bellamente decorada se hicieron, ella realmente ni siquiera se preocupaba por hablar conmigo.

—¿Estás bien?—Preguntó Hannah, su voz ronca baja y preocupada como si realmente le importara un carajo.

Me encogí de hombros. Estaba deseando que a alguien le importara un carajo.

—¿Quieres una cerveza?

—¿Una cerveza? Son las dos de la tarde entre semana—. No es que no hubiera pasado todo el día borracho cuando me convenía, pero no me había convenido en un tiempo, pensándolo bien.

Se encogió de hombros, imitando mi movimiento. —Soy una paseadora de perros. No tengo dónde estar. Eres un playboy multimillonario, que recién desciende de un vuelo a través del país. ¿Tienes otro lugar dónde estar ahora mismo?

Con la forma en que me miraba, su forma fácil de ser, sin pedirme nada, o tratar de ser algo que no era, sentí un fresco de anhelo pasar por mí. ¿Anhelando qué? No sabía. No sólo una chica bonita. Quería regresar a un tiempo más inocente, tal vez, donde un chico y una chica bonita pudieran sentarse y tomar una cerveza y simplemente... Ser.

Suspiré, y sentí como si hubiera estado conteniendo la respiración durante años. "Sabes, he tenido un día bastante duro, me vendría bien una cerveza."

—¿Un día duro?—Se burló. —Todavía es bastante temprano.

Asentí y recorrí con la mano mi cabeza. —Es un traspaso de mi duro ayer. Y mi duro de la semana pasada. ¿Sabes qué? Ha sido un duro año. No lo sé, tal vez más.

Esta vez, cuando me miró, fue como si entendiera lo que estaba diciendo a un nivel profundo. Me miró y supe que no esperararía que fuera otra cosa que no soy. Y yo era suficiente para ella.

Su sonrisa brillaba, y giró hacia el refrigerador, sacando un par de cervezas y abriéndolas. Puso una delante de mí y luego levantó la suya en un brindis. —Bienvenido a tu hogar, James.

Ah. Eso fue todo. Ella se sentía como un hogar.

CAPÍTULO DOS

James Silver no me reconoció.
Ni un poco.

Lo miré, y estaba tan hermoso como la última vez que lo vi, cuando tenía dieciocho y le gritaba insultos a través de la verja del jardín porque era un tonto pretencioso con sus amigos geniales y todo su dinero y privilegio. Y yo era la cerebrita de cabello rizado y aparatos dentales, siempre buscando pelea. No, cuando lo miré, vi al chico del que estaba enamorada perdidamente, pero ¿el hombre en que se convirtió? Era más hermoso que nunca, su cabello oscuro más largo y ondulado de modo que sus ojos azules brillaban detrás de un mechón caído sobre su frente. ¿Y esa sonrisa? Cien voltios. Debió haber trabajado en ella. Tuve que enderezar mi columna para no derretirme bajo su fuerza. Y divina gracia, sus hombros eran anchos, y era mucho más alto de lo que yo recordaba. Podía envolverme con sus brazos y me protegerían de todo el mundo. ¿Era mi memoria o realmente había crecido tanto? Era un hombre. Era un Hombre. Era todo lo que había soñado que un hombre podía ser. Y no estaba segura de si mis recuerdos de él eran más grandes que la vida, o si realmente era tan HOMBRE.

Y sin embargo, cuando me miró, no me reconoció. Y pensar en lo mucho que había estado soñando con él durante toda mi adolescencia, anhelándolo, deseando que notara mi presencia. Tenía un lugar tan prominente en mis recuerdos, en mis sueños, pero cuando me volvió a ver, después de todos estos años, ni siquiera me reconoció. ¿Había cambiado tanto? ¿Qué me creciera el pecho y deshacerme de los aparatos dentales realmente hizo tanta diferencia? No sabía. Y ahora me quedé asombrada de todo.

Me había sorprendido cuando entró en la casa sin previo aviso, pero no tan sorprendida. Era su casa, y yo lo sabía. Siempre lo supe. Siempre había esperado que apareciera un día mientras yo cuidaba a los perros, así que esa no fue la sorpresa. Y no fue una sorpresa que él entrara mientras yo estaba bailando lento con Andrómeda, que tenía mejor ritmo que Casiopea si tengo que ser honesta. Fue más o menos la forma en que transcurrió mi vida, con gente siempre encontrándome haciendo algo ridículo. Estaba acostumbrado a eso. No, eso no fue impactante.

Lo que me sorprendió fue cómo James me miraba ahora, como si pudiera comerme con una cuchara y lamerme hasta dejarme limpia. Y me gustó. Mucho. Me hizo querer inclinarme hacia él y morder su muñeca para marcarlo como apropiación. Lo cual también fue impactante. No había sentido ese tipo de cosas en años. Si es que alguna vez las sentí.

Lo que también fue impactante fue que cuando me miró, no vio a la pesadilla de su adolescencia, su molesta y fastidiosa vecina de al lado... vecina trasera, ya que la elegante y costosa mansión de sus padres, y la pequeña y deteriorada casa de dos dormitorios de mis padres compartían una cerca del jardín. Hace cien años, mi pequeño hogar era la casa de carruajes de la

mansión, casi como un garaje. Mi mamá y mi papá, maestros, nada especial, la habían comprado cuando los bienes raíces eran bajos y tenían un poco de dinero de la herencia del abuelo, y luego se negaron a vender cuando el vecindario estaba en gentrificación y cada vez más caro. Se quedaron para fastidiar a todas las personas ricas que llegaban e invadían su vecindario y trataban de apoderarse de las pequeñas tiendas independientes y sacar a las familias más pobres.

Mis padres no eran precisamente indulgentes. Eran difíciles, enojados y obstinados. Si tenían motivos por los que luchar, luchaban. Si tenían una petición que distribuir, tocaban todas las puertas. Si tenían una marcha a la que unirse, marchaban hasta Washington de ser necesario.

Rebeldes, decían. Que se joda El Hombre, decían. Y habían decidido que El Hombre estaba representado por la muy rica y apropiada familia Silver. Desde el momento en que los Silver se mudaron y trataron de quitar un antiguo y hermoso árbol de arce al frente de la casa, hasta el día en que me fui a la universidad, y mis padres estaban tratando de evitar que los Silver compraran y derribaran un centro comunitario que mis padres llamaban histórico y los Silver lo llamaban un peligro de incendio que sólo era apto para la bola de demolición, los Silver y los Cleary estaban en guerra. Y también James y yo... sólo que había usado mi nombre de pila entonces, Philomena—Phil, un nombre horrible del que me deshice tan pronto como fui a la universidad. Hannah, mi segundo nombre, era mucho mejor. Era el nombre de una chica sin la carga de esa familia. De ese pasado. De ese yo.

Mis padres me habían avergonzado tanto, incluso si estaba de acuerdo con algo de lo que decían. Traté de llevarme bien con James, pero me miraba como si fuera una molestia. Lo cual no era como me miraba ahora. Y no quería que eso cambiara. Por eso le dije que me llamaba Hannah. No fue una mentira. Fue simplemente... un retraso. Una pausa.

Así que en su lugar, dije, "Sé quién eres", y le dejé creer que lo conocía a través del boca a boca o revistas de chismes o Bette, y no de mi propio patio trasero. Y cuando me sonrió e hizo que mis rodillas se debilitaran. No quería despedirme, así que le ofrecí una cerveza.

Tomé un trago y luego me ahogué.

—¿Estás bien?—Preguntó, mirándome con preocupación honesta.

Me reí. —Sí, estoy bien. Me acabo de dar cuenta de que te ofrecí tu propia cerveza. Estaba en tu refrigerador. En tu casa."

Miró la cerveza en su mano. —No, nunca he conocido esta cerveza. Estoy bastante seguro de que me ofreciste la cerveza de Bette. Y ya que vive en mi casa, no me importa beber su cerveza—. Parecía avergonzado. —Olvidé totalmente que Bette estaba en Italia. Sabía que estaba, pero lo olvidé. Necesitaba irme de Los Ángeles y no podía esperar. Necesitaba volver a casa.

—¿Tenías que volver a casa con tanta urgencia que no podías avisarle a nadie que vendrías? Apuesto a que tenías tiempo para preparar tu jet privado.

Arrugó la cara en confusión. Dios, era tan lindo, con esos ojos azules penetrantes y el cabello negro que ondeaba sobre su frente. Incluso el desconcierto se veía bien en él. —Reservé el primer vuelo disponible. No tengo un jet privado.

—Por supuesto que sí. Eres un multimillonario. ¿Por qué no desperdiciarías todo tu dinero en un jet privado?

—Tal vez soy un multimillonario porque no malgasto todo mi dinero en jets privados que no uso, ¿eh?—Se burló.

—¿Es por eso que tienes una casa multimillonaria en la que nadie vive mientras vives en Los Ángeles con tu hermosa esposa?—Vaya. Eso salió mucho más afilado de lo que realmente quise decir. Estaba celosa. Celosa de su hermosa, perfecta y famosa esposa, lo que era RIDÍCULO, porque no había visto a James Silver en más de una década. E incluso entonces, él era sólo el

multimillonario de al lado. No importa qué tanto lo anhelaba, no era mío, nunca lo había sido y nunca lo sería, y lo sabía. Entonces, ¿por qué estaba diciendo cosas que lo hacían entrecerrar los ojos y resoplar con desdén? ¿Qué me pasaba?

—Escucha. No quiero hablar de Brigitte. Y no quiero hablar de Los Ángeles. Es una ciudad terrible. Soy neoyorquino. Pertenezco aquí. Esta es mi casa. Y no estaba vacía. Mi prima vivía en aquí mientras yo estaba en la costa equivocada, así que ¿crees que podríamos relajarnos un poco? Realmente necesito relajarme.

Lo miré de nuevo. Detrás de la estructura ósea perfecta y los hombros musculosos. Sus ojos azules estaban tristes. Y cansados. James estaba triste, y no me gustó. Sabía que era ridículo tener interés en su bienestar, pero lo hacía, y no tenía otro lugar donde estar, así que seguía la corriente.

Le asentí con la cabeza como si tuviera la respuesta a todos sus problemas. Así era.

—¿Sabes cuál es una buena medicina para un vuelo demasiado largo después de alejarte de todas sus responsabilidades a través del país?

—¿Cuál?—Su voz era sospechosa, pero también curiosa y me encantaba.

—Un jardín de Greenwich Village en una tarde perfecta con cervezas y botanas de queso.

—¿Qué?—Totalmente desconcertado.

—Me escuchaste. Botanas de queso. Confía en mí—. Me di la vuelta y saqué las botanas de Bette de su alacena. La alacena de James. —Estos son orgánicos. No conseguí que Bette comprara los de color naranja neón, pero estos servirán. Tendremos que imaginar que nuestros dedos son del color de residuos tóxicos.

—¿Residuo tóxico? —Miró intrigado. Salí de detrás de la amplia encimera de la alacena, agarrando el resto de las cervezas y lo empujé con mi hombro para que se levantara del taburete y se pusiera de pie.

—Vamos—le dije, —te invito a sentarte conmigo en tu patio. ¿No quieres venir? Puedes contarme sobre tu terrible día, semana, año, y puedo contarte sobre el mío. Sin embargo, es mucho más de un año, así que no sé cuánto tiempo nos llevará repasar el mío.

Se rio. No una risa fingida. Una risa sorprendida. Como si yo fuera la sorpresa. Eso me gustó. Moví mi lengua a lo largo de mis dientes y él lo vio. Oh Dios.

En lugar de responder a eso o al hormigueo que recorrió mis nervios, abrí las puertas francesas al jardín. Las perras salieron corriendo, prácticamente derribándome, y me senté en la mesa de hierro forjado del patio. Tomó un momento para unirse a mí, una sonrisa tonta en su cara como si no supiera lo que estaba pasando en su vida.

Me gustó. Me gustó no ser la única que estaba girando. Él estaba igual de atónito que yo.



La tarde se desarrolló sin que me diera cuenta. Hablamos de todo bajo el sol menos de nosotros mismos. Fue un intento de olvidar los días/meses/años malos simplemente fingiendo que no existían, aunque fuese sólo por un momento.

La bolsa de botana se había vaciado. No estaba segura de cómo. Las botellas de cerveza se volvieron dos, y los dos cuidamos nuestros últimos sorbos, sabiendo que cuando nuestras bebidas terminaran, tendría que irme. No quería irme, y no pensé que él tampoco quisiera. Las perras descansaban a nuestros pies, dormitando. Desabrochó los dos botones superiores de su camisa y se enrolló las mangas, mientras yo trataba de evitar babear. Su cabello desaliñado en la cálida brisa de finales de primavera.

Se burló de mí por mi elección musical, a lo que fingí ofenderme y luego se ofreció a probar

la superioridad de los cantautores independientes.

Subí el volumen del estéreo de la cocina hasta que las perras comenzaron a saltar alrededor, pensando que estábamos jugando de nuevo.

—¡Baila!—James gritó, su sonrisa tan amplia y brillante hizo que mi corazón cantara. Le arrugué la nariz, sabiendo que se estaba burlando, pero haría que trabajara para conseguirlo.

—Sólo si bailas con nosotras—. Me puse de pie y lo señalé, desafiando, tratando de ocultar la sonrisa de mi cara, pero fallando.

—¿Bailar esto? ¿Con esa extraña señora chillona con el rango ridículo?

—Sí, con esta señora chillona. ¿De qué otra manera esperas bailar con perros si no es raro y ligeramente salvaje?

Se rio. Oh, fue una buena risa. Y sus ojos captaron los míos. Oh, fue tan buena mirada. Y se puso de pie. Y dio un paso hacia mí. Dos. A sólo un brazo de distancia comenzó a mover la cabeza y saltar como una pulga trastornada.

Duplicué mi esfuerzo, histérica, antes de perder el aliento de nuevo. —¡Sí!—Grité y luego me uní a él. Entonces las perras también se unieron y éramos cuatro saltando como lunáticos, riendo y ladrando como locos.

Casi me caí sobre Andrómeda, bajo mis pies. Me resistí pero me enredé en el perro demasiado entusiasta. Casiopea tenía que involucrarse cada vez que su hermana estaba recibiendo atención, y llegó saltando, y luego me tropecé.

—Cuidado, —dijo James, atrapándome antes de caer al suelo, con sus brazos fuertes a alrededor de mí, sosteniéndome con fuerza contra su pecho. Me sentí tan bien. Se sentía bien. Su calor se impregnó en mí y el rápido latido de su corazón hizo que el mío quisiera equiparlo en armonía.

Recuperé el aliento y le miré a la cara. Me miró desde arriba, la risa huyó. Sus labios se curvaban suavemente, con ternura. Se veían suaves y llenos y lo anhelaba. —Hola —dijo—. Eso fue todo. Conocía esa mirada. Quería besarme. Se mordió la esquina de la boca y miró hacia abajo a la mía.

—Lo siento, —dije y lo empujé, mis manos contra su pecho, tratando de mantenerme de pie por mi misma. Me sostuvo de los brazos hasta que recuperé el equilibrio.

—¿Estás bien?

Di un paso atrás. —Sí, —dije, sin sentirme bien. No era el equilibrio en mis pies lo que había perdido. Era el equilibrio en mi cabeza. En mi corazón. Yo lo quería. Mi cuerpo quería apoyarse en el suyo. Mis manos querían envolverse alrededor de su espalda, deslizarse por sus músculos hasta el cuello, en su cabello y agarrarlo. Mis labios querían presionar contra los suyos, mi lengua quería probar. Di un paso más atrás. —No. No. James. No estoy bien.

Sus cejas se juntaron en preocupación. —¿Qué pasa?

—Esto—. Extendí mis brazos como señalando el hermoso jardín, las flores y los árboles y las paredes que mantenían a la ciudad y a la vida y a la realidad lejos.

—Sólo nos estábamos divirtiendo, Hannah—quiso alcanzar mi muñeca como si quisiera llevarme de nuevo entre sus brazos.

No lo dejaría. —De eso estoy hablando. Justo ahí. No estamos sólo divirtiéndonos—. No quería jugar más juegos. No quería vivir mi vida con miedo de decir lo que pasaba por mi mente. Y esto era peligroso. —Hay algo entre nosotros. Querías besarme.

Resopló una risa suavemente. —Sí, quería. Tienes razón. Y querías devolverme el beso.

Pisoteé un poco el pie. No me gustó eso. Actuaba como si estuviera bien. —Estás casado, James. Con una mujer muy hermosa y famosa. Estás casado. No puedes besarme.

Vi la tranquilidad y la felicidad en su cuerpo convertirse en tensión. Sus ojos brillantes se oscurecieron, y apretó la mandíbula. —Hannah, no es...—se detuvo y me miró como si fuera mi culpa que estuviera casado. Se frotó una mano sobre su cara. —Es complicado, de acuerdo. Todo con ella es muy complicado.

—Conozco lo complicado, James. Ya no hago lo complicado si puedo evitarlo. Lo que quiero de la vida es muy simple. Yo. Un trabajo con el que sobrevivir. Y la gente que no me complica la vida. Eso es todo.

—¿Es todo lo que quieres de la vida?—Me preguntó como si tuviera derecho a conocer mis metas en la vida.

—Ahora mismo sí.

Dejó salir un suspiro de frustración. —Hannah. Sólo necesito explicar...—se detuvo de nuevo. Suspiró una vez más. Frotó su mano a través de su cabello. —Hannah.

Me reí. —Correcto. Está bien. Bueno, ¿sabes qué? Tengo que llevar a caminar a los perros.

—Claro que no. Están en el jardín. No necesitan caminar.

—No son los únicos perros que llevo a caminar. Tengo once. Y todos necesitan caminar. Es mi trabajo.

—¿Cuánto tardan once perros en caminar? Necesito hablar contigo. No. Quiero hablar contigo.

—Dos horas, pero no lo sé...

—Por favor.

De no ser porque era el chico del que me había obsesionado en mi adolescencia, me hubiera ido y no le hubiera vuelto a hablar. Era demasiado peligroso. Pero él era ese chico. Ese hombre. Y una parte de mí quería aferrarse a ese lado mío que aún cree en el amor, en los hombres y en la esperanza.

Esto hacía a James Silver el hombre más peligroso para mí. Y aun así. —Está bien, volveré en dos horas. Será mejor que lo compenses—. Cortejé al peligro. Fui una tonta.



Cuando regresé más tarde, había anochecido. Abrí la puerta de la casa y les quité la correa a Andrómeda y Casiopea, y luego James estaba allí. Colgué las correas en los ganchos junto a la puerta sin mirarlo.

—No te vayas, —dijo antes de que pudiera decir nada.

—Estaba a punto de decirte que no puedo quedarme—. Intenté no mirarlo pero era demasiado difícil. Podía sentirlo ahí parado incluso cuando no lo miraba. Me asomé. Se mantuvo igual de guapo de como recordaba que había sido en mi juventud. Todo el paseo fui hablando con once perros, discutiendo con ellos sobre cómo no podía ser tan guapo, que era sólo mi recuerdo de adolescente haciéndolo aún más encantador de lo que era. Pero allí estaba, apoyado en el arco, alto y de hombros anchos con esos ojos penetrantes mirando directamente a mi alma. Qué desastre. Yo. Yo era un desastre. Él era glorioso. Un dios. Estaba tan jodida.

Se había cambiado de ropa. Traía una playera azul y pantalón de mezclilla que le quedaban tan bien que pusieron a prueba mi poder de voluntad. Tenía que saber lo apuesto que era. Estaba casado con una estrella de cine. ¿Lo había hecho a propósito?

—No estoy casado.

—Claro que sí. No soy idiota. Te casaste hace no más de un año. Estaba por todos los periódicos. Vi toda la sesión fotográfica. Es la mujer más hermosa del mundo. Es oficial, James. La MÁS hermosa. Hubo una votación. Vi las portadas de revistas—. Me quité la chaqueta, con un

bolsillo lleno de bocadillos para perro y el otro lleno de bolsas de plástico para los residuos perrunos. La colgué junto a las correas de los perros. Como vivía en la casa detrás del jardín, esta era mi primera y última parada en las rondas de caminatas con los perros, y ya que cuidaba a Andrómeda y Casiopea, tenía mis pertenencias ahí. ¿Tendría que cambiar mi rutina con el regreso de James? ¿Y era tan tentador? Lo aventé una mirada.

Se apoyó contra el arco en el vestíbulo, un músculo saltando en su mandíbula. Quería poner mis dedos ahí. —Ella no es la mujer más hermosa del mundo—. Me miró fijamente.

—Deberías pensar que tu esposa es la mujer más hermosa del mundo, James. Incluso si no votaran por ella millones de personas. Deberías avergonzarte.

—Ella es la debería avergonzarse—. Escupió, enojado. —Es una persona terrible. No tenemos nada en común y fui un tonto por casarme con ella.

—James, —lo regañé.

—Firmé los papeles de divorcio justo antes de salir de Los Ángeles y venir a Nueva York. Por eso me fui. Firmé un contrato para no revelar nuestra ruptura hasta después de que termine con el estreno de su película. Por eso no te lo dije. Puedes preguntarle a Bette. Conoce toda la historia. Es la única que lo sabe. Ella y yo tenemos una tendencia a compartir cuando nuestras vidas se están desmoronando. Le ofrezco una casa, ella me ofrece simpatía cuando el mundo entero cree en la historia que mi esposa, mi ex-esposa, está divulgando.

—¿Pero me lo estás diciendo ahora? ¿No es conveniente para ti? ¿Esperas que acostarte conmigo o algo así?

—No, no es conveniente en absoluto. Sólo quería alejarme de ella y de Los Ángeles y de las mujeres por completo, y llegué y te vi bailando con un par de perros gigantes de aspecto extraño en mi casa. Esto no es conveniente. Porque tienes razón. Realmente me gustas. Y no me ha gustado tanto una mujer en mucho tiempo. Tú no eres conveniente.

Estaba tan mal. Tan mal. Estaba sintiendo la necesidad de tocarlo de nuevo. No pude evitar que mi cuerpo lo quisiera y pensé que podía darse cuenta. —No son raros, —le dije, que no tenía nada que ver con lo que me acababa de decir, pero lo que me dijo estaba exponiendo mi corazón para dejarme abierta. —Son sabuesos afganos. Son perros hermosos—. Mi voz se cortó en un susurro.

Suspiró fuertemente. —Me haces sentir vivo de nuevo.

—No entiendo—. Lo entendí. Era terrible. Yo sentía lo mismo.

De repente, dio dos pasos hacia adelante, y estaba parado frente a mí, tan cerca que podía sentir su calor corporal sin que él me tocara. Inhalé un respiro y lo sostuve.

Me puso dos dedos en la barbilla y la levantó para que yo lo mirara. En las sombras del vestíbulo, sus ojos eran de azul profundo, azul medianoche como la extensión interminable del espacio y pensé que me perdería. "Quiero sentirme vivo de nuevo", dijo.

Yo también lo deseo. Partes de mi cuerpo que no había sentido en años se agitaban. Partes de mi alma que había olvidado se estiraban y recorrían mi ser. "James, no sabes cómo ha sido mi vida."

—Dímelo, entonces. Quiero saber. Te contaré sobre mí. Me contarás sobre ti.

—Esto está muy mal, James. Estás casado.

—No lo estoy. Ya no.

—El mundo no lo sabe.

—No me importa lo que el mundo piense de mí. ¿Crees que podría ser yo si me importará?

—A mi me importa. Y me importa que me estés usando como despecho. Alguien con quien olvidar a tu esposa. Acabas de divorciarte, —estaba aceptando su palabra. Podría haber sido un

idiota, pero siempre había sido honesto conmigo. Demasiado honesto, razón por la que había sido demasiado ofensivo. —Eso quiere decir, que aún te estás recuperando de ello.

Asintió. —Lo entiendo, —dijo mientras soltaba mi barbilla. —Tienes razón. Te mereces más.

Estaba impactada por lo triste que estaba al ver con qué facilidad se rendía. —Entonces, debería irme.

Sonrió. —No. Deberías quedarte a cenar conmigo. Pedí demasiada comida. Estaba tan emocionado de estar en casa de nuevo que pedí la mitad del menú de mi restaurante favorito.

—Pero dijiste...

—Dije que mereces más. Como una cena, conversación y sangría—. ¡La sonrisa!

Mi corazón brincó en mi pecho como un pez en tierra firme. Extendió una mano, y la tomé en contra de mi mejor juicio, pero no me moví para seguirlo. "¿Sangría?" Como si fuera la sangría la que me atraía a quedarme y no su sonrisa, sus ojos, ese mechón de pelo que seguía cayendo en su cara o los recuerdos del chico que nunca me había mirado de la manera en que me miraba ahora.

Tal vez merecía tener esta cosa buena, sólo la cena, esta cosa buena, sólo esta noche, porque habían pasado años desde que sentí que merecía algo bueno.

—Sangría y tapas. Ya preparé todo en el jardín. ¿Alguna vez has cenado ahí? En una linda noche como esta, es mágico.

La verdad es que sabía que la cena en el jardín Silver era mágica. Solía subir al techo de mi pequeña casa para poder ver sobre la pared y ver como sus padres organizaban reuniones íntimas allí. Ponían linternas para iluminar. Usaban copas, y lo supe porque recuerdo haber oído el sonido mientras brindaban. El aroma del jardín se elevaba sobre la ciudad, en la noche, hasta donde estaba y me imaginaba sentada en el jardín con ellos. Pero no. Nunca había cenado ahí fuera. Había comido con Bette, pero siempre casual, con las perras, tal vez mientras miraba la televisión, tal vez mientras ella me hablaba de sus horribles padres y le conté sobre mi horrible ex-marido. Nunca fue romántico en el jardín.

Una vez, cuando tenía diecisiete años y tan enamorada del inalcanzable James, de dieciocho años, que sentía que estaba muriendo todo el tiempo, estaba en el tejado leyendo cuando había llevado a una chica. Le había dado champán ilícito. Oí el estallido del corcho y su risa. Había bailado con ella y la besó, y se acostaron juntos en el sillón.

Y me imaginaba ser esa chica.

Había dejado el techo antes de poder presenciar algo más que besar porque habría roto mi pobre y estúpido corazón. Pero ahora me estaba invitando, y ambos habíamos tenido el corazón roto. Sabíamos cómo era la vida y el amor.

¿Y qué si quería exponer mi corazón un poco, para disfrutar algo hermoso con alguien a quien siempre había deseado pero nunca había pensado tener? ¿Qué sucedería?

—Está bien, cena—, dije aceptando lo que me había ofrecido pero sabiendo que no tomaría demasiado esfuerzo aceptar a más.

Me llevó a través de la familiar planta baja de la casa, la impecable decoración era algo a lo que ya estaba acostumbrada, únicamente perfección como solía ser para esta familia. Las bellas obras en las paredes y detalles arquitectónicos como molduras y arcos compensaban la pared de ladrillo crudo y los electrodomésticos industriales. Era un hogar que decía: "Tenemos gusto, pero estamos en la tierra". Me preguntaba si esta casa había sido así antes de que sus padres murieran o era el gusto de James ahora. Nunca me habían invitado a esta casa cuando sus padres estaban vivos. ¿Pero era realmente su casa? ¿La había tomado por su cuenta y la había hecho suya? Se sentía como él, como quién era por dentro, no sólo como una figura pública, sino como su identidad privada. No sabía por qué, pero me molestó que no supiera cuál James estaba fuera de

su reputación. ¿Alguna vez lo había sabido?

Lo seguí en silencio, y caminamos a través de la puerta francesa hacia el patio y perdí el aliento.

ERA mágico.

El cielo no era precisamente oscuro, casi púrpura, y cubría el frondoso y susurrante follaje en un profundo misterio. Entre las ramas había pequeñas luces blancas, salteadas aquí y allá con linternas delicadamente balanceándose en suaves colores limonada. La mesa del patio estaba ambientada con una jarra de sangría color rojo profundo y adornada con velas. Una variedad de platos con aspecto de joyas se extendían a través de ella y estaban llenos de alimentos tentadores.

Mi corazón revoloteó. Era tan romántico. James Silver me estaba conquistando. A mí. A MÍ. Apenas podía creer que esta era la vida que estaba viviendo. Esta no era la vida que había llevado últimamente. Vivía en la casa de mis padres y paseaba perros, por el amor de Dios. Había tomado mi pequeño paquete de jubilación a los 28 años, aunque sabía que era una decisión estúpida, sólo para poder tener algo de qué vivir mientras intentaba recuperar mi vida. Y aquí estaba James Silver haciendo todas las jugadas románticas. Para mí.

—No estoy vestida para la ocasión.

Se rio roncamente y no debería haber sido tan sexy, pero provocó temblor bajo en mi cuerpo. —Te ves hermosa.

Miré abajo hacia mi camiseta sin mangas, pantalones cortos y sandalias. —Eres un mentiroso.

El sonido que hizo con su garganta llevó mi mirada de vuelta a él. —No. Estás radiante—. Acomodó un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. —Estoy pasmado.

Aclaró su garganta y retrocedió, jalando una silla para mí. —¿Gustas tomar asiento, Hannah? Sólo amigos, digo. ¿Lo recuerdas?

Coincidió. A medias. Sirvió sangría en una copa y colocó una flor en el borde. —Una decoración amistosa, James — le arrugué la nariz.

Arrugó la suya de vuelta y se sentó, no al otro lado de la mesa, sino junto a mí, al alcance de su brazo. Me miró y sonrió. —¿Te gusta la comida española?

Me encogí. —No lo sé, nunca la he probado, pero se ve deliciosa.

—Entonces déjame complacerte —. Sirvió desde la bandeja. —Esto es espárragos con romesco...

—Espárragos.

—Así es —coincidió. —Y aquí hay patatas bravas.

—Papas.

—¿Seguirás haciendo eso?

—Podría. Puedo servirme yo misma. Soy conocida por servir mi comida en mi plato por mi cuenta.

—Pero entonces no podría impresionarte con mi conocimiento culinario y mi acento español perfecto.

Me mordí el labio. —¿Estás tratando de impresionarme?

—¿Está funcionando?—Asentí. —Bien. Este es mi favorito. Gambas de palamos.

Puso una cosa roja enorme en mi plato. No era langosta. No era camarón. —¿Qué es eso?! —chillé. —Quiero decir, ¿qué es eso? —esta vez con voz normal.

—Langostinos. Hay que pelarlos. Son muy engorrosos. No puedo esperar.

Tuve que reír. —Estás loco. Nada de esto tiene sentido.

—No, no lo tiene, pero por alguna razón, se siente bien de todas formas.

No contesté, pero coincidí. Continuó sirviendo, impresionándome con la forma en la que

pronunciaba las erres y después comimos y conversamos y la sangría me hizo sentir más relajada de lo que debía permitirme. —Cuéntame de ella. Brigitte. Tu esposa.

Se tensó inmediatamente. —Ya leíste todo sobre ella en las revistas. Está en todos lados.

—No. No me refería a eso. No me importa ella.

—¿No te importa? A todos los demás sí.

—A mi no. Me refería a tu relación. Tu divorcio. Acaba de terminar. Sé lo como es. Debes de estar destrozado por ello.

—Oh, eso—. Apiló los platos a un lado. —Creo que debería de estarlo. Pero no lo esto. Creo que era parte del problema. Tuvimos la luna de miel, y fue fabulosa. Ella era increíble. Yo era increíble.

—Qué modesto —me burlé.

Me sonrió, un hoyuelo apareció en su mejilla por un momento. —Éramos geniales para los medios, Hannah, pero cuando los paparazzi no estaban cerca, me di cuenta de que sólo era por las apariencias. No había nada más. Creo que ella estaba actuando todo el tiempo y luego se cansó de ello.

—Así que todo fue su culpa.

—No. Me creí su actuación. Creo que sabía que era una actuación. Pero deseaba continuar pretendiendo. Éramos ricos y hermosos y fabulosos y debería haber funcionado.

—Un matrimonio no está hecho de riqueza, belleza ni fabulosidad.

—Ah —dijo y sus ojos se encontraron con los míos. Eran casi purpura en las sombras. — Entonces sabes de matrimonio. No eres simplemente una hermosa y libre paseadora de perros.

—No, James—. Les había dicho a muy pocas personas sobre lo que había pasado con Marcus. Mis padres sólo sabían lo más básico, y eso porque me dejaron vivir en su casa tras su retiro a un condominio en Sarasota.

Bette lo sabía, pero eso fue porque me descubrió rompiendo en lágrimas cuando se suponía que éramos yo y los perros. —Yo también estaba casada. Y no éramos ricos, hermosos o fabulosos. Y terminó—. Eso fue lo más amable que pude decir sobre mi matrimonio.

Pensamientos sobre Marcus surgieron y trataron de ahogarme. Dejé el vaso de sangría. Se incitó con su silla hacia mí y puso su brazo alrededor de mí. —Lo siento, no quise traer malos recuerdos.

Me incliné hacia él un poco. —No, está bien. Pero aprendí que el divorcio no es siempre un fracaso. A veces es una victoria.

— ¿Una victoria? —parecía intrigado.

—Salirse del matrimonio.

Una pregunta se asomó por encima de su cara y supe que la quería hacer. No quería decírselo. Había mucho que contar, demasiado que revelar, y quería seguir viviendo en esta fantasía que había creado. Era una mezcla de mi anhelo de infancia y sueños imposibles con una oportunidad que creía que explotaría como una burbuja si la pinchaba. —No —le dije, y me limpié una lágrima que no sabía que había surgido de mi ojo. —Esto no servirá—. Me levanté y le tendí una mano. La música de la cocina se agitaba a través de las puertas francesas abiertas. Un hombre con una voz de terciopelo cantando. Él había elegido la música, no yo. —Baila conmigo —dije—.

Inspiró como si le hubiera dado la magia, y no al revés. —He estado celoso del perro desde que te vi por primera vez con ella. Ahora tengo mi turno—. El hoyuelo en su mejilla estaba de vuelta, junto con una sonrisa que derretía corazones.

Me jaló de la mano hacia sus brazos y bailamos alrededor del patio, riendo, llenos de felicidad, dispuestos a dejar que la tristeza y la pérdida se fueran por esta noche. Me encantó la

forma en que me guio, fácil y abierto, dirigiendo nuestros pasos pero escuchándome, a mi cuerpo, fluyendo conmigo como si fuéramos uno solo. Se sentía bien estar en brazos fuertes. Se sentía bien presionar contra su pecho y oler la cálida vainilla condimentada de su piel. —Esto es lindo, James —murmuré. Todo lo era. Pero sobre todo él.

Su mano me alisó la columna vertebral, hasta la nuca. —Esto es más que lindo, Hannah—. Sus ojos se pasaron desde mis ojos hasta mis labios y de nuevo hacia arriba, y sí, quería que me besara. Había pasado tanto tiempo desde que me besaron y este momento ahora, aquí, era perfecto. Tan perfecto como cualquier cosa podría ser. Me incliné y me besó.

Sus labios eran como el terciopelo de la noche que nos rodeaba. Sus brazos eran cálidos y suaves, como el aire de junio. Cuando su lengua se deslizó para tentar mis labios, fue como cada luz que brillaba a través del jardín. Él era la magia. Fuimos la magia.

Envolví mis dedos a través de su cabello oscuro y le presioné. —Hannah... —murmuró contra mis labios. —Hannah... —. Su voz se quebró y la emoción se derramó de él hacia mí.

No pude decir su nombre aunque mi mente no paraba de repetirlo. *James, James, James*, como una plegaria.

De alguna manera se sintió como si me hubiera escuchado de todas formas. Sus manos eran reverentes mientras se deslizaban debajo de mi camiseta y acariciaban los músculos de mi espalda. Gemí en boca, incapaz de permanecer en silencio. Esto no era un beso. Esto era una confesión. Un sacramento y una ofrenda, y yo era suya.

Su mano se deslizó hacia el frente y me tomó el pecho. Ya estaba temblando. Me dio un golpecito en el pezón con el pulgar y me estremecí, profundamente con anhelo, y me sentí aterrorizada. Jadeé y me alejé.

No me dejó ir.

—Oye —susurró, —Oye, lo siento. Está bien. Demasiado rápido, lo sé.

Retiró su mano de debajo de mi camisa y en su lugar tomo mi mentón, volteando mi cara para que lo mirara. Vio las lágrimas en mis ojos y soltó un grito ahogado —Querida, no. No era mi intención hacerte llorar—. Una lágrima calló y su rostro se quebró. La limpió con su pulgar.

—No eres tú —dije, intentando ser fuerte, pero mi voz sonó temblorosa y silenciosa.

Asintió, y pude ver la lucha dentro de él, dispuesto a cuestionar. Su curiosidad ganó. — ¿Es por tu ex marido?

Una punzada de miedo recorrió mi ser, y fue cuando me di cuenta de que tenía razón. La última vez que me entregué a un hombre, había sido Marcus, y me había tomado hasta que no quedó nada de mí. Asentí, incapaz de decir nada más.

—Está bien —dijo, sin pedir más explicación. Sus manos volvieron a mi espalda, acariciándome, relajándome. Tragué, intentando retomar el control de mis emociones. La música continuaba. No era mi favorita, pero algo había que decir sobre sus elecciones.

Se sacudió conmigo, en un movimiento gentil, y el baile comenzó de nuevo. No pude decir que cambió, pero lo que había sido insoportablemente romántico un minuto atrás ahora era como estar encobijados. ¿Cómo lo había hecho? Bailó conmigo en su lugar mientras descansaba mi cabeza en el espacio entre su cuello y su hombro. Se sentía bien, pero diferente a como había sido antes.

—¿Te gustaría escuchar una historia graciosa sobre mi infancia? —preguntó, suavemente.

Asentí con mi cabeza aún en su cuello, todavía frágil como para hablar.

—Está bien, bueno probablemente sepas que este jardín es una gran forma de atraer chicas.

Solté una carcajada sobre su piel y me dio una palmadita en la espalda.

—Pero, tenía que esperar hasta que mis padres salieran de la ciudad para poder usarlo propiamente —se rio. —Los padres pueden ser un obstáculo en la vida amorosa de un hombre.

—La vida amorosa de un chico —no pude evitar añadir, sobre su piel sedosa.

—Muy bien. Un chico. Pero este chico estaba realmente interesado en esta chica de la escuela. Era perfecta. Todo lo que, un chico, podría desear.

—Así que la trajiste aquí para seducirla.

—Por supuesto. Pero esa no es la parte graciosa. La parte graciosa es que había otra chica.

—Chico multimillonario. Con énfasis en chico—. Burlarme de él me hacía sentir un mejor.

—Oh, no. No de esa manera. No era esa clase de chica. Jamás habría salido con ella. Era la cosa más divertida. Llevaba ropa holgada todo el tiempo y su cabeza estaba repleta de cabello, tanto que juraba que era mitad animal porque parecía que existía fuera de su control. Estaba por todos lados —se rio. —Y leía los libros más intelectuales y filosóficos que existían.

Estaba teniendo un mal presentimiento, pero no lo detuve. Necesitaba escuchar más.

—Y estaba perdidamente enamorada de mí. Me seguía como un cachorro. O lo hubiese hecho si lo hubiera permitido.

—James—necesitaba detenerlo, y no sabía cómo hacer que parara.

—Pero ese no es el punto. Verás, la chica que deseaba, a quién intentaba con tanto esfuerzo obtener, tenía una cosa con ser observada. Era una exhibicionista. Un verdadero prodigio para una chica de dieciocho años, así que le dije acerca de esta otra chica porque verás...

—James.

—Vivía justo por allá —señaló mi casa. —Y solía tomar sus libros intelectuales y sentarse en la azotea. Yo solía observarla desde mi cuarto. Era algo lindo la manera en la que se sumergía en esos libros, con su cabello como un animal salvaje sobre su cabeza. Hablaría con esos libros y siempre me pregunté qué clase de conversación podría haber tenido con libros —. Se rio.

—James —. Sentía pánico ahora, pero estaba inmerso en su historia graciosa, una actuación para mi beneficio y no escuchaba.

—Y desde la azotea, ella podía ver directamente a mi jardín. Así que una noche, cuando sabía que Phil estaba ahí arriba...

— ¡James! —finalmente me escuchaba pero no entendía.

—No te preocupes. Phil es la chica de la azotea, no un chico, es diminutivo de Philomena. ¿Qué padres llamarían así a su hija? En fin, cuando le conté a mi chica sobre Phil subiendo a la azotea para mirarnos, finalmente la convencí de venir. Prácticamente corrió hacia mis brazos. Ni siquiera tuve que forzarla con licor. Saber que Phil estaba ahí arriba la volvió LOCA, ella...

—No es una historia graciosa, James —me solté de sus brazos. Retrocedí. Había sabido que yo estaba ahí. Había sabido que yo estaba enamorada de él. Pensaba que mi cabello era un animal y jamás habría salido conmigo. Pero claro que no.

Finalmente se percató. Se quedó parado ahí viéndome y dándose cuenta de que había cometido un error. —No. Todo resultó bien. Mi chica, bueno, sólo lo fue por un mes o dos, pero se casó con un abogado. Y Phil, ella... bueno... no sé dónde está ahora. Sé que se fue a la universidad pero le perdí el rastro. ¿Y yo? Aquí estoy contigo, y esto es mucho mejor que los toqueteos de jóvenes, de cualquier manera.

Meneé mi cabeza, sintiéndome tonta. Siempre la tonta. —James —dije, y nada más. —No puedo —. Salí corriendo a mi casa sin mirarlo de nuevo, cuidadosamente yendo por la cocina y por la entrada principal y alrededor de la cuadra, en lugar de ir a través de la puerta del jardín hacía mi pequeño patio. No quería que supiera que yo era esa pequeña cosa que lo seguía a todos lados como un cachorro. Lo era. Y era una tonta.

CAPÍTULO TRES

No puedes, cariño —dijo Bette en el teléfono, desde Italia. Me había tomado una eternidad para que regresara mi llamada, con la diferencia de horario y todo eso. No debí haber contestado, pero había sido una ETERNIDAD. Y aún podía hablar con ella en un bar. No era tan ruidoso ahí. Y no había estado tomando TANTO sólo para olvidar a Hannah. ¿Quién no hablaría conmigo?

—Bette...—dije. No era una queja. No me quejaba.

—¿Qué es lo que dice? —Bobby Tanger, mi mejor amigo en Nueva York, contento de tenerme de vuelta, estaba apoyado sobre mi hombro, intentando interrumpir mi llamada con Bette, pero no importaba porque se supone que era una noche de chicos y no importaba qué tanto había bebido porque Bobby era una influencia TERRIBLE. Yo NECESITABA hablar con Bette sobre su paseadora de perros.

—Calla—dije, quitándome de mi hombro a Bobby. —Estoy hablando con Bette, ¡está en Italia! —Dios santo, estaba tan ebrio. Tenía años sin ponerme así. Culpé a Bobby.

—No deberías, James. ¿Me estás escuchando? —dijo Bette.

—Estoy escuchando querida, pero nada de lo que dices tiene sentido, y Bobby dice que debería acostarme con ella sin sentimientos porque lo merezco.

—No escuches a Bobby Tanger, James, tiene la moral de un gato callejero.

—Por favor Bette. Ninguno de nosotros tiene moral. Ninguno de nosotros cree en otra cosa más que en lo que el dinero puede comprar.

—Yo creo en el amor, James. Y creo que tú también. En cuanto a lo que ese degenerado de Tanger cree, no estoy segura.

—¿Amor! ¿Desde cuándo creemos en el amor? Es completamente absurdo.

—¿Amor? —cuestionó Bobby, tratando de mantener una conversación en la que no estaba incluido. —Yo creo en el amor. El amor es hermoso.

—El amor no es absurdo —. Bette continuó, sin haber escuchado a Bobby. —Yo creo en el amor. Lo he visto. lo deseo, y creo que tu también. Deberías haberte casado por amor James, no por aquella estrella de cine superficial. ¿En qué estabas pensando?

—Bette, detente. Ambos sabemos que has encontrado a una chica gloriosa con quién acostarte sin sentido. No hay amor allí, y no sé por qué me estás diciendo que no puedo tener a Hannah. Lo sé. Sólo sé que seríamos increíbles juntos.

—¿Deja que se acueste con la paseadora de perros! —gritó Bobby un poco alto sobre mi hombro hacia el teléfono.

—NO escuches a Tanger. Si tocas a Hannah, te mataré. Y llegaré el viernes. Te mataré.

—¿Por qué no quieres que sea feliz, Bette? —sentía lástima por mí mismo. Ahora más triste

que antes cuando era un viejo divorciado aburrido. Divorciado de la mujer más hermosa del mundo. Por alguna razón, eso no fue nada comparado con ahora. Hannah no quería hablar conmigo. Paseó a los perros, y trató de evitarme y si no podía evitarme intentaba fingir que lo que pasó entre nosotros en ese jardín no había sucedido. —Mi corazón está roto, Bette. Ella no quiere hablar conmigo.

—Tu corazón no está roto, James, estás caliente. Y Hannah NO es un blanco para tu próximo mejor revolcón. ¿Me estás escuchando? No puedes hacerle eso.

—No estoy caliente, Bette, estoy enamorado.

—¿Acabas de decirle a tu prima que estás enamorado de la paseadora de perros? — preguntó Bobby. —Este no era el plan. ¡Camarero! Otra ronda de tragos. No. James, hijo mío, no. La paseadora de perros es a quien follas para superar a tu famosa y rica y hermosa esposa. El amor es para cuando has seguido adelante. ENTONCES encuentras la chica perfecta para ti. Necesitas recuperarte y tener sexo y pasar tiempo conmigo bebiendo demasiado y buscando el objetivo correcto, no en ese orden.

—¿Estás acostándote con Hannah? Querido, te mataré. No bromeo. Estoy en Italia. He aprendido los secretos de Lucretia Borgia. Veneno. No lo verás venir.

—Mientes Bette. Me amas demasiado y amas al amor, tú lo dijiste. Y yo amo a Hannah.

Bobby tomó mi mano y gritó hacia el teléfono. —No ama a Hannah, sólo piensa que está demasiado buena y quiere tener sexo con ella. No le hagas caso.

—No hables de Hannah así, Tanger —le advertí y lo empujé hacia atrás. Bette seguía hablando.

—Maldición. Hablas en serio, James, ¿no es así? Por favor. Por favor no te obsesiones con Hannah. Por favor. No sabes por lo que ha pasado. No puedes lastimarla de nuevo. El bastardo de su marido casi la destruye.

— ¿Qué? ¿Qué fue lo que le hizo? —intente llamar la atención de Bette en el teléfono pero era demasiado difícil porque Bobby estaba pasándome otro escocés y yo estaba enamorado de Hannah después de un solo día. Bobby quería que tuviera sexo, pero yo sólo quería a Hannah, a quién no podía tener según Bette y me estaba confundiendo.

—Fue malo, James. Y no es mi historia para contar, pero no puedes tratarla como una de tus chicas para acostarte y descartar.

—Bette, tú y yo sabemos que todo lo que hacemos es acostarnos y descartar.

—¡ASÍ ES BEBÉ!—Gritó Bobby. Estábamos hablando todos al mismo tiempo, atrapando el final de mi oración antes de agarrar el comienzo de la respuesta de Bette. Dios, estaba mucho más borracho de lo que pensaba.

—Espera. ¿Qué le hizo a Hannah? —mi Hannah. ¿Qué le hizo el bastardo de su ex?

—¡Salud James! ¡Salud! —Bobby era demasiado ruidoso. Y demasiado ebrio. Y me hizo beber más escocés.

—No te permito tocar a Hannah, James. Prométemelo.

—Amo a Hannah —. En mi lógica de borracho, tenía todo el sentido. Estaba enamorado de ella. Tenía más sentido que la realidad, la forma en que me sentía sobre ella.

—Te mataré. Querido. No bromeo. ¿Por qué estás tan ebrio?

—Porque me divorcié y estoy solo y no puedo conseguir que la mujer que amo me hable. Bobby está haciendo un servicio público.

—Eres un desastre. Por favor, si no vas a considerar los sentimientos de Hannah, al menos date cuenta de lo complicado que sería meterte con tu vecina de al lado.

— ¿Mi qué?

—Bien, no es de al lado. ¿Vecina trasera? ¿Vecina de jardín?

— ¿¿Mi qué?!

—Es la primera regla de los seductores o seductoras para el caso. No te metas con la mujer con la que vives. Lo sabes bien, querido. No te metas con tu vecina.

— ¿Hannah es mi vecina?

—Claro que lo es. ¿Pensé que lo sabías? Vive en la casa de carruajes.

—Espera, Hannah vive... ¿Hannah vive en la casa de carruajes? ¡Dios mío! ¿Le pertenece a sus padres?

—Sí. ¿No la reconociste? Creciste con ella. James, no me digas que hiciste tus jugadas sin reconocerla.

— ¿Hannah es Phil? ¿Mi Phil?

— ¿Quién es Phil? Vive en la casa de carruajes. Creció contigo. ¿No lo sabías? ¿Cómo es posible? Oh, esto es mucho peor. Pensé que estabas obsesionado con ella porque era tu amor juvenil o algo así. Pensaste que simplemente era la paseadora de perros. Pon a Tanger al teléfono, tengo que decirle algo.

—Hannah es Phil.

—Pásame a Tanger, James. No estás en tus cinco sentidos. Tiene que estar más sobrio que tú.

— ¿Qué fue lo que hice? —mi corazón se detuvo. Bobby trató de hacer otro brindis para que yo bebiera más del whisky que ya me había puesto al límite. Hannah era la chica incómoda que veía en su azotea, leía libros extraños y hablaba con ellos, deseando hablar conmigo. Hannah era Phil, la chica de mi infancia que estaba enamorada de mí, de quien me burlé con mis amigos pero adoraba en secreto. La atención. Lo adoraba. El bochorno de la chica incómoda, me encantaba. La adoración.

Fui un idiota.

Phil había estado enamorada de mí por años, y lo sabía. Había jugado con ella.

Bailé con Hannah sin saber que era la misma persona. Quería que Hannah me amara. Ella era Phil. ¿Ya me amaba? ¿Aún lo hacía?

El mundo se inclinó sobre su eje.

— ¡Salud! —Gritó Bobby.

No bebí.

— ¿Hannah es mi vecina de al lado? —Dije, en el teléfono, en larga distancia hacia Bette, hasta Italia. Importaba.

—Sí, te dije que lo es. Y no tienes permitido fastidiarla. Es vulnerable. Y es demasiado buena con mis tontas perras. No le hagas daño, cariño. Merece ser atesorada.

Merece ser atesorada, coincidí pero no lo pude decir. — ¿Qué le hice ese bastardo a mi Hannah?

—¿Tu Hannah?—Dijo Bette.

—¿Tu Hannah?—Gritó Bobby.

Mi Hannah. ¿Qué le había hecho? ¿Cómo la había lastimado? Mi Phil. Mi Hannah. Estaba tan jodido. Estaba enamorado. Este no era el plan. ¿Qué iba a hacer?

CAPÍTULO CUATRO

No podía dormir. No había dormido por un tiempo, para ser honesta. No desde esa noche con James en el jardín, mis miedos, deseos, pensamientos y sentimientos se mezclaban. Fue mágico. Magia, como él dijo, y yo creía en la magia. Cuando resultó ser falso, como cualquier otra esperanza que había tenido... No pude realmente superarlo. Así que el sueño huyó de mí. Mi apetito murió. Y los perros eran la única compañía que quería tener. Era mejor así.

Esta noche, había renunciado a intentar dormir, y en su lugar, estaba acurrucada en mi sofá con un poco de té de hierbas. Joni Mitchell sonando en el fondo, y leí *Orgullo y prejuicio*, probablemente por quincuagésima vez, sin exagerar. Comodidad. Previsibilidad. Familiaridad. Era seguro.

Había algo en la combinación de esas tres cosas que me dejó abierto de par en par. Estaba consumida por sentimientos que pensé había dejado atrás hace mucho tiempo. Me dolió, pero en el buen sentido, y sabía que lo estaba disfrutando. Era mejor hacerlo ahora, sola, que tener todas esas emociones contra la superficie cuando fui a cuidar de Casiopea y Andrómeda, sabiendo que James estaba cerca. A pesar de que respetaba mis deseos de no hablar con él, siempre estaba presente cuando sólo trataba de hacer mi estúpido trabajo.

Así que ahora estaba aquí, sola con Lizzie Bennet a punto de alabar a Wickham en lugar de Darcy, y un golpe retumbó en mi puerta.

Me congelé. No era mi puerta principal, del lado de la calle donde llegan las entregas, sino más bien los golpes venían del lado del jardín. Lo que significaba que sólo alguien que venía del jardín Silver tenía acceso. Y Bette todavía estaba en Italia.

Miré la página por unos momentos, las palabras nadaban delante de mis ojos, antes de dejar mi té y ponerme de pie. Estaba aquí. Y eso significaba que sabía quién era yo. No quería enfrentarme a él y ver lo poco que pensaba de mí. No quería verlo. No quería hablar con él. Y aun así quería que me abrazara y sólo quería llorar en su hombro. Toda la situación me confundió tanto que me paralicé donde estaba, incapaz de moverme.

Todavía estaba golpeando la puerta. Vi la puerta temblando, la cortina sacudiéndose con la fuerza de su mano. — ¡Hannah! — Gritó. — Sé que estás ahí. ¡Hannah!

El sonido de nombre me hizo reaccionar.

Fui a la puerta y tiré de ella. James estaba allí de pie, con los ojos oscuros como nubes de tormenta, con la mano levantada como si estuviera preparándose para golpear de nuevo. Antes de que tuviera la oportunidad de hablar, o incluso tomar un respiro, corrí de nuevo a través de la habitación y me arrojé al sofá, sacando una manta de atrás y acurrucándome debajo de ella. No hacía frío. De repente tenía frío. Y miedo. Y temblaba. Tomé una almohada en mi regazo y la abracé. Sin darle la cara. Me hacía sentir mejor si me decía a mí misma que no era real. La magia.

Él. Se desvanecería. Esto era sólo una cosa que tenía que a través para volver a mi libro y al té y a la vida con perros, no personas.

James me miró desde la puerta, sin poner un pie dentro.

— ¿Por qué no me dijiste quién eras?

Directo al punto, entonces. Sin darle vueltas al asunto. — ¿Por qué no me dijiste que te habías divorciado de tu estrella de cine?

Se sobresaltó, ofendido. — Firmé un maldito acuerdo de confidencialidad. Rompí mi contrato para decírtelo. Sí te lo dije, Hannah. Phil. Te dije la verdad. Tú no lo hiciste—. Se detuvo, enojado, y ladeó la cabeza. — Phil — dijo de nuevo y dio un paso en mi pequeña casa que no parecía lo suficientemente grande para sus hombros anchos y su intenso carisma. Se apoderó de toda la habitación. — Tú eres Phil —. Parecía que lo había traicionado.

— Hannah. Ahora uso Hannah. Es mi segundo nombre —. Me aferré a mi cojín como si fuera una especie de escudo contra él. Tal vez porque no era real. Era una fantasía. Un espejismo. Yo era una paseadora de perros en una casa insignificante.

Asintió con la cabeza. — Hannah —. Cerró la puerta detrás de él, con mucho cuidado, los golpes violentos de antes habían desaparecido. Se inclinó hacia atrás contra ella y me observó mientras me escondía detrás de mantas y almohadas. — Tienes un buen lugar aquí. No creo que haya estado nunca dentro en todo el tiempo que he vivido detrás de ti.

Puse los ojos en blanco. — Se serio, James. Mi sala de estar es apenas más grande que tu baño —. No sólo era pequeña, sino que estaba llena de treinta años de historia. Entre mis padres y yo, a todos nos gustaba coleccionar cosas. No cosas lindas. Sólo cosas.

— Me gusta el rinoceronte — apuntó hacia la estatua de piedra junto a mí en la mesa lateral.

— Es un perro. Uno de mis clientes lo hizo como gesto de aprecio —. Alzó las cejas como si no me creyera. — Por cuidar de su perro —. Ladeo la cabeza. Esto era ridículo. — Porque soy quién pasea a los perros.

Presionó sus labios y movió la cabeza en frustración. — Debiste decirme quién eras.

Acaricié la cabeza de mi escultura canina. Me relajaba. Y era mejor prestarle atención a esa cosa pesada que a James, quién estaba rompiendo mi corazón. — ¿Por qué importa, James? Ahora sé lo que piensas de mí. Alguien con quien nunca podrías estar, incómoda y ridícula. Enamorada de ti por tanto tiempo. Un perro tras de ti. Debo ser todo un chiste para ti.

— Oye —. Su cara se derrumbó. — Oye —. Dejó de recargarse en la puerta y fue hasta donde estaba. — No, eso no es... no es... no lo sé, pero no quise decirlo así.

Ladeé mi cabeza a un lado y lo miré. — Soy quien soy, James. Y jamás pretendería ser algo que no soy. Si te gusta lo que ves, el pecho, el cabello arreglado, y los dientes perfectos — señalé cada cosa, — es simplemente porque crecí y aprendí como rizar mi cabello en lugar de que esponjara. Soy mayor, pero sigo siendo igual de rara. Tengo una estatua de un perro rinoceronte, bailo con perros, soy igual de incómoda. Y ahora estoy también quebrada, un fracaso.

Meneó la cabeza y dio un paso hacia mí. Lo miré.

— Si no te gusta la chica con los libros alocados, — levanté Orgullo y Prejuicio, — la que habla consigo misma en la azotea y está obsesionada con el multimillonario de al lado, entonces no te gusto, porque eso era lo mejor de mí, con cabello salvaje o sin él.

Me dio una sonrisa y luego la quitó de su rostro. — Pero sí me gusta ella —. Otro paso.

Sacudí la cabeza. — No mientas. Nunca fuimos amigos. Me usaste. Alardeaste con otra chica frente a mí. Querías que te viera. Es una violación, James. Jamás lo pedí.

— Maldición, Hannah, — se sentó a mi lado y me alejé, no quería estar cerca de él. — Fui un idiota. Un imbécil. No te merecías eso. Ni siquiera sé por qué te gustaba. Era el peor —. Se

encogió de hombros. —No lo sé. No sé si hay una mejor versión de mí, pero estoy cansado de ser un imbécil.

Resoplé, no complacida. —Aún eres un imbécil, James.

—Lo soy. Lo siento. Y siento haberte dicho que esa era una historia graciosa. No lo era. Estaba intentando impresionarte con mis proezas. Quizá hacerte reír por lo estúpido que era.

—Bueno, no lo hiciste. Te reíste de lo estúpida que era yo. Rompiste mi corazón de nuevo porque aun me gustas. No eras tan malo como piensas que lo fuiste. Me gustabas entonces, y no sólo porque fueras rico y atractivo e inalcanzable, aunque probablemente piensas que era sólo por eso.

Sus cejas se arrugaron en confusión. — ¿No? Es por lo que a todos los demás les agradaba.

—Bueno, entonces eran estúpidos imbéciles también. Jamás me creí esa actuación.

— ¿Cómo sabes que era una actuación? ¿Cómo sabes que no soy así? ¿Quién soy?

Lo miré. ¿Debería estar alimentando su ego ahora mismo? Recién se había burlado de mí. Tomé mi almohada y lo golpeé en el pecho. La agarró y la sostuvo. —Ególatra. ¿Quieres que te diga por qué me gustabas? ¿Para qué así te sientas el chico genial de nuevo?

—Quiero saber por qué aún te gusto, porque si no es por mi apariencia y mis riquezas y mi estatus, ¿qué más tengo para ofrecerle a alguien como tú?

— ¿Alguien como yo? Soy una paseadora de perros, James. Soy un fracaso en la vida. Soy un desastre. Viví en la casa de mis padres y paso los días con perros porque no soporto salir al gran y malo mundo porque tengo miedo todo el tiempo de que él tenga razón.

Hundió sus dedos en la almohada que aun sostenía. — ¿Razón sobre qué? ¿Qué es en lo que crees que tiene razón?

—Oh, ¿ahora quieres que te diga todo lo que está mal conmigo? Lo entiendo. Alabarte y ridiculizarme. No sucederá, niño rico.

Estaba mirando hacia otro lado, alrededor de la habitación desordenada, muebles desgastados, y en las paredes colgaban mis propias obras malas que no eran lo suficientemente buenas para ser profesionales. Las lámparas de la tienda de segunda mano, y montones de libros, sacudiendo la cabeza. Probablemente pensando en la perdedora que era. — ¿Sabes qué, Hannah? —me quitó el libro de la mano. —Este no es un libro loco, es un clásico. Incluso yo lo sé. Y tu cabello es precioso, eres preciosa. Si tardaste unos años en crecer, siempre has sido quien eres, y nunca has tenido miedo de enfrentarte al mundo y declararlo. Siempre has sido tan valiente, subiendo a la azotea y hablando con libros y mirando las constelaciones como si pudieras hacer realidad tus propios sueños y sin necesidad de aprobación de nadie más. No eras la única que miraba.

Se estaba inclinando hacia delante, dentro de mi espacio, con su fuerza de convicción. —Te veía también, deseando poder estar allí arriba, en la azotea contigo, alejado de todos los demás, sin importarme. Sin intentar ser alguien más, sólo yo.

—Estás mintiendo, James. Jamás hubieras salido conmigo, me lo dijiste.

Encogió los hombros y se acercó un poco más. —Quizás no. Quizás no entonces. Estaba demasiado preocupado por ser genial, con esa estúpida apariencia. No sabía entonces que no era real, pero era todo lo que tenía.

Me mofé. —Tenías dinero, apariencia e inteligencia. No era todo lo que tenías.

—Era un niño estúpido, Hannah. No sabía eso. Lo único que sabía era que tú eras una salvaje, y libre, y decías lo que sentías y hacías lo que querías. Eras tan valiente. Puede que no haya querido salir contigo, es cierto. No quería, tienes razón.

—Increíble. Siempre fuiste honesto. Cruel, hiriente, pero honesto.

Hizo una mueca. —No hubiera salido contigo. Era demasiado superficial, y tú eras demasiado

diferente, Hannah, quería pasar tiempo contigo, quería que me invitaras. Quería ser valiente como tú. Y no estaba completamente a gusto con ninguno de esos deseos. Me gusta el perro rinoceronte. Me gustas tú.

Me reí. Era histérico. —Oh. Dios. Mío, James. Eso es ridículo. Jamás...

Se lanzó y presionó su boca contra la mía, besándome como si no pudiera contenerse más. Sabía a whisky y calor y esperanza y yo estaba mareada con ello. Me inclinó contra el brazo del sofá, con las manos sujetando ambos lados de mí. —Eres, fuiste, y siempre has sido fenomenal, Hannah. Y estaba celoso de ti. Pero ya no te tengo miedo. Es como si hubieras encendido algo dentro de mí. Me siento atraído por ti y no puedo mantenerme alejado.

—Detente —dije, y se sobresaltó.

—Oh, lo siento, no debí, —y luego comenzó a levantarse de mí. No me refería a que parara de besarme.

— ¡No! —Torcí mis dedos en su camisa. No podía irse. —Quédate.

— ¿Qué me quede? Está bien —dijo, y me besó de nuevo, más profundamente, su lengua deslizándose con la mía, tomando posesión. Mis manos se deslizaron bajo su camisa porque quería sentirlo. Quería sentir su piel contra la mía desde que lo vi de nuevo. Quería ver si era real. Y ahí estaba, musculo, nervio y hueso bajo mis manos. Gemí y lo empuje hacia arriba para arrebatarme la camisa y poner mi boca sobre su pecho.

Oh, era más hermoso de lo que había sido en mis sueños. Fuerte y ancho, los surcos de sus abdominales parecían monumentos a su belleza casi divina. Todo lo que alguna vez imaginé. Lamí su pecho hacia abajo, y soltó suspiro irregular. Mejor que una fantasía. Mejor de lo que mi yo adolescente podría haber imaginado.

—No deberíamos hacer esto, Hannah—. Lo miré hacia arriba, su cuerpo dominándome y por un segundo, el miedo se apoderó de mí. Recuerdos. Trague con fuerza. Quizá él era un sueño, pero yo aún vivía una pesadilla. Me deslicé hacia arriba con mis codos para que su ancho pecho no pudiera abrumarme.

Asentí, como una marioneta con los hilos flojos. —Lo sé, tienes razón, recién te divorciaste—. Se levantó y yo lo imité, desvistiendo mi camisa sobre mi cabeza. Gruñó, y sus grandes manos encontraron mi cintura, acomodándose en su regazo. Inclinó su cabeza y besó la parte superior de mi pecho que se elevó por encima de mi sostén sencillo y práctico. Mordió la piel allí, ligeramente y sentí que un pico de deseo me atravesó. —Definitivamente no deberíamos hacer esto, —le dije, torciendo mis dedos en su cabello para que no pudiera dejar de hacer lo que estaba haciendo con mis tetas. El sostén se me resbaló de los hombros y lo dejé caer al suelo, y eso fue mucho mejor. Jadeé mientras sus labios se cerraban sobre mi pezón. —Oh—jadeé, mi cabeza volvió a caer en deleite. —Soy un desastre, no quieres ninguna parte de mí.

—Definitivamente te deseo—, besó mi cuello, susurrando a mi oído. —Deseo todas las partes de ti—. Despegó sus labios de mi piel, y puso una mano en mi mentón, alzándolo para que lo mirara. —No eres un desastre.

—Lo soy—. Respiré profundamente, intentando conciliar mis pensamientos, envolviendo mis brazos alrededor de sus hombros, hundiendo mis dedos en su denso cabello, negro como la media noche. —Soy todo un desastre, no lo sabes. Soy buena con los perros, pero no ves lo demás.

—Entonces eres buena con los perros y conmigo—. Me dio un beso rápido, mordisqueando mi labio inferior. — ¿Eso me vuelve un perro?

Me reí. —Un poco, niño rico—. Lo acaricie a un costado. Era un sueño.

—Ah—dijo, —Estás sonriendo de nuevo. ¿Ves? No eres un desastre.

La sonrisa se desvaneció. —No. Sí soy un desastre. Solía ser la chica que recuerdas y luego

conocí a Marcus. Y nos casamos. Y olvidé quién era.

Frunció el ceño. Sus fosas nasales se ensancharon. Sus ojos azules me miraron como si quisiera convencerme de algo. James recorrió con su pulgar mi pómulo, sostuvo su mano a un costado de mi cabeza. —Pero ganaste.

—¿Qué gané?

—Tu libertad. Algunas veces el divorcio es una victoria. Tú lo dijiste. Te libraste. Conseguiste volver a ser quien eras.

Suspiré. —Oh, es por esto que no deberíamos. No sé quién soy. Tengo miedo de todo. En especial de los hombres.

—¿Tienes miedo de mí?

Busqué en mi interior por la respuesta. Y la encontré. Sorprendida. —No.

Sus labios se curvaron en una sonrisa. —¿No? —Sus ojos brillaban con placer.

—Que no se te suba a la cabeza. Creo que mi cerebro piensa en ti sólo como otro gran perro greñudo—. No pude evitar sonreírle.

Se rio y yo también reí. El sueño.

Envolvió sus brazos a mí alrededor y me jaló hacia él para quedar juntos, pecho a pecho. —Bette no quiere que esté contigo. Piensa que te lastimaré.

—Sí, creo que probablemente tiene razón.

—No quiero lastimarte. Es por eso que quizá no deberíamos hacer esto.

Y ahí estaba el miedo. Pero no era como el miedo con Marcus, oscuro y pesado y asustado. Este era un miedo de arriba, amarillo claro y limón, brillante como demasiado sol, como volar demasiado cerca del sol. —No hay manera de hacer esto bien sin arriesgarse a sufrir, James.

Se sobresaltó. —¿Qué quieres decir?

—Si significa algo, quiere decir que ponemos nuestros corazones en la línea, aunque sea un poco. Incluso si es sólo algo por despecho de tu parte y una aventura por la mía.

—¿Qué quieres decir? —había pánico en su voz.

—Quiero decir que si hacemos esto, debemos aceptar que probablemente terminará porque eso es lo que sucede, pero mientras estamos juntos, somos honestos. Somos verdaderos. Somos todo en uno. Y eso significa que dolerá porque nos importa.

—Dijiste que no eres valiente.

—Tengo miedo de todo. Del mundo, de su gente, del fracaso, de volver allá afuera. Pero esto no allá afuera. Esto es aquí. Sólo nosotros. Es... redescubrir. Lo merezco.

—Mereces ser atesorada.

Sentí mis mejillas calentarse. —No. Sólo. Sólo quédate aquí—. Coloqué mi palma sobre su corazón. —Ahora. Conmigo. Vamos sólo a... —¿cuál era la palabra que quería decir?

Enamorarnos.

Pero no pude decírla en voz alta, estaba tambaleando al borde de algo para lo que no estaba lista. No me obligó a terminar la oración.

—Sí, vamos a—dijo.

Me levanté, no más charlas, y le tendí la mano. Moví mi cabeza en dirección a mi habitación y lo llevé allí. Nos deshicimos del resto de nuestra ropa en el camino y lo tiré sobre mi cama desarreglada, con sábanas desiguales y una pila de libretas y cuadernos que metí debajo de manera descuidada. Me tumbé entre las almohadas.

—Me gusta tu habitación—me dijo.

—Mentiroso. Es un desastre igual que yo.

Removió el cabello de mis ojos. —¿Cuándo descubrirás que me gusta el desastre que eres?

Eres genuina, e imperfecta, y extraña e inteligente, y puedo ver quién eres.

Mi corazón se estremeció mientras se acostaba a mi lado, y recorría su hermosa mano por mi costado, hasta mi cintura, sobre mi cadera. Me levantó el muslo, para apoyarlo en su cadera. Me incliné hacia él. Nos tocamos en todos los lugares, me gustaba tocarlo. —¿Qué es lo que ves?

—Hermosa Hannah—besó mis labios. —Demente Hannah —besó mi cuello. —Sexy Hannah —besó mi pecho y deslizó su mano hacia el centro de este. Le agarré los hombros mientras me acariciaba. Sonrió mientras yo jadeaba con sus toques.

—Ha pasado algo de tiempo para mí, James —. Sentí que debía advertirle por alguna razón. Otra señal de que era un desastre.

—Encantadora Hannah...—dijo, y me besó el oído. —Inteligente, maravillosa, divertida Hannah.

Quería hacer una broma, decirle que era a mí a quién se le subiría a la cabeza con todos sus cumplidos, pero ya no podía hablar, lo que me estaba haciendo con sus ágiles dedos me había quitado las palabras. Me besó y se tragó mis gemidos. Me agarré de él, tratando de acercarme, más cerca hasta que los cielos explotaron en mi cabeza y vi estrellas. Me acarició hasta que descendí.

—Hannah es maravillosa—susurró y sonrió. Parpadeé ante lo brillante que era. —Y me ha embelesado. De alguna manera, no sé cómo, pero desde que me percaté que eras Phil, es como si... es como si...—sacudió la cabeza como si fuera algo ridículo.

—No, dime—. Besé su mentón.

—Es como si algo dentro de mí dijera “sí”, en aprobación. Como si tu tuvieras sentido. Como si yo tuviera sentido.

—No tiene sentido. ¿Estás borracho?

—Ya no, pero no creo estar del todo sobrio. Creo que estoy borracho de ti. Pero si tengo sentido, Hannah. Nosotros tenemos sentido. Te sientes como mi hogar.

—Oh, James...—mi corazón se hundió. Todo este tiempo, había pensado que yo era el desastre, que era yo a quien iban a destrozarle el corazón, pero ahora me daba cuenta, que no era yo. Era él. Mi perfecto, soñado James, el chico anhelado por algo verdadero. Se dio cuenta de quién era yo, y le devolví su infancia. Oh, él nunca puso su corazón en la línea. Por eso nunca estuvo triste por lo de su ex. No la amaba.

—Déjame amarte—dijo, viéndome desde abajo, sus ojos tan azules que sentía como si me elevaran hasta el cielo, como una nube, o un ave, o un ángel.

No pude decirle que no, porque lo deseaba demasiado. Lo deseaba a él. Deseaba la manera en que me miraba. Deseaba la manera en que me atesoraba. Había estado pensando que yo era la vulnerable, con mi corazón roto y mi vida destruida, pero era él quien no tenía ninguna clase de defensas. Su corazón jamás había estado en peligro porque jamás se lo había entregado a nadie y ahora me lo estaba entregando a mí.

Y lo anhelaba. Lo alcancé y tiré de él para besarlo y demostrarle quién era y quienes éramos juntos. Todos nuestros años de historia, el tiempo que estuvimos separados junto con quién era él para mí; el sueño, y la dicha, y esta cosa entre nosotros. Esto no podía ser amor, porque el amor ya no era real, pero yo lo deseaba, aún lo deseaba.

Y nos lo dimos el uno al otro.

CAPÍTULO CINCO

Cuando desperté, el sol estaba vertiendo a través de las ventanas anchas, y yo no quería despertar. La cama era suave, y me acordé de una Hannah aún más suave. La busqué, sin abrir los ojos y sólo encontré frías sábanas de algodón. No estaba conmigo.

Oí un golpe y luego un murmurado "¡Mierda!" y abrí los ojos. Allí estaba, en su habitación llena de color y dibujos y libros, vestida con otra camiseta. Pantalones de yoga esta vez y zapatillas deportivas. Todavía escandalosamente ardiente.

—Buenos días—dije, y giré sobre mi costado, colocando mi cabeza sobre mi mano para verla. Si era un desastre, era el tipo de desastre que me gustaba.

Miró hacia mí casi con una expresión de culpa. —No era mi intención despertarte—dijo. —Puedes volver a dormir. Necesito levantarme y pasear a los perros—. Se mordió el labio y me miró a través de su cabello. Era salvaje de nuevo. Lo había hecho así la noche anterior. Recordaba cómo no podía obtener demasiado de su cabello. Recordé a travesar con mis manos su cabello, retorciéndolo, envolviéndome en él. Me había atrapado. Recogió su cabello sobre su cabeza, amarrándolo en un nudo y encogiéndose de hombros. —Si hago esperar a los perros, se orinan en todo el piso—. Se rio.

Lo amé.

Me encontré fuera de la cama, y a un lado de ella sin intención. Envolví mis manos alrededor de su cintura y tiré de ella hacia mí, aún desnudo. —Buenos días Hannah—dije, sin dejar que apartara la vista de mí.

Inhaló profundamente y exhaló. —Buenos días, James—. Se rio de nuevo y acarició mi pecho. —Lo siento. No sé cómo hacer esto.

—Supiste cómo hacerlo muy bien, querida.

— ¡No eso! —golpeó mi pecho esta vez, y me reí. Me gustaba mucho burlarme de ella. ¿Es por eso que había sido tan idiota con ella de niño? —Quiero decir. Esto. La mañana siguiente. Nunca tuve una. Salía con Marcus en la universidad cuando aún era virgen. Ya íbamos en serio cuando dormíamos juntos. Después nos casamos cuando me gradué y... he estado sola desde que lo dejé. Nunca había estado con nadie más.

Una ola de posesividad inundó mi interior. La idea de Hannah y ese tipo me hizo hervir. No sabía lo que le había hecho, pero se llevó a mi Hannah y la quebró. La hizo dejar de creer en sí misma y no pude perdonarlo por eso. Nunca la mereció y odiaba pensar en él tocándola. —Ese tal Marcus es un idiota. No me agrada.

Resopló. —Quiero decir, lo es, pero no por haber tomado mi virginidad. Esa fue la parte buena.

No era buena para mí. Vaya. Nunca antes me había sentido celoso. Ni siquiera con Brigitte,

nunca me importaron sus amantes anteriores, sus besos a cuadro, o incluso lo que hizo cuando estábamos casados. Simplemente nunca me importó. No era una persona celosa. Pero con Hannah, lo era. Era un sentimiento extraño. —No me agrada para nada. No te merecía. No te merece.

Se rio roncamente, y yo quería aventarla de nuevo sobre esas sábanas arrugadas y aferrarme a su cabello de nuevo para ver lo salvaje que podría hacerlo si lo intentara.

— ¿Supongo que tú me mereces?

—Claro que no. Tampoco te merezco, ya habíamos concluido que soy un imbécil. Pero soy tu imbécil—. Me agaché e hice una línea de besos sobre la piel de su cuello, pasando mi dedo bajo el tirante y deslizándolo por su hombro, observando su busto hacerse más grande. Dejé salir a mi lengua con anticipación.

—¡Vístete! —Dijo, riendo. Bien. Estaba riendo. —¡No que te desvistas! Sí ERES un perro, James—. Se acomodó su camiseta de nuevo y los tirantes en su lugar.

Le guiñé el ojo. —¿Quieres pasearme?

Sacudió la cabeza y se volvió hacia su cómoda, agarrando un llavero en un cordón y poniéndolo en su cuello. Cuando se dio la vuelta, me estaba poniendo los pantalones y mi camiseta.

—¿Qué haces? Te dije que te quedaras. Duerme. Regresa a la cama. No dormiste mucho anoche.

—Tú tampoco y ya estás despierta.

—Tengo perros que pasear. Tú eres un playboy multimillonario sin responsabilidades.

—Trabajo, te lo hago saber. Soy dueño de tres compañías y múltiples propiedades.

Me puso los ojos en blanco, se inclinó hacia mí con una mano en pecho y me besó. —Eso significa que eres dueño de cosas, no que trabajas. Trabajar es cuando tu presencia es requerida, o tus clientes se orinan en el piso.

—Definitivamente he experimentado eso antes—. La agarré antes de que pudiera irse, no más bromas. —Déjame acompañarte por el jardín. Voy para allá de todas formas. Tengo que hablar con mi gente en Nueva York. Mis compañías son autónomas, pero de hecho trabajo. Sólo lo he hecho desde Los Ángeles el último año. Ahora que estoy en casa, necesito instalar las cosas de vuelta aquí.

—Lo siento. Sólo te molestaba.

—Me gusta cuando me molestas. Pero aún te voy a acompañar a casa.

Agachó la cabeza. —Cuánta molestia. Todo el camino desde mi patio y tu jardín.

—Te diré lo que es una molestia. Encontrar mis zapatos. ¿Dónde están mis zapatos? —Se rio pero sólo encontramos un zapato, así que en lugar de desordenar su ya desordenado hogar, simplemente camine a casa descalzo. Era, después de todo, sólo a través del jardín.

Las perras estaban extasiadas de verla, y le hice una taza de café para llevar mientras ella les daba de comer y las preparaba para su paseo. Cuando se fue con ellas, por la puerta principal esta vez, vistiendo su chaqueta holgada y agarrando sus correas, me dio un beso de despedida. Fue el tipo de beso que me sacudió desde los pies e hizo que mirara la puerta, por mucho tiempo después de que ella se había ido. Requería una ducha y me di una conversación estricta antes de que pudiera concentrarme lo suficiente para llamar a la oficina y hablar con mi CEO.



—Jamesy, ¡perro! —Bobby rugió por las escaleras con la voz resonante que aprendió como el timonel cuando remábamos juntos como tripulación, en nuestros días de preparatoria.

—Mierda—. Había estado ocupado toda la mañana, excepto por un breve descanso cuando Hannah regresó con las perras a casa, y me había agarrado en mi silla de escritorio antes de dejarme con un chupete y un dolor dulce en mi pecho. Ella se fue por el jardín, y yo estaba aturdido hasta que reuní mis pensamientos otra vez. Nunca había entendido mi mente, de todos modos. Deja que Bobby venga.

Bobby golpeó las escaleras y abrió la puerta de la oficina. —Fuiste tras la paseadora de perros, ¿no? Te dijimos que no fueras, y eso es exactamente lo que hiciste y por eso no has estado respondiendo a mis textos.

Había apagado mi teléfono porque no quería hablar con nadie si su nombre no era Hannah Cleary. —No eres mi madre.

—Gracias a Dios, ella era una perra atroz—. Se sirvió un vaso de whisky de la botella en el estante y luego se arrojó a la silla de cuero frente a mí.

—Suspiré y cerré la portátil, rindiéndome. —Adelante, Bobby, dime lo que quieres decirme o jamás conseguiré trabajar.

Inclinó la cabeza. —Así que, ¿qué tan ardiente estaba?

—No te diré eso.

—¿Qué? —Bobby miró ofendido y dejó caer sus pies al suelo, inclinándose hacia delante. — ¿Desde cuando no me cuentas de tus chicas ardientes? ¿Realmente te ha cambiado tanto el matrimonio que ya no me dejas vivir vicariamente a través de ti?

—El matrimonio no me cambió en nada—. No de la manera en que decía. Casarme con la mujer equivocada me hizo comenzar a pensar en la clase de mujer con la que deseaba estar. Tal vez lo que quería era algo real ahora, no otra chica ardiente, no un matrimonio superficial, sino alguien que me hiciera sentir completo. Sacudí la cabeza. Esta no era la conversación que estaba teniendo con Bobby. —Nadie te impide tener tus propias chicas, Bobby. No tienes necesidad de vivir vicariamente a través de mí, y no, no te contaré sobre Hannah.

—Hannah. Ese es su nombre. ¿Es bonita?

—¿Qué parte de “no te contaré” no entendiste?

—Oh, así que es un perro.

Apreté mis dientes, casi queriendo estrangularlo por siquiera pensar de esa forma. Sacudí los hombros y lo dejé ir. —Pensé que ya habíamos establecido que yo soy el perro en este escenario.

Bobby ladeo la cabeza y me miró fijamente. No me gustó la mirada en sus ojos. —Te gusta esta chica.

—Claro, o no estaría con ella.

—¿ESTAR con ella? Oh REALMENTE te gusta esta chica. Eso es asombroso—. Se sentó hacia atrás y pateó los talones. —Espera a que le diga a Bette. Me va a matar, muchas gracias.

—¿Por qué le dirías algo a Bette? ¿Por qué va a matarte?

—Me llamó esta mañana y me regañó, diciéndome que no tenía permitido acostarte con la paseadora de perros. Y le dije que te mantendría al margen. Sobre todo porque tenía resaca y ella es un fastidio. Tenía que aceptar o jamás me iba dejar en paz. Pero voy a tener que retirarme de nuestro acuerdo. Definitivamente creo que deberías acostarte con la paseadora de perros.

—Su nombre. Es Hannah —hablé entre los dientes apretados. —Y ella no es de tu incumbencia. De ninguno de los dos.

—¡Mírate! —Sonrió y tomó un trago. — ¡Estás positivamente radiante!

—No estoy embarazado Bobby. No soy radiante. Sólo estoy libre de un mal matrimonio. Eso es lo que estás viendo.

—¡No! ¡Has renacido! Después de lo esa perra y la costa oeste. Esta es la mejor forma en que

te he visto desde...desde siempre. Jamás te había visto así por una chica.

—Sólo te asomaste por la puerta. No me has visto para nada.

—Te he visto lo suficiente. Estás...—parpadeó. —Estás feliz. No puedo esperar para conocer a la paseadora de perros, —se detuvo ante mi sombría mirada. —Hannah—. Sonrió con malicia.

—No—dije y me puse de pie. Hannah estaría aquí pronto. Ya casi era hora de pasear a los perros de nuevo. Ella estaría aquí pronto. Y yo quería estar a solas con ella. No quería que este idiota se pegara a mí, exponiendo todos mis defectos y debilidades a Hannah. Peores de los que ya conocía. En este momento sólo tenía rumores. Bobby sin duda trataría de avergonzarme porque eso es lo que habíamos hecho toda nuestra vida. Hannah no necesitaba saber sin duda lo idiota que era. —No. —Salí del escritorio y lo arrastré por el brazo. Habíamos luchado en la escuela preparatoria. Todavía podía ganarle, estaba seguro. —Fuera.

—Me estás echando de tu casa por la paseadora de perros.

—Deja de llamarla así.

—Mierda, James. —Se detuvo. —Realmente te gusta. No te estás metiendo con ella para olvidar a la estrella de cine. ¿Es real?

—Fuera.

—Olvida la apuesta de Bette. Pongo mi dinero en esto. Te vas a casar con esta chica. Hannah. Tengo excelentes instintos. Te dije que jamás debiste haber ido tras la estrella de cine. Tenía razón. Hannah, por otro lado. Es la elegida. ¿Cuándo la conoceré?

—Nunca. —Lo eché fuera de la casa. Mi corazón palpitaba con fuerza. Estaba seguro de que podía oírlo, aunque se fuera riendo todo el camino hasta la calle.



Dos días después, estaba sentado en el sofá, con la cabeza de un perro peludo gigante en el regazo y el otro con la cabeza en mis pies. Había pasado cada momento libre que pude con Hannah, pero esta noche, ella me había sacado de su casa, diciendo que necesitaba algo de tiempo a solas. Para pintar, dijo. Me había besado mientras lo decía, apoyándose en mí, para que pudiera sentir su cálido y flexible cuerpo. Tratando de suavizar la situación, lo sabía. Estaba distraído casi lo suficiente como para no preguntarle sobre esta nueva información.

—¿Tú pintas? —pregunté, sorprendido de no saber esto sobre ella. Mi mundo parecía haberse detenido y comenzado de nuevo, alrededor de ella, y parecía inconcebible que no supiera esto de ella.

—Enseñé artes en una escuela antes —me dijo, —pensé que era la decisión más segura de las carreras, pintar no tiene un salario fijo —se echó a reír fuertemente. —Pero ahora estar en un salón de clases me provoca ataques de ansiedad, así que me quedo en casa y paseo perros y pinto mis sentimientos. —Y entonces entendí porque no lo había sabido. Porque ella evitaba hablar de la vida antes de su divorcio, y lo que fuera que él le había hecho que la lastimó. Era como si hubiera un gran vacío entre cuando la conocí como Phil y cuando volvió como paseadora de perros. Por mucho que le había dicho a Bette que se fuera de mi vida, había escuchado. Sabía que Hannah era vulnerable, y sabía que incluso si quería mantenerla a salvo de él, de su recuerdo, tenía que dejarla ir a su propio ritmo.

Así que Hannah estaba en su pequeña casa, justo atravesando el jardín, usando una combinación ridículamente atractiva de camiseta y pantalones cortos, bailando con sus cantautoras chirriantes y meneando ese hermoso trasero, pero esta vez cubierto con pintura de todos los colores, mientras yo me sentaba en mi amplio sofá, con dos perros. Si inclinaba la cabeza hacia

atrás, podía ver a través de las puertas francesas, hacia el jardín, sobre el follaje, hasta el techo de su casa, sólo visible a través de las ramas. Me quejé, porque mi imaginación era demasiado buena, e imaginé lo que haría si pudiera caminar por esa vereda y poner mis manos en sus caderas.

Pero entonces, estaría privando a Hannah de algo que estaba haciendo por ella misma para recuperar su vida de su horrible, malvado y despreciable ex-marido, a quién yo odiaba y que la había lastimado. ¿Y entonces sería mejor que él? Suspiré fuertemente y volví a la película que había puesto en la televisión.

Brigitte me había prohibido ver esta película. Había perdido el papel principal con su mayor rival, otra hermosa rubia, una que tenía un título de Julliard. Brigitte la llamó perra y tramposa, pero había ganado un Oscar por este papel, y también era muy buena en él. Estaba disfrutando viéndolo e imaginando a Brigitte en él, sin llegar a ser tan buena. ¿Mezquino? Quizás. Pero tenía muy claro que yo no era una buena persona. Así que mezquino sería.

La mejor rubia estaba a mitad de un monólogo apasionado cuando las perras reaccionaron, sus narices puntiagudas dirigidas a la puerta principal. La puerta se abrió. Las perras saltaron, Casiopea justo sobre mi regazo, enterrando su pesada pata con uñas en mi muslo. — ¡Maldita sea!

—¿Estoy en casa queridas! —dijo Bette desde el frente. —¿Extrañaron a mami? ¡Oh! Mírense, están hermosas. —La escuché soltar sus maletas pero no la saludé. Estaba sintiendo la presión. Una mujer en la puerta, otra mujer más allá de la puerta del jardín y una mujer más, o pensamientos de ella al menos, delante de mí en la televisión. Me sentí atrapado, y sólo una de esas mujeres estaba aquí. Ni siquiera estaba seguro de si mi ira en Bette era irrazonable o no. Esperé su inevitable confrontación.

—Así que, —dijo mientras Casiopea y Andrómeda la empujaban hasta la sala para mostrarle que habían encontrado un nuevo amigo. —No escuchaste una maldita palabra de lo que te dije, ¿no es así?

—¿Y qué palabra sería esa? —dije, fingiendo ignorancia aunque sabía de lo que estaba hablando y ella sabía que sabía. Ella quería que mantuviera alejado de Hannah. No tenía intenciones de hacer eso. Para nada.

—Llamé a Hannah, sabes. Es mi amiga. Hablamos.

—¿Sí? —no le preguntaría lo que Hannah había dicho de mí. No lo haría.

—No pudiste mantenerte alejado de ella, aunque yo misma te dije que estaba vulnerable, te dije lo que le había hecho su ex marido...

—De hecho, no lo hiciste. —Interrumpí. Me ignoró.

—Te dije que si la lastimabas, te mataría.

—No la voy a lastimar, Bette.

—Claro que lo harás. Es una solitaria, linda y devastada paseadora de perros, y tú eres un multimillonario casado felizmente con la estrella de cine más hermosa en el mundo, o eso creen todos. La vas a masticar y luego la escupirás, justo como hizo su ex.

— ¡No lo haré! ¡Ella me importa! Quiero cuidarla. Quiero protegerla. Simplemente quiero estar con ella. No puedo creer que estés insinuando que crees que yo sería como su ex.

Me miró fijamente, dejó caer su bolso a sus pies y se sentó a mi lado. —Quieres. Quieres. Quieres. Igual que su ex. Como un playboy. ¡Hombres! —se mofó.

—Sabes, no me gustan mucho las mujeres en este momento. Hannah es la única que me gusta. En realidad, Hannah podría ser la única persona que me gusta, punto. —Andrómeda reclamó mi regazo y asentó la cabeza en él con un gran suspiro. —Hannah y las perras. El resto de ustedes pueden irse al infierno.

Bette se sentó en silencio durante unos minutos, viendo la película conmigo. Sabía que estaba planeando algo. Lo que dijo no era lo que esperaba: —Sabes, tu esposa nunca podría haber hecho este papel. Es una actriz terrible.

—Esto de acuerdo. Y ya no es mi esposa. Ex.

—Nadie lo sabe, ¿no es así? Todos piensan que ustedes son la pareja perfecta, y mientras tanto, la dejaste y te fuiste con la paseadora de perros.

—Sabes su nombre.

—Hannah se merece algo mejor, James. Merece ser reconocida. Daré una fiesta para ti, de bienvenida, y vas a presentar a Hannah ante cualquiera que sea alguien.

—No.

—Sí. Esto es lo que hago ahora. Me he convertido en una organizadora de fiestas desde que me desheredaron. Necesito una profesión, ¿y de qué más sé sino es de fiestas? Esto es perfecto. La alojaré aquí. Con tu cotización, la belleza de Hannah y mi gusto, por no hablar de los deliciosos chismes de primera, seré la más solicitada y exclusiva organizadora de fiestas en la ciudad de Nueva York.

—No. Es mi casa. Mi nombre. Y Hannah es mi novia.

—¿Novia? No creo que Hannah sepa que lo es.

Inhalé para debatir, pero no tenía caso. Hannah y yo no habíamos conversado de ello, y cuando intentaba acercarme al tema, sacaba a mi reciente ex esposa y el desastre que era. Había ido despacio con ella. Pero no había ido despacio conmigo mismo.

Me observó en mi silencio, luego asintió. —Esto es lo que haremos. ¿No estás dispuesto a renunciar a ella? Yo no estoy dispuesta a dejar que la arrolle la locomotora de tu fama y riqueza. Ella no es alguien para usar. Por lo tanto, debes de reconocerla.

—No puedo. Firmé un acuerdo de confidencialidad.

—La gira de publicidad de Brigitte termina la próxima semana. La fiesta está lista. Anunciarás tu divorcio y a tu nueva novia.

—Esa es una terrible idea. Todos irán tras ella. Los medios. Brigitte.

—Creí que querías protegerla.

—Así es. Pero no poniéndola en la mira del chime americano.

—Ella merece ser vista como la asombrosa mujer que es, James.

— ¿Estás enamorado de Hannah? —La repentina pregunta se estancó en mi cabeza, cada vez más grande. No podía detener el crecimiento de celos y furia que me atravesó con ese pensamiento intrusivo. Si esta era la razón de su oposición a mi relación con Hannah, yo sería el mataría a Bette. Jamás habíamos competido por chicas antes, pero no iba a empezar con Hannah. No con mi Hannah.

—No, degenerado. Pero la amo como a una hermana. La vida la destruyó y la arrojó a mi regazo, y es mi deber cuidar de ella ahora. Así que si la quieres, vas a tener que enfrentarte a mí como su enfadada y lesbiana caballera en brillante armadura.

—Yo soy su caballero —gruñí.

—Puedes ser su príncipe. Y yo seré su furiosa caballera. Podemos protegerla juntos.

Solté un suspiro de alivio. No me había percatado de qué tan molesto estaba por tener a Bette en mi contra, o dios no quisiera, compitiendo con ella por Hannah. —Está bien. Juntos. Es un trato. Te haré cumplirlo.

Se recargó contra mí y la metí bajo mi brazo. —Y necesito esto, James. Desde que me desheredaron, no tengo nada más que mi reputación como una chica fiestera y mi estilo. Ayúdame a empezar mi negocio. No puedo dejar que ganen mis padres.

—No, no podemos dejar que ganen. —Este suspiró estaba lleno de preocupación. —Bien. Una fiesta será.

—Buen chico, —dijo mientras acariciaba mi cabeza como un perro.
Ya debería acostumbrarme.

CAPÍTULO SEIS

No creo que sea una buena idea. —Dije, mirándome al espejo enmarcado de ébano que iba desde el suelo hasta el techo en el dormitorio de James. La fiesta de Bette sería un evento fabuloso, extravagante y elegante, y yo estaba muy por encima de mí. Ella planeó todo a la perfección, incluso mi vestuario, que, para ser honesta, fue inteligente. Nunca habría sido capaz de combinar algo tan sofisticado por mi cuenta. Llevaba un vestido de color crema hasta las rodillas, ajustado sobre mis curvas, con la espalda muy baja. Incluso mi cabello, con los rizos salvajes contenidos únicamente por un simple peine en una sien, me hacía parecer alguien que sabía lo que estaba haciendo. Estaba nerviosa.

James se reclinó en su cama, con una camisa de vestir negra y pantalones holgados, casuales y elegantes contra el acolchado plateado de su ropa de cama. Nadie tenía que decirle qué ponerse. Todo lo que hacía lo hacía lucir perfecto. Había mantenido sus ojos en mí mientras me vestía, sus ojos azules martillaban sobre mí cuando me volví hacia él. Me dio escalofríos recordar lo que habíamos hecho en esa cama antes de vestirnos. Deseaba poder subir a la cama con él y olvidarnos de la fiesta.

—Te ves deliciosa. Si necesitas algo más relajante puedo ayudar con eso. —Deslizó sus piernas fuera de la cama y me envolvió entre ellas para llevarme hacia él. Sus manos recorrieron mis muslos, alzando el dobladillo del vestido.

— ¡James! —reí. —Tus invitados estarán aquí en cualquier momento. —Agarré sus muñecas para que no pudiera alzar más el dobladillo.

— ¿Cuál es tu punto? Soy un seductor famoso. Esto sólo ayudará a mi reputación.

La ansiedad creció. Miedo. —No, no lo eres. Eres la mitad de una pareja excelsa y nadie sabe que estás divorciado.

—Lo sobran ahora. Para que podamos estar juntos. Pensé que era la intención de la fiesta.

Sacudí la cabeza. —No lo es. Es para que Bette consiga publicidad para su empresa de planificación de fiestas. Así que no deberíamos opacarla teniendo a la Otra Mujer quien le hace cosas escandalosas al hermoso y famoso James Silver, quien está casado con la aún más hermosa y más famosa Brigitte LaFontaine.

Dejó caer el dobladillo de mi vestido, luego me atrajo hasta su regazo. —Realmente te está molestando. ¿Por qué no lo dijiste?

—Todo pasó demasiado rápido, y Bette estaba tan feliz. Actuabas como si cumplir el deseo de Bette fuera a mejorar las cosas, pero aún soy la paseadora de perros con un trágico pasado con hombres, y tú sólo has estado divorciado por un par de semanas. Nuestra relación entera es inadmisibles y tener los ojos del mundo sobre nosotros no lo va a hacer mejor. Acabas de terminar con Brigitte. Eso no desaparecerá.

—Pero nuestra relación se desmoronó hace mucho tiempo, cariño. Sólo estuvimos juntos en nombre durante meses. Lo sabes. —Recorrió sus dedos a través de su cabello, y lejos de hacerle parecer descuidado, su cabello perfecto cayó en ondas perfectas. —Y ahora sé lo que me faltaba con ella todo ese tiempo. —Rodeó su mano sobre de mi cuello y me miró a los ojos. —Me crees, ¿verdad? ¿La manera en me siento por ti? Esto es lo que debería haber sido en mi matrimonio, pero no lo fue.

Los nervios de mi estómago saltaron y se doblaron y cambiaron de forma. Burbujas de algo surgieron en mí. — ¿Qué estás diciendo, James?

Miró hacia otro lado, avergonzado. —No me hagas decirlo, Hannah. —Hundió sus labios en mi cuello. —Lo sabes.

Presioné mi mano contra su pecho. Su corazón palpitaba. Fuertemente. A penas podía respirar.

—Dijimos que esto era sólo algo. Que estábamos demasiado dañados. Quebrados. Sin expectativas.

—Yo no esperaba esto. —Movié los caireles de cuello, respirándome. —No creo que tú lo esperaras tampoco. No era nuestra intención que esto pasara.

— ¿Esto? —no sé por qué lo dije. Lo sabía. Sabía lo él estaba sintiendo, y sentí que mientras pudiera fingir, no nos meteríamos profundamente en ello. Pero me estaba mintiendo a mí misma.

Levantó la cabeza y atrapó mis con ojos con los suyos, el azul hielo derritiéndose en el cielo. Me dio una sonrisa socarrona. —Nunca amé a mi esposa, Hannah.

Jadeé. Se percató. Recorrió su dedo índice por el lado de mi cara hasta que tocó mi mentón, acomodándolo hacia él.

—Te amo. —Me besó con tanta dulzura, tan suavemente, que yo era un charco en su regazo. Me abrí a él, queriendo profundizar el beso, queriendo llevarlo de vuelta a su cama con sus sábanas crujientes y quería arrugarlas y marchitarlas, quería comerlo vivo, quería que me tomara hasta que no quedara nada de mí. Pero se retiró. —Pero no quiero hacerte daño, y no estás lista para ser mi novia.

— ¡Lo estoy! —dije. Lo aferré a mí. No habíamos hablado de esto, pero lo estaba. Lo deseaba. —Lo quiero, James. Quiero ser tu novia.

Su sonrisa se ensanchó. Sol veraniego. — ¿Si quieres?

— ¡Claro que quiero! Quiero hacer todo contigo.

—Excepto esta fiesta.

Tomé aliento para refutar pero no pude, mi boca abierta como de pescado.

—No. Lo entiendo. No siempre es genial estar en el ojo público y le prometí a Bette que te protegería. ¿Arrastrándote delante del juez y jurado de los fans, de los fans de ELLA? Eso no es protegerte. No tenemos que decírselo a nadie esta noche. Puede ser un secreto, sólo entre tú y yo y las perras. Puedes ser mi amiga para el resto del mundo. Serás mi novia secreta y nadie lo sabrá.

—Tu paseadora de perros.

Abrió mucho los ojos y me abofeteó la cadera. —No tengo un perro. No eres mi empleada. Nunca lo has sido, me gustaría recordártelo. Eres mi vecina y amiga de la infancia.

—No éramos amigos. Éramos archienemigos. —Si iba a jugar, yo también podía jugar.

Ahogó un grito, ofendiéndose falsamente. —Nunca fuimos archienemigos. Estabas perdidamente enamorada de mí.

Solté un quejido. —Nunca dejarás que olvide lo vergonzosa que era, ¿no es así? —Pero reía. Él me hacía reír. Dios, me gustaba mucho.

Se inclinó hacia mí y removió mi cabello de mi oído. —Te amo, Hannah —susurró.

Mi corazón triplico su tamaño, y no podía hacer nada más que aferrarme a él. Asentí con la

cabeza, tratando de contener las lágrimas. Queriendo decirlo también, pero apenas capaz de pensarlo para mí misma. Me quedé en sus brazos, no supe por cuánto tiempo. Me sostuvo y eso era lo que quería en este momento. Él. Esto. Su amor.

—Probablemente deberías dejarme ir en algún momento —susurró en mi oído, con humor amable en su voz.

Sacudí la cabeza. Aún sin palabras.

—Debes de. Tengo que bajar antes de que lleguen los invitados, o sabrán que hemos estado aquí juntos y nadie, absolutamente nadie creerá que estaba arriba con una mujer como tú y no me estaba acostando contigo.

Me solté a reír a carcajadas, y también con lágrimas. Me sentía tonta. ¿Por qué estaba llorando? Lo empujé y golpeé su brazo. —Haz hecho que arruine mi maquillaje. —Limpié mis ojos dónde sabía que las lágrimas habían arruinado el rímel.

—Estás más encantadora que nunca.

—Mentiroso.

Sonrió al ponerme de pie, desarrugando su ropa. —Baja cuando estés lista. Le diré a Bette que la escandalosa historia de la otra mujer está fuera del plan. No puedo esperar para verte fingir no querer tener tus manos por todo mi ser.

Me hizo reír de nuevo. —Creo que ese serás tú, James.

Asintió, y me besó los labios. —Ya veremos —dijo y se fue.



La fiesta fue un éxito rotundo. Por lo que pude ver. Estaba lleno de gente hermosa, del tipo sobre la que leía. Bette brilló con su mini vestido brillante plateado y tenía un grupo de chicas bonitas a su alrededor casi constantemente. James llevaba séquito dondequiera que fuera, encantando a todos.

Pero pude ver la diferencia. La forma en que era conmigo, no era la misma que vi en esta fiesta. Su sonrisa no era tan ancha y sus ojos brillaban sin profundidad. Contenía el interés que mostraba en los demás.

No pensé que ninguno de ellos se diera cuenta. Todos querían consolarlo y simpatizar sobre el divorcio. —Oh, qué triste—, dijeron con inclinación de la cabeza. Y James asentía educadamente, aceptando, con los ojos cerrados y pasando a la siguiente persona.

—¿Y cómo conoces tú a James? —me preguntaron varias veces a lo largo de la noche, e intentaba no sentir como si el "tú" fuera enfatizado porque pensaban que no encajaba aquí con esta fascinante multitud.

—Soy la vecina, —dije y me retiraba de cualquier conversación que fuera. Empecé a pensar que no me había puesto nerviosa sobre la fiesta por James y su ex esposa y su fama. Empezaba a sentirme como si todavía no estuviera realmente lista para estar en compañía de la gente. Solía ser capaz de hacer esto, esta socialización. Esta noche, sin embargo, me encontré en los bordes, buscando maneras de distanciarme. Habían pasado años desde que estaba en una multitud, interactuando con gente sin un hombre que me monitoreara, asegurándose de que fuera apropiada, y haciéndolo quedar bien. Asegurándose que no me saliera del margen. Sentí que todo el mundo me miraba y me juzgaba a pesar de que estaba perfectamente claro que entre toda la gente importante y sofisticada aquí, yo era ruido de fondo. Tal vez un ruido de fondo bonito, Bette no me habría dejado estar allí de otra manera, pero aún así ruido de fondo. Así que me quedé en el fondo, moviéndome alrededor de grupos de personas hablando. Tratando de no ser notada.

Leer los lomos de la biblioteca de James era bueno. Había una sorprendente colección de literatura clásica griega y romana. No había pensado en él leyendo mucho, pero ¿cosas griegas y romanas? No estoy segura de poder seguirle el ritmo con eso. Era sexy. Me lo imaginé leyendo a Ovidio. Mis dedos se deslizaron sobre los lomos y me moví al bar donde había un cantinero preparando bebidas perfectamente diseñadas para adaptarse a cada huésped individual, sin que ellos ordenaran.

—No hay necesidad, —le dije mientras sonreía y blandía algunas botellas, —sólo tomaré una copa de vino blanco. —Pero él mostró una mano para detenerme y sacudió y se movió y me sirvió una bebida en una copa de Martini. —Para que coincida con tu belleza, —dijo, mientras lo adornaba con un lichi, —yo lo llamo Luz de Luna. —Me lo entregó con una floritura.

—Detente. ¿Bette te pidió qué hicieras esto?

—Es mi don. Hacer bebidas deliciosas que coincidan con cada invitado. Por favor, pruébalo.

Me sorprendí. Lo había nombrado aptamente. Sabía como luz de luna por la forma en que estremeció mi lengua. — ¡Es maravilloso!

—Vuelve más tarde, te daré la receta, —dijo y me guiñó el ojo. Parpadeé, impresionada. ¿Acababa de coquetear conmigo? Pero se volteó hacia el siguiente invitado como si nada hubiera pasado. Me di la vuelta, preguntándome si alguien había visto eso, y ahí estaba James, observándome. Alzó una ceja. Se había dado cuenta. Me sonrojé, nerviosa de repente. ¿Estaría molesto de que el cantinero me hubiera coqueteado? ¿Pensaría que me había comportado inapropiadamente? ¿Pensaría que le había dado pie al cantinero?

Se encaminó hacia mí. —¿Divirtiéndote?

—Lo siento, no quise...—Sentí el rubor apoderarse de mi rostro. Culpa. Miedo.

Me arrugó las cejas y me tomó por el codo. — ¿No te estás divirtiendo?

—No, no es eso. No estaba coqueteando con él.

Se sorprendió. —Estoy seguro de que no tienes que hacer nada para atraer a los hombres Hannah, eres fascinante. Además, creo que él es algo libertino. Me preparó un martini de algún tipo y me miró lascivamente. Estoy seguro de que fue una invitación.

Movió su cabeza en dirección al hombre quien, de hecho, estaba mirándonos, sus ojos se deslizaban entre James y yo. —Creo que puede estar invitándonos a los dos.

Me hizo reír. ¿Cómo es que siempre me hacía reír? Puse mi mano en su pectoral queriéndolo tocar más, sintiendo la atracción hacia el incluso ahora, sabiendo que la estancia estaba llena de personas que no sabían de nosotros y no debían de saber. —Es una fiesta encantadora. —Quería tirar de él y besarlo.

—Te dije que serías tú la que querría poner sus manos sobre mí. —Me sonrió, encantando.

Reí de nuevo. —James.

No se inclinó hacia mí, pero el ambiente se volvió más íntimo. —Está bien, no te culpo, te ves tan hermosa, quiero poner mis manos sobre ti, también. Pero siempre lo hago, ¿no? Y luego quiero despertarme contigo en mis brazos. Todos los días. —Sonrió, pero de lo contrario no parecía afectado por sus palabras que aunaban mi corazón en mi pecho. Hasta que lo miré a los ojos, para ver lo que podía significar. El brillo de la superficie que mostró a todos estos invitados de fiesta se había ido, en cambio, era como mirar directo hasta su alma. —Me encantaría mostrarle a toda esta gente que eres mía, que soy tuyo, pero puedo esperar. —Asintió con la cabeza. —No te preocupes. ¿Quieres que Bobby te haga compañía? Acaba de llegar, y pidió conocerte... siempre y cuando comprendas que las historias que te va a contar sobre mí fueron todas por su culpa. Cien por ciento. Y yo soy tu inocente y perfecto novio.

Parpadeé hacia él, hechizada por su voz profunda y tranquila. Me cuidaba, me respetaba, sin

dejar que fuera demasiado serio o demasiado pesado, sólo siendo mi James. Anhelaba por él, pero no podía tocarlo.

—Cuando estés lista para ir a casa, ven a decirme y te acompañaré.

—No puedes dejar tu fiesta, James.

—Es la fiesta de Bette. Todos sabes que sólo soy la excusa.

—¿Qué excusa estás haciendo ahora, James? —la voz detrás de mí era grave y meliflua, con un ligero acento que me intrigaba. Giré para encontrarme con un hombre de piel bronceada con cabello color ébano y una sonrisa tan blanca que casi me cegó. —Y a tan encantadora dama, —añadió, sutilmente. —De vuelta a sus viejos trucos, por lo que veo.

—Hannah, este es Bobby Tanger.

—Ah, la mala influencia. —Extendí mi mano para saludarlo. La tomó y giró mi muñeca, alzando mis nudillos hasta sus labios. Los besó.

—La hermosa Hannah. Ahora veo por qué has robado su corazón. Lamento que haya llegado antes que yo.

—Muy bien, Romeo, es suficiente. —James retiró mi mano de la de Bobby, y la apretó, sin dejarla ir, llevándome más cerca de él. Así no era como les mostrábamos a los invitados que no éramos pareja.

Los ojos color ámbar de Bobby brillaron. Me guiñó. Todos me guiñaban esta noche, pero este no era coqueteo, era de complicidad. Estaba molestando a James.

—No te hagas tontas ideas de que tan lejos puedes llegar tratando de conquistar a mi novia. Lo estamos manteniendo discreto por ahora, y no puedo golpearte la cara a mitad de la fiesta de Bette, pero definitivamente te haré pagar si te excedes.

—Así que es tu novia. ¿Ya lo sabías Hannah? ¿O es algo que decidió por ti? Será mejor que te cuides de este, está acostumbrado a obtener lo que desea.

—Acepté salir con él, Bobby. Y estoy consciente de que está acostumbrado a hacer las cosas a su modo. Era mi terror como vecino cuando crecimos.

—Es cierto, lo conoces desde antes que yo, ¿no es así? Lo conoces antes de que fuera así de afable.

Sacudí la cabeza, recordando al apuesto chico que disfrutaba de andar sin camisa e invitaba chicas a su jardín y molestaba a su vecina hasta que ella quiso empezar una pelea. —Oh, no. Siempre ha sido así de afable, pero he estado en su juego por mucho tiempo. Pensé que empezaría menos peleas a esta edad.

Bobby se rio y arrojó un brazo alrededor de mis hombros. —Me agrada, Jamesy. Quizá tengas competencia.

—Escucha...—comenzó James, alzando un dedo como advertencia cuando la puerta principal se abrió de golpe y una visión de encanto dorado se derramó dentro, ignorando a la chica que estaba ahí para recibir los abrigo. Todos voltearon a verla, y extendió sus brazos.

—¡James! ¡Estoy en casa! —Brigitte LaFontaine, la esposa de James, se abalanzó dentro. Su rubio cabello fluía detrás de ella como un río y vestía un mini vestido escarlata que era demasiado bajo, que casi podía ver su ombligo. Ex esposa.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —siseó James. No sabía si lo había dicho hacia mí o a Bobby, sus ojos se habían convertido en un tono de azul glacial.

—No lo sé. Yo no le dije. La odio. ¿Crees que Bette le haya dicho? —dijo Bobby, su voz baja, y todo rastro de mofa o encanto desvanecido.

—No. De ninguna manera. Ella también la odia. ¿Qué demonios? Está planeando algo. ¿Qué demonios? Sabía que no me dejaría ir tan fácil, no mientras aún pueda darle bastante publicidad

en los círculos del chisme.

—No te preocupes, James —dije, —no me importa. —No sé por qué lo dije, sí me importaba. Me sentí como la sabelotodo con cabello encrespado que siempre había sido, sin importar el elegante vestido y el cambio completo de Bette. Sentí como si no perteneciera. Sentí que era indigna, una donnadie, una tonta, un gusano. Ella era tan hermosa. Brigitte LaFontaine iluminó la estancia como una fogata. No pude evitar mirarla desde el otro lado de la habitación. Nadie podía. Ella era la razón por la que se había inventado la palabra estrella.

—Llévate a Hannah fuera de aquí, Bobby, antes de que ponga sus garras sobre ella. —James tenía su brazo a mi alrededor como protección y Bobby dio un paso al otro lado.

Entonces sus ojos azules se postraron en mí, y me sentí como un ratón, atrapado en el juego de un depredador. Ella enderezó sus hombros, y la multitud se separó delante de ella. La fuerza de su intención apartó a todos del camino entre ella y lo que quería, y aparentemente lo que quería era... a mí.

—Demasiado tarde, Jamesy —dijo Bobby, con arrepentimiento. El brazo de Bobby reemplazó al de James, mientras este daba un paso al frente de mí, intentando detener el avance de Brigitte.

—James, mi amor, aquí estás. ¿La estás escondiendo de mí?

—¿Escondiendo a quién?

Ella era aún más perfecta de cerca que de lejos. Sus ojos brillaban como zafiros, sus pómulos eran tan afilados que podrían cortar vidrio, sus labios gruesos y provocativos y ella era elegante y bronceada y aterradora.

Ella se inclinó como si fuera a susurrar, pero su voz tuvo el volumen para que la habitación la escuchara. —Tu novia de la infancia, James. Por la que me dejaste.

Hubo un sonido de asombro, mientras la multitud volteaba y veía.

—Eso no es lo que pasó, —dije, empujando a James para confrontarla. No era verdad. No quería ser ese ratón nunca más. Era aproximadamente veinte centímetros más alta que yo con sus tacones altos. Ni siquiera sabía que se podían utilizar tacones así de altos. —Yo estaba aquí cuando él volvió, cuidando a las perras. Ni siquiera lo había visto en diez años. Definitivamente no te dejó por mí.

El flash de una cámara.

—Hannah, —dijo James —no.

—Pero eso no fue lo que pasó, James. Yo no lo hice. Tú no lo hiciste. No la engañaste. Y yo no soy una rompe hogares.

Casi pude oír el eco de la última palabra alrededor de la estancia.

Él dio un paso delante de mí, girando de manera que su amplia espalda quedó hacia la multitud y puso sus manos sobre mis hombros. —No te preocupes, cariño. Lamento que no hayamos podido mantenerlo oculto más tiempo, sabía que era lo que querías. —Miró a Bobby quien estaba viendo sombríamente a Brigitte. —Llévala a casa por mí, Tanger. Tengo que lidiar con algo.

—Lo lamento, James —dije en un volumen apenas audible.

Inclinó su cabeza hacia mí. —No tienes nada que lamentar, Hannah. No hiciste nada malo. Eres perfecta. Este es mi desastre, y yo te arrastré hasta él.

—Esta fiesta era una mierda, de todas formas. —Una mentira descarada.

—Es tan mierda, que Bette tendrá reservaciones por meses.

—En serio, James. Estoy justo aquí parada. —La voz de Brigitte era como un chirrido. No, no lo era. Era como el picar del viento. La odiaba.

—Desafortunadamente —le dijo, sin apartar su mirada de mí. —Ve con Bobby. Mantendrá a las hienas alejadas de ti. Si hago una escena, ¿crees poder escabullirte de vuelta a tu casa a través

del jardín sin que te vean? —Sus palabras fueron sólo para mí.

—Sí, —dije, con mi voz casi desvanecida de nuevo. —Esto fue un desastre. Lo siento mucho.

Sonrió. —Al menos ahora seré tu novio en público. No fue tan desastroso para mí, estaba muriendo por salir contigo a cenar y tomar vino y darte todo lo que te mereces.

—Tan acostumbrado a obtener lo que quieres.

— ¡James! —Esta vez su voz fue un chirrido. Me reí.

—Ahora mismo no. —Me besó firmemente. —Ve —dijo y giró hacia la harpía escarlata y dorada. Las voces se alzaron casi de inmediato.

—Vamos, —dijo Bobby, tomando mi codo y abriéndose paso a través de la multitud hacia las puertas francesas, hacia el aire fresco y calmado del jardín.

Bobby me dejó en mi casa sin que nadie se hubiera dado cuenta de que habíamos pasado por el jardín, y luego volvió, prometiéndome que destrozaría a Brigitte si James no lo había hecho ya.

—Si James no es suficientemente bueno para ti, —dijo, dándome un beso en la frente, —Yo tomaré su lugar.

—Gracias —dije, sin pensar que realmente fuera su intención. Era sólo la competencia natural con James, él estaba siendo un chico, pero era dulce de todos modos. Cerré la puerta y fui a mi habitación, saltando fuera del elegante vestido de marfil, y lo dejé en el suelo, junto con las sandalias que no habían sido LO suficientemente altas como para hacer frente a la fuerza de Brigitte LaFontaine. Me metí en mis pantalones y camiseta más cómodos y me até el cabello en un nudo. Luego fui por un emparedado con galletas. Esto fue lo más cercano que pude estar de los entremeses que me perdí en la fiesta y estaba muy triste por eso porque había estado deseando probar la tarta de salmón y los bocadillos de queso pancetta y fontina y la torre de pasteles franceses en miniatura y toda la demás comida hermosa. No fue justo. Tuve que lidiar con mis peores temores en esa fiesta y no recibí ninguna de las delicias encantadoras. Bueno, tomé el cóctel, pero nunca lo volvería a tomar porque el coqueto cantinero nunca me dio la receta. Eso no fue justo. No sé por qué pensé que la fiesta saldría bien. Era la historia de mi vida.

Mordí unas galletas y dejé migajas del emparedado que caían delante de mí, y puse una película. Genial. Estaba Sentido y Sensibilidad. Terminé llorando en la mitad, acurrucándome en los cojines de mi sofá, y durmiéndome así.

Me desperté con el movimiento de James levantándose en sus brazos. —Silencio —dijo—. Te llevaré a tu cama.

Me sentí bien al tener sus brazos a mí alrededor. Estaba triste. Me sentí estúpida por estar triste. Sabía que acababa de divorciarse. Sabía que era una estrella de cine. Sabía que era complicado, pero había estado fingiendo que existíamos fuera del mundo real. Tonta. Así que seguí siendo tonta y le puse los brazos alrededor del cuello y descansé mi cabeza sobre su hombro porque me hacía sentir mejor.

—Me hice cargo de todo, cariño. No nos volverá a molestar de nuevo.

No dije nada. No le creí del todo. Había sido una fantasía, un sueño y ahora había terminado.

—Hannah, todo está bien. Estamos bien. Podemos hacerlo público. Puedo llevarte fuera y presumirte. Estará bien.

Intente sonreírle. —No pude comer ninguno de los elegantes aperitivos.

Su rostro sé arrugó. Si hubiera algo más impresionante que sus ojos azules de hielo perforando mi alma, entonces serían ellos llenos de lágrimas y amor y derritiéndose por mí. —Oh, cariño. Cariño —. Me puso en la cama, rugosa y sin hacer como de costumbre, y luego acomodó un rizo detrás de mi oreja. —Te traje una bandeja entera de aperitivos. Dos. Una salada. Una de dulces.

Me reí. —¿Lo hiciste? —Era imposible. Me había traído la única cosa que quería de la

estúpida fiesta. Comida. Dos cosas. Comida y a él.

Se rio también. —Lo hice. Había demasiadas sobras. Ella gritó. Yo grité. Hicimos una escena. Todos estaban demasiado ocupados viéndonos como para comer. Y cuando Brigitte salió con estruendo, todos se fueron para poder hablar de nosotros. Y no pudiste comer ninguno. Así que los traje.

—¿Cómo sabes que no comí ninguno? —Era tan considerado.

—¿Realmente crees que mis ojos se despegaron de ti desde el momento en que bajaste las escaleras, Hannah? A penas podía permanecer alejado de ti. Tenías razón. Yo era el que no podría haber mantenido mis manos lejos de ti. Es un milagro que haya hablado con alguien porque todo lo que quería hacer durante toda la noche era correr hacia ti y mantenerte a mi lado y reclamarte como mía.

—Estás enamorado, James. No es real—. Brigitte LaFontaine me hizo darme cuenta de lo real que no era. —Está sólo en la etapa de despecho—. Luché contra las lágrimas que empezaron a surgir.

El gruñó. —Maldita sea, Hannah. No lo amaba. Te amo a ti.

—James, —lo alcancé porque no podía evitar tocarlo.

Sacudió su cabeza. —Ya no hay que hablar. Fue una noche terrible. Lamento haberte hecho pasar por esto. Sólo déjame dormir contigo.

—No creo que debamos hacerlo, James, no después eso. Deberíamos pensarlo mejor. Esto va demasiado rápido y nos estamos involucrando profundamente.

—Hannah, —su voz se quebró, desesperado. —No...no me envíes lejos. Necesito estar contigo. Sólo dormir. Por favor.

Me detuve y me incliné sobre mis codos para mirarlo. No estaba bien. Había estado pensando en lo perfecta que ella parecía y lo miserable que yo era, pero de todas las personas, debería saber que sólo porque una persona o una pareja luce perfecta en el exterior no significa que no sean un pozo de oscuridad por dentro. —Oh, —respire—. Oh—. Lo alcancé. Se quitó los zapatos, los pantalones y su suave camisa de vestir y levanté las fundas para él. Se deslizó conmigo abrazándome por la espalda como si me estuviera protegiendo. Le giré sus brazos para abrazarlo.

—Estás bien, —susurré a su oído—. Estoy aquí. Estaremos bien.

—No dejaré que nadie te lastime, Hannah, ¿me crees?

Asentí con la cabeza, creía que lo intentaría, que realmente lo quería. Simplemente no estaba segura de que fuera a ser tan fácil como decirlo.

CAPÍTULO SIETE

No estuvo bien.

Había pasado el día con varios abogados, gerentes y especialistas en relaciones públicas. Brigitte nos había hecho un escándalo, pero tenía secretos sobre ella que había estado guardando porque no confiaba en ella. Todo había ido con demasiada facilidad, este divorcio, y nada con Brigitte era fácil. Ella era la definición de alto mantenimiento. Todavía no había llegado al origen de donde había conseguido su información, pero Bette estaba en el jardín, haciendo sus propias llamadas. Ninguno de los dos iba a dejar que Brigitte lastimara a Hannah, y estaba claro que era su intención, y a través de Hannah, vengarse de mí y conseguir una buena publicidad para sí misma.

Hannah había estado nerviosa después de todo el drama de la noche anterior, pero tenía un trabajo que hacer. Podía verla intranquila, su tensión reflejada en su cuerpo. Observé como intentaba esconderse mientras estaba parada frente a mí. Se vistió con pantalón deportivo y su chaqueta para caminar con los perros, tan holgada como podía ser. Se trenzó el cabello y lo metió en una gorra. Era casi irreconocible de la chica sexy y sensual de la fiesta, con la piel expuesta y sus curvas y el cabello glorioso. Tiré del borde de su gorra hacia abajo sobre sus ojos para que nadie pudiera ver el hermoso verde y me incliné para besar sus labios gruesos. Se mordió la esquina de la boca cuando terminé.

—Estaré bien —dijo y cuadró los hombros, tomando las correas de las perras en su mano y dirigiéndose a la puerta.

Bette y yo intentamos desentrañar el desastre que estaba a punto de caernos encima. No sabía cuánto tiempo había estado hablando con mi abogado antes de darme cuenta de todos los ladridos. Era afuera, así que podría haber llevado algo de tiempo así, pero entonces la puerta se abrió y estaba dentro. Escandaloso y prepotente dándome un susto de muerte.

—Tengo que irme, —le dije a mi abogado y colgué antes de que pudiera exigir una explicación. No tenía una. Bajé escaleras para encontrar a Hannah jadeando mientras ella cerraba la puerta de golpe detrás de ella. Se reclinó contra ella, una manada de perros a sus pies, ladrando y ladrando y ladrando.

Su rostro olivo estaba pálido y sus pupilas eran pequeños pinchazos en el blanco de sus ojos. Se dio la vuelta y le puso seguro a la puerta. Con todas las cerraduras. Repitió el proceso de nuevo para asegurarse de que estaban aseguradas.

Me paseé entre los perros, grandes y pequeños, para llegar a ella. —Hannah, Hannah, ¿qué pasó?

—A los perros no les agrada ella —dijo, y parpadeó hacia mí.

— ¿Qué? —Los perros aún ladraban como locos y apenas podía pensar. — ¡Sentados! —

Ordené, sorprendido cuando toda la manada obedeció. De vuelta a Hannah. — ¿Quién no le agrada a los perros?

—Brigitte—. Sus ojos giraron hacia mí pero no estaba seguro si realmente me estaban viendo.

—¿Qué fue lo que hizo? —Había prometido dejarnos en paz, pero había mentido. Había ido tras de Hannah. Sólo. Esa perra.

—Los llevaba hasta el parque de perros, y ella me detuvo—. Hannah se veía más pequeña que de costumbre y un mechón de cabello había salido de su trenza a un lado de su cara. —Había tanta gente. No sé de dónde salieron. No hay mucha gente en esa calle y todos me miraban. Dijo que la atacué.

—¿Ella dijo qué? —Tomé sus brazos, intentando que me mirara pero sus ojos parecían incapaces de enfocarse en mí.

—Los perros. No les agrada. Le estaban gruñendo pero sé que fue porque estaba diciendo todas esas cosas feas sobre mí. Me estaban protegiendo. Y estaba asustada.

—Oh, cariño—. La envolví en mis brazos y la sentí temblar. Era más que sólo Brigitte. Lo sabía. Era lo que me había advertido Bette. Este era el daño. —No era mi intención hacerte esto.

—No fuiste tu, James. Fui yo. Nunca debí intentar...

—Maldición, no. Eres inocente en todo esto. Simplemente quedaste atrapada en el drama de mi vida con la egoísta de mi ex. Va por ti porque sabe que puede llegar a mí a través de ti.

—Porque soy débil.

—No. No lo eres. Es porque me importas y significa que eres mi debilidad. Eres brillante y fuerte y hermosa—. La abracé con más fuerza. — ¡Bette! —grité. ¿Cómo no había escuchado a los perros y había ido corriendo? — ¡Bette! ¡Ven aquí! —las puertas francesas se abrieron y cerraron. Sentí a Bette llegar a mis espaldas, aunque no volteé para ver. Pensaba que si dejaba ir a Hannah podría desaparecer.

— ¿Qué pasó? —Preguntó Bette.

—Es Brigitte. Fue tras Hannah mientras paseaba a los perros.

Bette miró a la manada y ensombreció. Tomó las correas de Hannah, soltó a Andrómeda y Casiopea para que fueran a sus camas y me permitió colocar un brazo alrededor de Hannah sin que una docena de perros estuviera tropezando conmigo.

—Dime lo que dijo Brigitte, Hannah—. La llevé a la sala de estar y me senté en el sofá con ella. Ella se acurrucó en mí.

—No lo sé. Probablemente lo que dijo anoche, pero quería decírmelo a mí. Con las cámaras alrededor. Me llamó una rompe hogares. Y una paseadora de perros. Como si las dos fueran la misma cosa —soltó una risita, —y a los perros NO les agradó. Le gruñeron. Tuve que contenerlos. No les agradó. Dijo que le eché a los perros—. Giró sus ojos verdes hacia mí y estaban pálidos, ausentes de vitalidad. —Lo juro, estaba intentando alejarlos de ella. Pero me jalaban.

—¡Esa perra! —Escupió Bette. —Ojala la hubieran mordido Casi y Andy.

—¡No! Jamás las dejaría.

—Debiste dejarlas —dijo Bette. —Yo pagaría el abogado.

—Estás desheredada, Bette, no tienes dinero.

Bette me miró. —Tú pagarías por el abogado.

Hannah se rio de nuevo con un toque histérico.

—¿Necesitas algo, cariño?

—Necesito llevar a los perros al parque, para que puedan correr.

Me reí. —Ni un en millón de años voy a dejarte ir allí con Brigitte intentando emboscarte para establecer algún tipo de chisme donde ella sea la inocente y tú la malvada líder de una manada de

perros de ataque.

—Me siguieron.

—¿Quién te siguió?

—No lo sé. Los hombres con las cámaras.

—No irás allá afuera.

—Tengo que llevar a los perros a casa.

—Bette llevará a los perros, pero antes te dará algo para tomar.

Bette ni siquiera titubeó. —Me encargaré de todo. ¿Qué te gustaría, querida? ¿Un martini?

—Tequila —dijo Hannah. —Dame un traje de tequila.

—Volveré —dije, mientras Bette cuidaba de Hannah, porque sabía que lo que Brigitte realmente quería no era a Hannah en absoluto, era a mí. De eso se trataba todo esto en primer lugar y siempre había sido así. A Brigitte no le importaba Hannah en absoluto. A Brigitte nunca le preocupó nada más que ella misma. Y estaría ahí afuera esperándome, sabiendo que iría por ella.

Abrí la puerta y caminé por las escaleras de la piedra marrón hasta la limusina que esperaba justo afuera. Brigitte bajó la ventanilla, los espejos de sus enormes gafas de sol mostraban mi propio reflejo enfurecido.

—Entra —dijo ella—. Tenemos que hablar.

—No. Eso no va a pasar. Tú y yo terminamos, y tú no debes acercarte a Hannah de ahora en adelante. Ni tú. Ni tus fotógrafos contratados. Ni tus investigadores privados.

—Entra, James. Hay gente escuchando.

—No es mi problema, Brigitte. No hice nada malo. Estamos divorciados. Hannah, definitivamente no hizo nada malo. Me encontré con ella de nuevo después de diez años cuando regresé a Nueva York. Es totalmente inocente. Y ciertamente no te atacó. No puedes inventar una historia así. Tenemos muchas pruebas. Y tú lo sabes. Después de que terminó nuestro divorcio, volví a casa, y aquí estaba ella, y me enamoré de ella. Es todo. Mala coincidencia, pero inocente.

—Imposible. Ni siquiera fue una semana. No pudiste ir de mí a ella tan rápido.

—No hemos estado juntos en meses, Brigitte, y si quieres seguir esta venganza y decir que te engañé, lo cual no hice, por lo que no tienes pruebas, entonces creo que debo decirte que tenía mis propios detectives privados siguiéndote, y tengo pruebas de que tú me engañaste hace meses. Seis semanas después de la boda. Supuse que los votos no significaban nada para ti. Ni siquiera estaba tan decepcionado, a decir verdad, siempre tuve la sensación de que estabas en nuestro matrimonio por el impulso a tu carrera pero me hiciste creer por un tiempo. ¿Supongo que el director con el que te acostaste era más conveniente?

Su hermoso rostro se mantuvo hermoso e inmóvil detrás del escudo de sus gafas de sol. Si alguna vez le importé, no podría saberlo. Ella frunció los labios lentamente. — ¿Por qué no dijiste nada?

—Porque no me importaba. Debí haberlo hecho, pero no lo hice, y fue cuando me di cuenta de que este matrimonio no iba a funcionar. Eso no es lo que debería ser un matrimonio. Debería haberme importado, y no lo hizo. No dije nada porque no te resististe al divorcio. Quiero decir que trataste de manipularme para tu carrera, porque todos sabemos que eso es todo lo que te importa, pero si insistes en ir tras de Hannah, entonces diré algo. A todos, incluyendo a tus queridos medios de comunicación. No te engañé. Fue al revés. Quebraste a la pareja dorada. Ahora puedo manipular la historia. Déjanos en paz, o le daré las fotos a la prensa. Y descubrirán que obtuviste tu último papel en la exitosa franquicia por acostarte con el director.

—No puedes —. Y ahí estaba la respuesta. Su piel de porcelana se puso pálida. Lo que realmente le importaba.

—Mi reputación y tu carrera. Es lo que está en riesgo. ¿Cuál será? Puedes mantener a los dos a salvo, o ninguno.

Ella inclinó la barbilla, y las gafas de sol enviaban el brillo de la luz del día de nuevo hacia mí. Miró hacia otro lado. Era una señal de que había ganado, pero ella no lo admitiría.

Asentí. —Mi abogado te hablara para asegurarse de que hayas entendido mis términos. Hemos trabajado en ellos toda la mañana. Estoy seguro de no los encontrarás para nada satisfactorios, pero los aceptarás de todas formas.

No respondió. Su ventanilla subió, el vidrio sombreado borrándola de mi vida. Sonreí a la ventana.

Giré hacia a la casa y respire hondo. Podríamos arreglar esto. Podría recuperar mi vida. Podría tener a Hannah. Podría ser libre. Todo funcionaría.

Para cuando volví a entrar, no sabía con cuántos tragos de tequila le había servido Bette a Hannah, pero las perras estaban sentados en sus caderas mirándola adorablemente, y Hannah se apoyaba en el hombro de Bette temblando de risa.

—Oh, bien, ahí estás. Voy a llevar a estos perros a sus casas —. Ella sostuvo el llavero de Hannah. —No puedo creer que tenga que usar una chaqueta.

—No tienes que hacerlo —dijo Hannah, una sonrisa en sus labios, pero no en sus ojos.

—Sí tengo. Es parte del honor de la paseadora de perros.

—No lo es —. Ella se rio, pero la risa se tornó en lágrimas. Caí en el sofá junto a ella.

—Cariño, no —. La tomé entre mis brazos y sollozó en mi camisa.

—Soy un desastre.

—No me importa. Eres muy linda. Me encanta tu desastre.

—Mentiroso —. Sollozó de nuevo.

Bette me miró fijamente, con los labios apretados. —Te dije que no iba a dejar que la lastimaras.

La ira brilló en mí. —Yo no hice esto. No fui yo. ¡No voy a lastimarla! ¿Cómo pudiste pensar que lo haría?

—Algunas veces no se trata de ti, James Silver.

Entonces Bette, con la chaqueta puesta, se fue, con nueve perros no muy educados.

—Esto es terrible, James. Oh. Sabía que era demasiado pronto. Sabía que estabas divorciado —. Hannah acurrucó en mí su débil voz. —Nunca debimos haber dejado que esto llegara tan lejos.

—Sí, debimos hacerlo, cariño. El problema es Brigitte y su necesidad de atención. Estamos bien. Estamos geniales. Estamos felices. Nunca me había sentido así por nadie antes.

—No puede ser real. Es demasiado pronto.

—¿Por qué? Nos completamos el uno al otro desde que éramos unos adolescentes. Eso no es demasiado pronto en absoluto. Han sido años.

—Tal vez. Pero tú te convertiste en este maravilloso hombre, y yo perdí a quien era.

—No cariño, eso no es verdad. No soy tan bueno y tú, tú eres un ser radiante. Quien eres resplandece desde cada molécula. Quizá aún no lo puedes ver. Quizá las cosas no resultaron como pensaste, sé que tu ex marido te traumó, hizo que perdieras la fe en ti misma, pero yo te veo. No te has ido. Estás justo aquí.

—Casi haces que lo crea —. Colocó su mano en mi mejilla y las lágrimas inundaron sus ojos pero no salieron.

—Debes creer. Créeme. Sé quién eres. Fuimos la primera relación del otro con el sexo opuesto. Estaba tratando de hacerla sonreír de nuevo.

Ella negó con la cabeza. —Mentiroso. Tenías muchas chicas. Y nunca estuvimos en una

relación.

—Esas chicas no eran relaciones reales, lo veo ahora. ¿Lo que teníamos tú y yo? Esa fue una relación. Comparé a todas las chicas que conocí contigo —. Cambié de posición, la coloqué sobre mi regazo y ella se acomodó, sus manos vagaban por mis hombros y pecho. Sé que ella me quería, quería crearme, quería creer en nosotros.

—Como ejemplo de lo que no hay que hacer, James. Yo era el ejemplo de lo peor para todo.

—Eso no es cierto. Me enloqueciste porque hiciste lo contrario de lo que esperaba que hicieras. Y me encantó. También lo odiaba.

—Y todo lo que eras para mí era una fantasía. Al igual que ahora eres una fantasía, que fui lo suficientemente estúpida como para creer que podía tener.

—No soy una fantasía. Soy real. Nadie más me conoce como tú, Hannah.

—Oh, James, desearía...—comenzó pero se desmayó. Estaba temblando.

Todo estaría bien, realmente creía, pero ella no estaba bien en este momento. Me levanté y le tendí una mano. —Vamos, déjame abrazarte un rato. Haremos que el mundo desaparezca, sólo por un momento —. Ella puso su mano en la mía y me dejó llevarla a mi habitación, desvistiendo sus pantalones deportivos y camiseta sin siquiera mirarme, antes de deslizarse debajo de las cobijas.

Subí después de ella. —Cariño, ella no volverá a molestarte. No te preocupes. Tengo un secreto de ella y la amenacé con usarlo. Intenté ser la mejor persona, pero te lastimó. Y no lo permitiré.

—Lo intentarás —dijo, sin voltear. —Pero...—se encogió de hombros y no dijo más.

La jalé hacia mi pecho, y nos quedamos allí por un tiempo. —¿Qué te hizo, Hannah, para hacerte creer que no mereces ser tratada bien? Porque la chica que conocí, lo exigía.

Negó con la cabeza. —Nada.

—No te creo. Esto no es nada. Y no es Brigitte tampoco. Ella es una persona superficial y vengativa. Te habrías reído de ella en el pasado.

—No hizo nada, James. Nunca nada importante. No me pegó, ni me golpeó ni me hizo morir de hambre. Cualquier cosa que explique sonará como a nada. Todos los días era nada y más nada, nada con ira y nada con desdén, y pronto eso fue todo lo que yo era —. Ella se acurrucó en sí misma, —Nada.

Le quité el sujetador de su cabello y le atravesé los dedos, acariciándola desde su cuello. Ella respiró irregularmente.

—Sólo porque no te haya pegado no significa que no te haya hecho nada. Lo hizo, puedo verlo.

—No fue nada. Me convenció.

—Date la vuelta, —pedí suavemente. —Déjame ver tu rostro.

Se dio la vuelta en mis brazos y sus ojos verdes eran tan grandes, tan vulnerables. Entonces las lágrimas se derramaron y ella me buscó. —Me han seguido antes, sabías. Marcus. Solía aparecer dondequiera que iba. Dejé de salir por eso. Estaba celoso.

—Lo siento Hannah. Lo siento —. Acaricié su espalda, masajeando los tensos músculos de sus hombros. —Debió haber sido horrible para ti. Y todo surgió de nuevo con Brigitte yendo detrás de ti.

Ella gruñó. —Te lo dije, James. Soy un desastre. Las cosas me descompusieron y me desmoroné. Por eso tuve que dejar de enseñar. Había demasiada gente. Demasiado estrés. Siempre estaba nerviosa. Es por eso que me escondo aquí en la casa de carruajes.

—No quise sacarte de tu escondite. No quise echarte a Brigitte encima. ¿Qué puedo hacer por ti? ¿Cómo puedo mejorarlo?

—Ya no quiero ser así. No quiero sentirme así.

Me dolía el corazón por ella, por su dolor e impotencia. —Puedo ayudarte con eso. Si me dejaras—. Coloqué mis manos en su cara, dejando que mis pulgares limpiaran las lágrimas de sus mejillas. —¿Me dejas hacer esto por ti? —Ella sonrió, casi se echó a reír, a través de las lágrimas, y asintió con la cabeza.

La besé. Suave. Poniendo todo mi amor por ella en el beso. Todas las esperanzas que me hizo sentir. La creencia de un futuro mejor, un mundo mejor. La fuerza para ser yo mismo y amar lo que amaba. La paz para simplemente ser. Sólo tocamos nuestros labios, y mis manos en su cara, y le di mi amor.

Dejó escapar un suspiro a medias. —Oh James, no sé cómo lo hiciste, terrible y encantador hombre.

—¿Qué fue lo que hice? —La besé en el párpado, luego en el otro. Sujetó mis muñecas, sosteniéndome.

—James, James, James...—Ella se apoderó de mí, con las caderas tocando las mías mientras reclamaba mis labios con los suyos, desesperados, anhelados. Sentí cómo ella me deseaba, como si yo fuera la primavera después de un largo y duro invierno, como si fuera nuevos brotes verdes empujando hacia arriba a través de tierra congelada. —James —jadeó, envolviendo sus brazos alrededor de mi cuello, sin dejarme escapar, aunque no iba a ninguna parte. —Me hiciste amarte.

Ahogué sorpresa. Las palabras que se asentaban en mi alma. Anheladas. La primavera, de hecho. Un mundo nuevo. Renacimiento. Podríamos ser cualquier cosa. Si ella me amara.

—No quería, James. No quería. Se supone que no debía. ¿Por qué llegaste por esa puerta? ¿Por qué tú?

—Oh, cariño —dije, mis manos vagando por su cintura y cadera, tan feliz de que apenas llevara ropa puesta. —Es mi casa.

Estalló de risa, echando su cabeza hacia atrás, y atrapé su yugular con la lengua.

—Creo que fue eso. Que me haces reír. Que me haces olvidar lo triste y rota que estoy. Que lo hagas bien. ¿Qué tan desastrosa soy?

—Está bien—. Me gustaba ese punto en su cuello. Olía a lavanda. Y miel. Sabía a sal. —Te dije. Me gusta tu desastre. Sigues diciéndome mentiroso, pero amo que no intentes fingir. Me haces sentir como si fuera tu amigo.

—Lo soy. Soy tu amiga. Y te extrañé. No sabía que te extrañaba. Te extrañaba demasiado, James—. Estaba llorando de nuevo.

—No, no, no. Cariño. No llores. Estamos haciéndote sentir mejor, ¿recuerdas?

Entonces se alejó de mí. Se sentó. La busqué, queriendo que me volviera a tocar. En su lugar, se limpió airadamente las lágrimas y sujetó mi camisa. —Entonces quítate la ropa. Sentir tu cuerpo contra el mío me hará sentir mejor. Mucho mejor. Vamos, desnúdate, chico rico. Hombre precioso—. Jaló mi camisa sobre mi cabeza y atacó mi bragueta.

—Hannah, cariño, no tienes que...

—Sí tengo que, James. No quiero estar triste ni ser débil nunca más. Quiero ser fuerte de nuevo. Quiero ser yo. Ahora desvístete.

Me quité los pantalones y los calzoncillos porque no iba a desobedecerla, claro. Y ella asintió con la cabeza, con los ojos brillando con algo que no eran lágrimas, lo que era mi objetivo. Alcanzó su espalda y desenganchó su sostén, tirándolo al suelo. Tampoco iba a discutir con eso. Intenté tocarla, salivando por poner mis manos y labios en sus hermosos pechos redondos, pero ella me abofeteó la mano.

—No. Yo estoy a cargo —dijo.

Sentí un gruñido nacer en mi pecho. Anticipación. Deseo. Me lamí los labios y asentí con la cabeza. —Lo que quieras, amor, es tuyo.

Me empujó de nuevo en la cama, desnudo, y se quitó las bragas, tirándolas al suelo antes de subir sobre mí y montar alocadamente mis caderas.

—¿Puedo tocarte?

Vi las imágenes pasar a través de su mente, sus pestañas revoloteando. En lugar de decir sí o no, tomó mis manos y las colocó donde ella las quería. En sus caderas, mis pulgares en el pliegue de sus piernas y mis dedos sobre su trasero. Podría trabajar con eso. La apreté y ella buscó entre sus piernas para tomarme con su mano. Me quejé mientras ella me tomaba y luego, sin preámbulo, se deslizó sobre mí.

Estaba mojada, apretada y caliente, y yo murmuraba palabras, pero no sabía lo que eran. Ella enhebraba sus dedos a través de su cabello y arqueaba su espalda, y luego comenzó a moverse. No fue gentil. No era suave. Ella me montó rápido y duro y su rostro enrojeció en un tono rosado al excitarse. Lo vi viajar por su pecho hasta sus pechos mientras rebotaban. No podía hacer nada más que mirarla, agarrarle las caderas, animarla. Ella gimió, y el sonido me atravesó, apenas podía aguantar. Echó la cabeza hacia atrás y me arrebató el placer. Tomó su vida de vuelta. Tomó el control.

—James, —murmuró. Sus ojos se encontraron con los míos y quedaron fijos. Parecían jade. Ella cambió, llevándome más profundo, y gemí con la sensación de ello. Hannah se inclinó hacia adelante, sus dos manos en mi pecho ahora, la fricción hermosa. —James —dijo de nuevo, desesperada, montando al límite. —James, por favor.

—Lo tienes, cariño —murmuré, sin dejarla mirar hacia otro lado. Su necesidad era tan profunda. Su hambre abarcaba tanto. Sus sentimientos me sacudieron hasta el fondo. Termina por mí. Termina por ti. Tómalo.

Gimió. —Quiero tus dedos.

Sonreí, y un sonido bajo se perdió en mi garganta. Deseaba mis dedos sobre ella y los trasladé a donde nuestros cuerpos se encontraban. Le di la presión que necesitaba y froté un círculo rítmico apretado en su centro.

—Sí —dijo, —sí—. Nuestros ojos fijos, y se vino, con fuerza, soltando un grito mientras se encorbaba, sus brazos se desmoronaron, exhausta, colapsó sobre mí. Estaba sudando y jadeando contra mí y le metí las caderas. Gimió. —No te detengas, James. No. Estoy agotada, pero no te detengas.

—Dios, eres hermosa. ¿Ya puedo tocarte?

—Por favor— jadeó, sí —. La giré contra la cama, y la besé, mis manos recorriendo todo su cuerpo. Tan suave. Tan cálido. Tan impecable. Mi hogar. —Sí —dijo sobre mis labios, —por favor James—. Se aferró a mi espalda. —Te amo, James. Te amo.

Ella era mi hogar. —Te amo —. Se tragó mis palabras y arqueó su espalda mientras me metía en ella una y otra vez, envolvió sus piernas alrededor de mis costillas para llevarme más y más profundo. Caí en ella, caímos juntos, enredados el uno en el otro. No pensé que sería capaz de liberarme de ella.

Nos quedamos jadeando y agotados. Me sostuvo contra ella mientras intentaba levantarme. —Quédate —dijo ella.

—Siempre —. Giré hacia un lado y la metí bajo mi brazo. —Hay que quedarnos aquí y nunca salir de la cama de nuevo. Podemos escondernos juntos.

—¿Y si escondernos no funciona?

—Entonces, juntos enfrentaremos al mundo.

Suspiró con tristeza.

—No, cariño. No estés triste —. La bese en todos los lados que pude alcanzar hasta que sonrió de nuevo y se aferró a mí. Me acomodé, colocando los cobertores sobre nosotros, enamorado de la sensación de su cuerpo contra el mío, de la forma en que me abrazaba, como si nunca quisiera dejarme ir. —Ninguno de los dos durmió bien anoche, vamos a tomar una siesta, y cuando despertemos, estaremos listos para ir contra el mundo, ¿está bien?

Ella sólo me miró, sus labios curvados en una sonrisa suave que no podía leer. Dejó que sus dedos revolotearan sobre mi cara, trazando mis cejas, mis pómulos, recorriendo la ladera de mi nariz, como si estuviera tratando de retener la forma de todo en la memoria de su piel. Dejó que se deslizaran sobre mi mandíbula y se asentaran en mis labios. Traté de besarlos y ella los alejó. —Duerme —dijo.

Cuando desperté, se había ido, y en su lugar había una carta.

James, lo que te dije anoche era verdad. Te amo. No sé si es algo nuevo o siempre ha estado allí, pero percatarme de ello empeora todo. No estoy lista para nosotros. Cuando te dije que era un desastre, estaba tratando de decirte quién era. No puedo estar contigo ahora. Sé que quieres venir y salvarme, pero no puedes salvarme de mí misma. Tienes que lidiar con tu divorcio y yo necesito lidiar con mi desastre, y no creo que podamos hacer esas cosas mientras hacemos lo que sea que sea esto. Por favor, dame algo de tiempo a solas. No necesitas esconderte conmigo, eso no es lo que eres, y no podía soportar llevarte a mi nivel. Sí te amo. No creo que pueda parar ahora, pero no puedo estar contigo.

*Philomena Hannah Cleary,
la chica de al lado*

—Maldición —dije, mientras mi corazón se hundía como un ancla.

CAPÍTULO OCHO

Una semana después desde la última vez que vi a James, aún tenía que luchar contra el impulso de correr a su lado. Para sostenerlo en mis brazos. Besarlo y dejar que me haga reír. Quería comer bocadillos de queso y jugar con perros y hablar de literatura griega clásica porque nunca había llegado a burlarme de él sobre su biblioteca antes de que todo se desmoronara.

Cuando alguien llamó a la puerta de mi jardín, no podía arriesgarme a que fuera él, porque si estaba parado en mi puerta trasera, lo jalaría del cuello hacia dentro de la casa de carruajes y nunca lo dejaría ir, sin importar que mi cerebro dijera que tenía que ser responsable y ponerme de pie y arreglar mi desorden antes de dejarlo entrar en mi corazón. A mi corazón no le importaba. Mi corazón decía que era demasiado tarde; él ya estaba allí, dentro de mis defensas. El golpe sonó de nuevo.

Llamé a Bette a su teléfono. Respondió casi inmediatamente. — ¿Eres tú? — Pregunté.

— Sí, soy yo, abre por favor. James ni siquiera está en casa hoy. Fue a la oficina.

Suspiré de alivio y nostalgia y abrí la puerta. Bette estaba allí, alta y flexible, con pantalones vaqueros y una blusa blanca, con su largo cabello oscuro suelto. Me mostró dos sacos de tela. — Los comestibles que pediste —. Incluso como repartidora, siempre estaba tan dispuesta y hermosa. Estaba celosa.

— Gracias, Bette. Lo siento. Solía trabajar para ti y ahora me entregas mis comestibles.

Se encogió de hombros y negó con la cabeza de manera que su cabello negro se estremeció. — Sí, bueno es mi culpa que no puedas salir a la tienda porque los paparazzi te persiguen. No debí haberte obligado a ir a la fiesta, conociendo a esa perra fastidiosa como la conozco. Debí haber sabido.

— No me ha molestado. Como dijo James. No la he visto para nada.

— Pero los paparazzi te siguen.

Un enredo de nervios atravesó mi ser. Ansiedad. Respiré hondo y lo dejé salir lentamente. Me sentía tonta. Era gente tomando fotos. No me harían daño ni nada, pero no podía superar la sensación de que tenía que correr y esconderme, que estaba en peligro. Le sonreí, preguntándome si podía leer la tensión de mi sonrisa y saber que estaba fingiendo. Pensé que James se habría percatado. — Sí, por eso te pido que traigas comestibles. ¿Cómo están las perras?

— Te extrañan. Puedes venir a verlas. Ni siquiera tienes que salir. Sólo atraviesa el jardín.

Los comestibles estaban pesando. No la miré. — No puedo arriesgarme a verlo, Bette—. Mi voz se atoró en mi garganta, y tragué fuertemente.

— No te molestará. Prometió que no lo haría. Dijo que te dejaría en paz hasta que estuvieras lista porque confía en ti para que descubras lo que necesitas.

— ¿Dijo eso? —me mordí el labio. Era tan buen hombre.

—Le dije que lo mataría si te hacía daño, y dijo que no lo haría porque te ama —. Su negra cascada de cabello ocultó la mitad de su rostro mientras se inclinaba hacia mí pero con su mirada feroz como siempre, para protegerme.

Las lágrimas que estaban cerca de la superficie últimamente brotaron.

—Dime, —dijo, sus ojos avellana metálicos con intensidad, como dagas de bronce. —Dime lo que hizo. Lo terminaré. Siempre ha sido un pequeño idiota. No tengo reparos.

—No. Por favor, no, Bette. No es su culpa. No me lastimó. Él es maravilloso. Creo que yo lo lastimé.

Negó con la cabeza impacientemente. —Nada le hace daño. Todo se le resbala por la espalda, y siempre termina luciendo como un rosal. Es el chico dorado, siempre lo ha sido.

—No lo creas, Bette. Hay más de él que la gente ignora. Incluso tú. Te ama, pero sabe el juego que juegas. Tu familia. Siempre estás a la defensiva. Siempre llevas máscara y estas consiente de la gente que te mira, y actúas como si fueras perfecta incluso cuando sabes que te estás desmoronando por dentro. Sabes que es verdad, la manera en la que siempre han sido contigo, con los dos, para ser la justa representación de la familia. Te desheredaron. ¿Por qué? ¿Por ser gay? Tan perfecta como eres, y no fue suficiente. Tenías que encajar dentro de su mundo o salirte.

La cara de Bette se volvió atónita. Vi su propia máscara caer. La perfecta Bette. Ella también estaba sufriendo. Interpretó a la chica de la fiesta, demasiado genial para dejar que nada la lastimara, pero era una chica cuyos padres no la amaban lo suficiente. Y quería abrazarla y decirle que la amaba y que siempre sería mi familia. Sólo que ella nunca me permitiría hacerlo. Y si no podía estar ahí para James, tampoco podría estar allí para Bette. Así que sonreí en su lugar y la miré a los ojos. —Puede que él no piense que te saliste para alcanzarlo. Puede que quiera cuidar de ti, pero ustedes dos siguen jugando. Te he visto, la forma en que te burlas y amenazas, jactas y postras. Es un acto, y los dos saben que lo están haciendo, y que no se lastimarán el uno al otro, pero las paredes siguen ahí.

—No lo hacemos, —dijo con su rostro pasmado.

—Lo hacen. Sus escudos están puestos. Pero él no es así conmigo. Se abrió conmigo. Y...— no pudo contenerse. Las lágrimas la ahogaron, —creo que lo lastimé.

—Así que estás diciendo que eres tú a quien debo matar. Para protegerlo —. Me di cuenta de que la había quebrado. Pude ver el movimiento en su garganta mientras tragaba fuerte. Se suponía que nadie hablaba de cosas serias con Bette. Era la chica de la fiesta. Nadie debía hablar de sufrimiento. Ella fingía que el suyo no existía. Pero lo hacía. Igual que James. Y ambos jugaron ese juego multimillonario tan bien que todos fueron engañados. Pero yo lo sabía. Había atravesado las paredes. Yo amaba a Bette. Y yo amaba a James. Y quería que fueran felices, valientes y amados. Me mordí el labio.

Asentí. —Deberías. Deberías matarme porque le rompí el corazón. Desearía que lo hicieras. Deberían protegerse el uno al otro. Sí yo no estoy presente. Necesito que tú lo protejas. Y me gustaría que el cuidara de ti también. Los dos pueden hacerle frente a su familia. A Brigitte. Al mundo entero.

—¿Qué hay sobre ti?

—Yo no soy su familia. Puedo averiguarlo por mí misma.

Negó con la cabeza con lástima, tal vez la lástima era para ella misma. —Así que lo amas, y duele. Y él te ama, y duele. No sé si vale la pena amar a la gente cuando te lastiman. Sigo pensando que quiero encontrar a una chica bonita para amar y luego veo lo que el amor le hace a la gente y pienso, “tal vez sola es mejor”. Tal vez no quiero tocar eso y quemarme.

Por un tiempo, parecía que no era mejor estar sola. No cuando James existía en el mundo. Parecía que estar con James era felicidad, pero entonces se complicó tanto y mi desastre emergió y se apoderó de todo. Tuve que coincidir, tal vez Bette tenía razón. Sola era mejor. Seguro. — ¿Quieres venir y tomar un poco...? — Miré en la bolsa de comestibles, — ¿...bocadillos de queso orgánico? — No pude evitar sonreír. Recordando.

— Esos son para ti, querida —. Su máscara perfecta estaba de vuelta. Estaba sombrada de la facilidad con la que había vuelto a su lugar. Ella y James habían estado actuando todas sus vidas. Era natural para ellos. No podía imaginarme así de serena. — Además, — Bette se asomó dentro de la casa de carruajes, con todas las cortinas bien puestas y las luces apagadas. Las pilas de libros, suministros de arte, y un cesto de ropa que aún no había doblado y guardado, y que definitivamente estaba ocultándolo. — Este lugar parece una tumba. Una tumba muy abarrotada y cargada de cosas. Necesitas abrir algunas ventanas, que entre aire fresco... ¿los paparazzi encontraron tu dirección? ¿Te están molestando? ¿Es por eso que pusiste todas las cortinas?

— No lo creo — dije. — O no lo sé. Me siento paranoica ahora, no puedo decir qué es real y qué no. Creo. No lo sé. Creo que vi a alguien allá afuera, observado, pero es una calle concurrida. La gente está por doquier. No quiero arriesgarme. Probablemente sólo estoy paranoica.

— Esa perra de verdad fue tras de ti, así que no creo que estés paranoica si realmente hay personas afuera observando. Sólo cuídate. Si necesitas algo, ven con nosotros.

— No quiero... — ¿Cómo le decía que si veía a James no sería capaz de despegarme de él? No sería capaz de mantener mi convicción de estar sola, porque lo deseaba tanto. Me hizo sentir bien, valiente y fuerte. Sentí que eso era hacer trampa de alguna manera. Si no podía ser esa persona por mi cuenta, Marcus tendría razón sobre mí todo este tiempo. Realmente era una débil y miserable que no era lo suficientemente fuerte para conseguir algo sin él.

Bette debió haber visto mi cara. Se inclinó y besó mi mejilla. — ¿Quieres a las perras? Te harán sentir más segura. También te extrañan. Y así podrás ver cómo están. ¡Puedes cuidarlas!

Carcajeé. — No, quédate a las perras. Si me siento demasiado extraña, correré a través del jardín para verte —. No creí necesitarlo. Sabía que estaba paranoica, pero era bueno saber que ellos estaban ahí. La abracé. — Gracias.

Bette se fue. Sólo para estar segura de que realmente estaba paranoica e inventando preocupaciones, fui a la cortina de la ventana principal y me asomé.

Aun así, había una sombra en esa puerta. Como había estado todo el día. No se había movido. ¿Había estado allí antes y no lo había notado, o realmente había alguien allí? ¿Estaban allí mirándome?

Miré fijamente y no vi ningún movimiento. Probablemente fue sólo una ilusión de la luz. Tal vez había un paquete grande postrado allí. Tal vez siempre había sido así y sólo noté la sombra en forma de hombre cuando pensé que alguien me estaba observando. Tenía que estar paranoica. Dejé caer la cortina y encendí la música.

Pintar. Eso alejaría mi mente de estas cosas. No había salido en días, mi trabajo de paseadora de perros estaba siendo cubierto por uno de los otros paseadores que conocí en el parque de perros. Sólo estaba yo, y mi soledad. Esto era lo que quería, ¿no es así?



Me senté en la cama, jadeando. La oscuridad de la noche presionada contra mis ojos.

Algo me había despertado. Una pesadilla, pensé, un sueño de ser perseguida, de que me seguían, me observaban, sabiendo que siempre hacía las cosas mal. Intimidación. Pesadillas.

Ansiedad. Paranoia. Miedo. No era real. No podía serlo.

Busqué el vaso de agua al lado de la cama para mi garganta seca. Algo me había despertado. ¿Un sueño? ¿O un sonido?

La casa estaba en silencio. La calle estaba en silencio. A lo lejos, oí ladrar perros. Muy lejos. Pensamientos paranoicos me molestaban. Marcus siempre había dicho que era paranoica y demasiado sensible cuando le reclamé por las cosas que había hecho. Cuando el dinero había desaparecido de mi billetera, o cuando pensé que había estado susurrando sobre mí con sus amigos, o cuando sentí que me estaban siguiendo. Paranoica, me llamó. Y es ingenuo pensar que alguien tomaría las molestias conmigo. ¿Por qué alguien querría seguirme? No era nada especial. A veces me acusaba de salir a destruir su reputación, hablar de él o tratar de sabotear su carrera. Yo sabía que no había hecho nada de eso, pero la forma en que retorció mi mente siempre me hizo abandonar la cuestión de lo que me había estado haciendo.

No había sido paranoica, y no había sido demasiado sensible. Me había estado observando. Había estado divulgando chismes sobre mí, su propia esposa, para que nadie confiara en mí ni me creyera cuando les dijera lo que había hecho. Y se había llevado todos mis ahorros y los había usado para su negocio, dijo, por nosotros, dijo, pero no había evidencia de que lo hubiese usado para negocios. Y yo no era ingenua. Ya no le creía, aunque fuera una pesadilla la que me había despertado. Era mi casa y había gente ahí afuera, observándome.

Me levanté de la cama y tropecé con algunos libros que dejé en el suelo antes de encontrar mis chanclas. Tal vez estaba paranoica, pero sería una paranoica inteligente. Revisé mis ventanas, cerradas. Luego fui por toda la casa, revisando todas las puertas y ventanas, mi corazón latiendo salvajemente todo el tiempo.

Todo estaba cerrado, seguro. La calle de enfrente estaba vacía, y tranquila, la sombra en la puerta se había ido.

Debí haberme sentido más segura. Debí sentirme tranquila como si mi paranoia fuera tonta. En cambio, mi corazón latió más duro. Alguien me había estado observando. Esa sombra en la puerta. Si se había ido ahora, eso significaba que alguien había estado allí antes. Lo sabía. No sé cómo lo supe, pero lo sabía. Me senté en la oscuridad porque temía que al encender la luz, sabrían que yo sabía que estaban ahí fuera. Podrían verme. Vendrían a buscarme.

Estaba aterrorizada. Era una pesadilla. Me senté en mi sofá, con celular en la mano, mis brazos envueltos alrededor de mis rodillas. ¿Qué me había despertado, me pregunté? ¿Fue una pesadilla? ¿O fue un ruido? Repasaba por la cabeza, tratando de recordar. No recordaba un sueño, no recordaba una pesadilla. Debería recordar si me hubiera despertado una pesadilla. Todo lo que recordaba era un ruido. Un ruido. Como los cubos de basura traqueteando.

Un ruido me despertó. Me paré, mi teléfono encendido. Mi dedo flotando sobre el teclado. Estaba a punto de llamar al 911, para llamar a la policía.

¿Para qué? ¿Por el miedo a que alguien me estuviera observando? ¿Por traquetear cubos de basura en una calle de Nueva York? ¿Por una pesadilla? Se reirían de mí.

James. Quería a James. Quería sus brazos a mi alrededor. Me hacía sentir segura. Me escuchaba. Me sentía más fuerte con él. Me diría si estaba paranoica o si tendría una razón para preocuparme: mi barómetro de realidad. Me diría si estuviera loca o llena de sandeces, igual que yo le diría si fuera un egotista o mimado. Pero nunca me diría que era estúpida, o tonta, o que no sabía lo que había visto con mis propios ojos. Confiaba en él.

De repente me sentí tonta. ¿Por qué lo había dejado? ¿Por qué no estaba con él ahora mismo, cuando podía estar a salvo con él, y no estaría sola? No tendría que hacer nada de esto por mi cuenta.

Bette me dijo que fuera con ellos si sentía que necesitaba a alguien. Necesitaba a alguien. Ahora. Necesitaba a James. Y él estaba justo ahí. Justo al otro lado de la pared. Atravesando el jardín. Todo lo que necesitaba hacer era ir hacia él y todo estaría bien.

Agarré mi sudadera con capucha y la llave de las puertas francesas de la casa y abrí las tres cerraduras y el cerrojo, los cuales me había asegurado estaban asegurados unos minutos antes. Abrí la puerta. Y me congelé, aterrorizada.

—Hola, muñeca—. Se paró ahí, abarcando toda la puerta. Alto y ancho. Mucho más pesado de lo que recordaba, su cabello café oscuro más largo con un despojo de barba.

Tiré las llaves y me retrocedí tambaleante. —¡Marcus!

—Tiempo sin verte—. Dio un paso dentro de mi casa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —No pude evitar retroceder. La amenaza de él recorrió todo mi cuerpo, poniéndome en alerta máxima. Nunca me había hecho daño antes, no físicamente. Pero ahora tenía miedo. Había algo diferente en él. Estaba nervioso, no era como solía ser siempre en control. Nunca lo había visto así.

—¿No vas a invitarme a entrar? —Estaba enojado. Sus palabras resonaron con furia. Dio otro paso dentro, sin esperar una invitación.

—¡No! No te quiero aquí—. Tropecé con mi mesita, golpeándola con mi rodilla. La estatua del perro rinoceronte se tambaleó. —Estamos divorciados. Se terminó. Ha sido hace mucho tiempo.

—Yo no estaba de acuerdo en que se terminara—. Se adentró en la pequeña sala de estar, cerrando la puerta detrás de él, y tomó todo el oxígeno. El aire se había ido. Mi cerebro acelerado. No cerró la puerta detrás de él. Obviamente, no era un neoyorquino nativo. Si pudiera rodearlo, podría abrirla y correr hasta James. No podía pensar en la facilidad con la que me atraparía, tal vez en la puerta. Si pudiera salir tal vez podría gritar y James me escucharía y vendría. Me paralicé.

—Si lo estabas. Firmaste los papeles del divorcio—. Permanecí donde estaba. Mi muslo presionando contra la estatua. Coloque una mano sobre esta para estabilizarme. A mí misma.

—Sólo quería que te callaras, Hannah. Estabas chirriando hacia mí y no te detenías. Así que firmé. Pero no estuve de acuerdo.

—A eso se le llama estar de acuerdo, Marcus. Legalmente. Es un acuerdo legal. No puedes echarme para atrás ahora. Nos divorciamos. Terminamos.

—¡Yo no estuve de acuerdo! Eres mía. ¡Me perteneces y lo sabes! —Gritó. Su voz era rasposa, y parecía perder el control y la confianza que siempre tuvo en sí mismo, el hombre que me hizo creer que me cuidaría, que me hizo enamorarme cuando era una niña, y luego se volvió controlador. Dijo la verdad sobre cómo se sentía siempre. Que él era mi dueño. —Lo sabías y te fuiste, de todos modos. Eres mía, y nunca te dejaría ir. No terminamos nuestra conversación y no hemos terminado con esto—. Se tropezó con una lámpara, apestaba a whisky barato.

—¿Estás borracho?

—¿Qué otra cosa se supone que haga? Me dejaste sin nada. Todo lo que tenía era el bar—. Se sostuvo de la lámpara como si fuera lo único que lo mantuviera de pie.

—¡Tenías todo mi dinero! La casa. Mi carro. Te dejé todo.

—¡Nada! —Rugió. Retrocedí, intentando que entrara para encontrar un espacio y correr hacia la puerta. —No soy nada sin ti—. En su voz, pude escuchar un eco del apuesto y romántico sujeto que conocí en primer lugar. El que parecía que lo tenía todo resuelto. Como si pudiera cuidar de mí, entenderme. Ser mi amigo. Pero en realidad sólo quería ser mi dueño. La vida decepcionada. Y es aterrorizador.

—Necesitas irte, Marcus. No deberías de estar aquí. Por favor —. No me avergonzaba rogar. Algunas veces si rogaba, era dulce y sumisa, se rendía. Lo hacía sentir como el gran hombre.

—Oh, ¿crees que rogar servirá después de descubrir que has estado de zorra con el chico lindo?

—No, Marcus. No lo he estado. Lo siento—. Las disculpas llegaron a mis labios fácilmente. No me gustó. Nunca supe cómo sería si estuviera borracho. Si se enojaba o se distraía y se dormía después de una rabieta. No sabía cómo responder para sacarlo de mi casa y alejarlo de mí. Tenía que tener cuidado porque si pensaba que me burlaba o mofaba de él, explotaría y empeoraría.

—Déjame verte. Déjame ver a la zorra—. Extendió una mano y hurgó buscando el interruptor de la lámpara. Parpadeé con la intensidad de la luz. Se veía terrible. Sin afeitarse, con papada, manchas en su camisa. Nunca lo había visto así. —¿Cuánto tiempo, Hannah? ¿Cuánto tiempo me engañaste? —Avanzó hacia mí. Su sombra se avecinaba.

—Nunca lo hice. Ni una vez—. Rodeé una silla. Un paso más cerca de la puerta trasera.

—Mentiras, Hannah. Mentiras. Tengo la evidencia.

Sacó una revista de su bolsillo trasero. Una revista de chismes que lees en la cola de la tienda. Estaba abierta en una foto mía, y junto a ella, una de James.

—Eres una rompe hogares, Hannah. Rompiste nuestro hogar. Con tu amante. Tu amorcito de la infancia. Lo dice justo aquí. Lo conociste cuando eras niña. Siempre estuviste enamorada de él. Dicen que estabas obsesionada con él. Lo sabía. Sabía que me engañabas. Intentaste mentir, pero sabía que jamás me amaste. Era él todo este tiempo.

—Nunca lo hice. Nunca te engañé. Sabes que ni siquiera salía. Siempre estaba en casa. Lo sabes—. No quería sacar el tema del hombre que contrató para vigilarme, pero él tenía las pruebas. Nunca fui a ningún lugar, ni hice nada.

—No negaste estar enamorada de él. Zorra. Todo este tiempo.

Abrí la boca para negarlo y... no pude. Había estado enamorada de James todo este tiempo. Me había enamorado de Marcus pensando que era como James, tan tranquilo, tan en control, pero me había equivocado. La realización me pegó fuerte. —No te engañé —repetí, era la única cosa que podía decir. —Ni siquiera me encontré con él de nuevo hasta que regresó de Los Ángeles. Un año después de habernos divorciado. Lo juro, Marcus.

—¡Eres una mentirosa! Aun tienes la casa de tus padres. Me dijiste que la habían vendido y se habían mudado a Florida. Mentiste sobre eso.

—No te mentí. No la vendieron. Sólo se mudaron. La estaban rentando antes de que yo me cambiara. Lo juro, tienes que creerme.

—Nunca te creí. Eres una mentirosa y una zorra.

—Nunca te mentí—. No tenía que soportar más esto. Y ya no quería. Estaba cansada de tener miedo. —Lo amaba, pero nunca estuve con él, no era recíproco. Lo dejé ir y me fui. Te encontré, y también te amaba a ti. Te amaba, Marcus. Quería una vida contigo. Quería ser feliz. Pero no querías que fuera feliz. Querías ser mi dueño.

Sentí que mi fuerza volvía. —No eres mi dueño, Marcus. Nunca lo fuiste y nunca lo serás. Hemos terminado. Vete o llamaré a la policía.

—No lo harás—. Buscó debajo de su camisa y sacó un arma de su cintura. El arma me apuntó. —Baja el teléfono, Hannah.

—¿Qué estás haciendo?

—No puedes hacerme preguntas. Siéntate, zorra.

Yo no hablé. No podía mirar lejos del cañón negro que me apuntaba. Nunca había visto un arma en la vida real. Se cernía frente a mí, pesada. Imponente. Pensé en la muerte y el miedo y en

la sensación constante de esperar a que la violencia explotara. Pensé que entraría en pánico. Pensé que tendría miedo. Temblando y tiritando o congelada como un conejo frente a un camión que se acerca. No lo estaba. Estaba tranquila. Era como si siempre estuviera esperando a que esto sucediera. Como si supiera que la amenaza siempre había estado ahí. Por eso siempre tuve miedo. Por eso corrí, dejando mi vida atrás para empezar de nuevo. Eso, y la forma en que constantemente trataba de someterme para que no pudiera defenderme.

No me sentía sometida. Me sentía preparada y al límite. —No sabía que tenías un arma, Marcus—. Me senté y señalé a la silla enfrente de mí. —Siéntate, podemos hablar.

—No me quiero sentar. Conseguí el arma cuando te fuiste. Me hiciste enojar, y no sabía por qué.

—Fue porque no pudiste poseerme, Marcus. Eso no es amor, Marcus. No puedes apropiarte de la gente. No somos propiedades.

—Si no puedo tenerte, tampoco él.

—Él tampoco se apropió de mí, Marcus. Soy mi propia dueña. ¿No puedo pertenecerme a mí misma?

—¿Por qué me dejaste Hannah? Éramos felices juntos. Te necesito. Te amo.

—Eso no es amor. Es control. Baja la pistola, no quieres hacer esto.

—Eres mía, Hannah. Mía. Debes volver a casa conmigo.

—Esta es mi casa.

—¿Por qué me haces hacer estas cosas Hannah? ¿Por qué no puedes simplemente ser mi esposa de la forma correcta?

—Porque no quiero.

—No quiero hacer esto Hannah. Me estás obligando.

—Entonces no lo hagas, Marcus.

Alzó su arma.

CAPÍTULO NUEVE

Desperté de un sueño irregular con las perras ladrando escandalosamente. —Qué demonios—me quejé y hundí mi cabeza bajo la almohada. Desde que Hannah se fue, no había podido dormir bien, así que lo poco que había conseguido era más importante que nunca.

Las perras continuaron ladrando.

—¡Bette! —Grité, —¡Calla a esas perras! —No hubo respuesta de Bette y los ladridos seguían. — ¡Bette! —Nada. —Maldición...—. Mi prima dormía como muerto, y la casa era tan robusta que las paredes eran casi insonoras. Probablemente ni siquiera había escuchado a las perras, menos mi débil y somnoliento grito. Solté un largo y dramático suspiro que sentí hasta la punta de mis pies, y salí de la cama, metiendo mis pies en unas pantuflas y poniéndome una camisa sobre la cabeza. Quizá debería sentarme en el jardín en pijama y beber algo, y contemplar mi solitario futuro. No volvería a conciliar el sueño esta noche, eso seguro.

Cuando abrí la puerta, los ladridos eran mucho más fuertes. Frenéticos. Venían de abajo. —Qué demonios, perras tontas. ¡Silencio! —Me metí en el pasillo, pasando por la puerta de Bette y golpeándola como un maníaco, porque si tenía que estar despierto para esto, ella también. No habrá una bella durmiente Bette en esta casa.

—Cállate, querido, intento dormir —me gritó.

—Tus perras están como locas. Levántate y haz algo.

Ella se alborotó al otro lado de la puerta. Esta se abrió y allí estaba, con el pelo oscuro despeinado, vestida con una bata de seda. ¿Quién viste así en esta época? Yo sólo dormía en pantalones de pijama debido a mi sueño irregular. Seguía despertando por la noche y era más fácil levantarme y deambular cuando ya estaba medio vestido. Ella parecía alguien salida de una película. Nunca entendería a mi prima.

—¿Qué hay de malo con mis perras? —Me miró con sospecha como si hubiera sido quien les había hecho algo a ellas.

—No lo sé. Están como locas. ¿Por qué ladran así?

—No lo hacen. Nunca lo habían hecho. Algo anda mal.

—Tal vez encontraron un ratón o algo.

—Por favor, dejan que una ardilla se coma sus alimentos. Simplemente se sientan a verla. No son cazadoras, son bebés grandes.

—Bueno, necesitas callarlas.

Me frunció los labios y me empujó al dirigirse abajo. La seguí, tratando de ignorar la sensación de inquietud que se elevaba bajo de mi pecho. Todo me había causado malestar desde que Hannah se fue. Esto no era diferente, me dije a mí mismo, pero no lo creí.

—¡Andrómeda! ¡Casiopea! —Llamó Bette desde el fondo de las escaleras. Las perras no vinieron. —¡Andy! ¡Cassie! ¡Vengan! —No lo hicieron.

—La cocina. Están en la cocina—. La empujé para pasar, mi intranquilidad crecía.

Bette me siguió. Encontramos a las perras en la cocina, en las puertas francesas, ladrando hacia algo en el jardín.

Mi intranquilidad se convirtió en miedo. —Es Hannah—dije.

—No, no lo es. No lo es cariño. No lo es—. Bette estaba aterrorizada también.

—Es ALGUIEN en el jardín, Bette.

Nos miramos al mismo tiempo, y ambos lo supimos.

—Llamaré a la policía—dijo.

—Mantén a las perras en la casa—. Tomé las llaves de repuesto de la casa de Hannah del tazón que estaba en la cocina, esperando que ella hubiera cerrado con todos los seguros o con ninguno, porque no podía estar jugando a adivinar con las diferentes llaves. Corrí hacia fuera por las puertas francesas mientras Bette contenía a las perras y yo corría a través del oscuro jardín hacia Hannah.

Algo andaba mal. Sabía que algo estaba pasando. Atravesé la puerta del jardín entre nuestras casas y me detuve cuando llegué a su pequeño patio. Era sólo cemento y una mesa de café con un par de sillas. Sólo unas plantas en maceta. Estaba tranquilo. Se sentía mal. Me aterrorizaba hasta los huesos. Debí haberla obligado a quedarse conmigo. No debí dejarla ir.

Hice una pausa y escuché, deseando que el ritmo de mi corazón bajara para poder escuchar. Podía oírla. Estaba ahí. Estaba despierta, en medio de la noche. Y estaba hablando con alguien. Nadie debería estar ahí en medio de la noche.

Podía oírla, pero no entendía sus palabras. Entonces escuche la voz de un hombre. Grave. Molesta.

—¡Entonces no lo hagas, Marcus! —exclamó ella. Marcus. Su ex esposo. El miedo en mi interior se desató y ya no había lugar para incertidumbres.

Había ido por ella.

No podía tenerla. —¡No! —Chilló ella y yo no esperaría más. Tiré la puerta.

Ahí estaba Hannah, con sus ojos verdes bien abiertos y alarmados, encaramada en el sofá, y un gran hombre loco girando hacia mí. Con un arma.

—¡No! —gritó ella. —¡No! —era un alarido. Permaneció donde estaba, el sofá abultado con su manta tirada en la esquina, todas las obras en las paredes y el voluminoso perro rinoceronte como estaba normalmente, pero esto no era normal.

El hombre, Marcus, el ex marido de Hannah, me miró. Sus cejas oscuras bajaban sobre su cara. Sus fosas nasales hinchadas. —Tú eres el chico rico—. Era grande. Más grande que yo. Vestido con botas y vaqueros mientras yo estaba en pantuflas y pijama.

—Hannah, vete —dije. Sin quitarle los ojos de encima al hombre.

—Debería matarte. Me la robaste.

—No lo toques, Marcus—. Hannah no se fue. Se paró detrás de Marcus. —Déjalo en paz. No tiene nada que ver con esto.

—Tiene todo que ver. Me arrebató la vida. Y ahora puedo arrebatarte la suya. Aléjate de la puerta, señor Multimillonario, y ciérrrela. Vamos a terminar con esto.

—Hannah, vete de aquí—. La necesitaba lejos de aquí. Necesitaba que estuviera a salvo, si estaba fuera, entonces podía respirar. Sabía cómo luchar. Podía luchar contra él, quitarle el arma, recibir una bala, no me importaba, siempre y cuando ella estuviera bien.

Marcus sonrió. Fue espeluznante y severo. —Esto es lo correcto. Te llevaste a mi esposa. Me

quitaste la vida. Ahora tomo la tuya.

Levantó el brazo y lentamente me apuntó con el arma a la cabeza. Sucedió en cámara lenta como dicen siempre en las películas. Me imaginé el siguiente paso, con el dedo presionando el gatillo. La bala atravesándome. Y todo lo que me importaba era que Hannah estuviera a salvo. — Hannah, vete.

—No —dijo Hannah, simplemente. Tranquilamente. Y luego estrelló la escultura del perro rinoceronte de piedra sobre la cabeza de Marcus. Se desplomó de rodillas gimiendo, y el arma cayó al suelo.

Agarré el arma y la apunté al hombre. Se movió para levantarse. —Quédate abajo —le dije, —o te dispararé.

Marcus murmuró, —No, no lo harás, multimillonario, —y comenzó a levantarse.

—Dijo que te quedaras abajo—. Hannah lo golpeó en la cabeza de nuevo con la pesada estatua y esta vez colapsó. —El idiota nunca escucha. Siempre piensa saber lo mejor.

Marcus no se movió. No me atrevía a moverme, apuntándole con el arma. Los dos nos quedamos ahí. Resoplé una bocanada de aire. —Te dije que amaba a Fido.

—¿Fido? —Hannah parpadeo hacia mí.

Apunté con el mentón a la estatua en sus manos. —El perro rinoceronte.

—Oh—carcajeó una vez. Cambio de posición la estatua entre sus manos, ahora sosteniéndola como a un bebé.

Tragué saliva. —Me salvaste la vida, Hannah. Me había matado.

Me miró impresionada. —¿Estás bromeando? Vino para matarme. Tú me salvaste. ¿Cómo lo supiste? ¿Cómo supiste que te necesitaba?

Me reí. —Las perras.

—¿Las perras?

—Estaban ladrando como locas. Nos despertaron, ladrándole a algo en el patio.

De repente, los ladridos comenzaron de nuevo cada vez más cerca. Luego, justo fuera de la puerta, las perras estaban ladrando para que las dejaran entrar. —Bette debe haberlas dejado salir de la cocina. Le dije que las mantuviera en la casa. Estaba llamando a la policía. Deberían estar aquí en cualquier momento.

—Oh, ¡mis chicas buenas! —Hannah abrió la puerta, y se puso de rodillas, con las perras revoloteando a su alrededor. Ella puso al perro rinoceronte en el suelo para poder acariciarlas a ambas con dos manos.

Después de un momento de silencio, me miró. —¿Lo maté? —Preguntó, sin mirar al hombre en el suelo.

Sabía que no quería tocarlo. No la culpé. —Mantén a Fido listo, —le advertí, ganando una sonrisa a medias. Me arrodillé y le sentí el pulso. Por un segundo no sentí nada y luego tuve una sensación macabra, pero ahí estaba. Su corazón latía. Asentí con la cabeza. —Está vivo—. La oí soltar un suspiro de alivio. —Huele como el suelo de un bar. Y no como un buen bar de alta calidad. Un tugurio. A un costado de la carretera.

—Se emborrachó. Vino para matar a su ex esposa.

—Hannah...—no fue gracioso. Si se supone que debía ser un chiste.

—Está bien, no lo consiguió, ¿o sí? —Tenía ambos brazos rodeando a las perras y me miró.

—No lo consiguió—. El sonido de las sirenas policiales intervino. —Son los policías. Los dejaré entrar, lo arrestarán—. Ella asintió y se aferró a las perras, que se acurrucaron a su alrededor. —Se acabó Hannah. ¿Estás bien? ¿Te hizo daño?

—Sí, estoy bien. No me hizo daño. Pasó muy rápido. Llegaste muy rápido. Me asustó. Eso fue

todo.

Abrí la puerta a la policía, y se llevaron a Marcus, quien comenzó a moverse justo cuando llegaron. Hannah y yo estábamos aliviados porque Fido era pesado y ella lo había golpeado bastante fuerte, dos veces.

Bette llegó para revisarnos y llevar a las perras de vuelta, y me quedé a dar mi declaración, pero sobre todo para cuidar de Hannah.

Cerré la puerta a la policía cuando estaba por amanecer. Hannah se sentó en el sofá con una taza de té de hierbas. —¿Estás bien?

—¿Cuántas veces me preguntaras lo mismo esta noche, James?

—Ni una más. Porque ya terminó la noche. Es de día—. Me senté junto a ella, queriendo envolverla en mis brazos, queriendo abrazarla, queriendo cuidarla, pero resistiendo, porque la última vez que el deseo surgió, dejó una carta diciéndome que no podía hacerlo. No podía estar conmigo. Necesitaba espacio, así que ella era la que necesitaba hacer cualquier obertura. —Pero tengo que ser honesto, Hannah. No creo que deje de preguntar si estás bien. Necesito saber cómo estás, porque te amo y me importas. Quiero que cuidarte sea mi trabajo.

Colocó su cabeza en mi hombro y se acurrucó contra mí. Una ola de alivio me atravesó cuando me tocó. —Tengo un secreto.

Puse mi brazo alrededor de sus hombros y la metí en mi costado. —Te escucho.

—Me agrada que me cuides. Y creo que no debería.

—¡No! definitivamente deberías—. Intente con mucha fuerza no sonar emocionado. Para que mis esperanzas no influyeran en ella.

Ella se rio de mí, así que debí haber fracasado. —Creo que debería cuidarme sola y ser fuerte e independiente, pero me gustaría encontrar una manera de ser fuerte e independiente y aun así dejar que me cuides.

Besé su sien. Actuando calmado. —Deberías vivir conmigo.

Deslizó su mano a través de mi estómago y rodeando mi cintura. — ¿Estás seguro? Eso no es muy independiente. Y suena bastante comprometido, teniendo en cuenta que sólo hemos estado juntos un par de semanas.

—No. Para nada—dije. —Nuestra historia tiene más de diez años. Puedes vivir conmigo. Vive conmigo. Quédate con tu casa. Continúa paseando perros después de tus pequeñas vacaciones. Totalmente independiente. Sólo... estarás en mi casa para que pueda cuidar de ti.

Pensó, contemplativa. Parecía un poco como una broma, pero también a que realmente lo estaba considerando. La antelación inundó mi pecho. Ella se chupó los dientes dudosamente. — Eso no resuelve realmente el problema de estar demasiado comprometidos con una relación tan reciente.

—Ah —dije, manteniendo mi tono tenue. —Sí, por supuesto. Bueno, yo tenía la intención de que durmieras en la habitación de invitados, como todos los huéspedes no comprometidos lo hacen.

Ahogó un grito, ofendida. O fingiendo sentirse ofendida. —¡Nunca!

—¿Y por qué no? —Moví sus rizos de la frente hacia atrás.

Envolvió sus brazos apretadamente a mi alrededor, sincera ahora que su pequeño juego terminó. —Porque sólo quiero dormir en tu cama. En tus brazos. Escuchando tus latidos mientras me duermo. Porque te amo—. Apretó su oreja contra mi pecho.

—Ah —dije, mi corazón expandiéndose como un nuevo día. La ardiente sensación de sus lágrimas humedeció mi camisa. —Eso es lo que quiero también. Así que tenemos un trato.

—¿Cuál es nuestro trato?

—Vives conmigo, y duermes en mis brazos todas las noches, y yo te cuido para siempre.

Sollozó y negó con la cabeza. —No hay trato.

Incliné mi cabeza hasta la de ella y le susurré sobre su cabello. —¿Y por qué no?

—Porque el trato tiene que ser que cuides de mí, y yo cuide de ti también—. Sus dedos agarraron mi camisa, jalándome más cerca de ella. —Para siempre.

—Trato—dije. Ese fue el trato. Ella y yo, en los brazos de cada uno. Para siempre.

EPÍLOGO

Pintaba en mi caballete: un recuerdo que me hacía feliz, muy feliz. Un acantilado, una puesta de sol, el océano a lo lejos. Traté de pintar el olor del aire del mar y la brisa con olor a flor, de la piel cálida y el beso. Me gustó poder estar en casa, en mi pequeño estudio, y recordar un hermoso día en una isla exótica donde la felicidad era brillante, y podía hacerlo real con pintura y lienzo.

Aquí, estaba rodeado de cosas familiares, mi acogedor sofá viejo y todos mis libros, la música que falló para calmarme y recordarme quién era, y mi pesada estatua de perro rinoceronte abultado, Fido.

Las puertas y ventanas estaban abiertas y el aroma de nuestra recién plantada madreselva flotaba en el interior. Desde que derribamos la pared, tenía la mejor vista al jardín desde aquí mientras pintaba.

Desde el otro lado del jardín, oí ladridos y sonreí.

James estaba en casa. Pronto estaría aquí para recogerme. Prometió que lo haría si me envolvía en pintura y me quedaba demasiado tiempo. Lo había hecho antes y nunca dejó de burlarse de mí por ello. Las mariposas revoloteaban en mi estómago como siempre lo hacían cuando pensaba en él y pensaba en verlo. Me apresuré a guardar la pintura porque James estaría aquí pronto. Antes de darme cuenta, una bestia grande y desaliñada sin raza conocida se metió en la casa de carruajes y saltó sobre mí. Me puso las dos patas en el pecho y se acercó para lamerme la cara con entusiasmo.

—¡Rhino! —Grité. Era mi chico. James lo encontró siendo un cachorro, perdido en la calle, lo suficientemente pequeño como para caber en dos manos, y me lo dio. Ahora era un enorme gigante sin modales. —Abajo muchacho. ¡Abajo! —Oh, los malos modales. —Siéntate, Rhino. Qué vergüenza. ¿Ese hombre malo te deja hacer esto cuando no estoy aquí?

Rhino se sentó, y me sonrió, con la lengua colgando de su boca felizmente. Era demasiado noble como para preocuparse por mi regaño.

—¿Dejarlo? Yo le enseñé—. La voz de risa de James me hizo girarme hacia él, se apoyó en el marco de la puerta, tan alegre y hermoso que mi corazón saltó. Sus ojos azules perforaron mi alma y su orgullosa sonrisa me llenó de luz. — ¡Mira! —Se dio unas palmaditas en el pecho, — ¡Beso, beso, Rhino! —Rhino se levantó, felizmente, y saltó sobre James, babeando sobre él hasta que lo empujó hacia abajo, riendo.

Suspiré, exasperada. —Saltar sobre la gente no es un buen truco para perros, James.

Bajó los párpados y me miró a través de sus pestañas negras, luego se dio palmaditas en el pecho dos veces con la mano. —Beso, beso, Hannah.

Mi estómago dio un vuelco, y el rubor me inundó. —No vas a usar trucos para perros

conmigo, James Silver.

Me guiñó. Dio palmaditas en su pecho. —Vamos, cariño. Dame un beso.

No pude resistir más y me derretí sobre él, dándole un beso largo y anhelante. Se aferró a mis caderas y me besó de vuelta con una pasión que comenzó caliente y exigente pero se suavizó hasta terminar en dulzura, alegría y felicidad. Terminó besando la punta de mi nariz, luego se separó de mí y tomó mis dos manos con las suyas.

—¿Ya terminaste de pintar? Bobby y Bette y su nueva novia estarán aquí en quince minutos para la cena.

—¿Ya es tan tarde? Me dejé llevar. Lo siento—dije. —Estaré en casa antes para ayudarte a preparar todo ya que tú cocinarás. ¿Qué harás?

—*Risotto* de azafrán con camarones y guisantes de primavera. Y tengo un poco de polenta con tomate fresco y gorgonzola como aperitivo.

—Delicioso. Háblame sucio—. Me incliné hacia él para otro beso. —Sabes, si me hubieras dicho que podías cocinar esa primera noche que nos encontramos de nuevo, jamás me habría podido resistir a ti.

Mordisqueó mi oreja. —Has estado ocupada, por lo que veo—. Se acercó a la pintura en el caballete, todavía sosteniendo mi mano. Se detuvo delante por un minuto, y luego levantó mi mano para besar mis dedos. —Es Hawái. Pintaste nuestra boda.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio. —Mi día más feliz.

—Me hace feliz. Tú, tan hermosa, y yo, y ese precioso firmamento, y nosotros prometiendo amarnos para siempre. Pero no es mi día más feliz.

—¿No? —Me sorprendió. Me había dicho entonces que era su día más feliz. Lo atesoré. —Supongo que fue porque no pudiste compartirlo con tus amigos y familiares, porque lo mantuvimos en secreto para todo el mundo.

—¿Qué? Oh Dios no. Me encantó que nos escapáramos, que nuestra boda fuera algo sólo para nosotros, no para amigos o familia o estatus o apariencia o el público. Me encantó que sólo fuimos tú y yo—. Envolvió sus manos alrededor de mis caderas y me atrajo a su costado, todavía mirando la pintura. Había sabido inmediatamente lo que había pintado, aunque no había una boda en la pintura. Había sido lo que habíamos visto mientras estábamos allí en ese glorioso día. Lo amaba.

—Eres tan introvertido, James. ¿Cómo lo has ocultado a los demás en tu vida todo este tiempo?

—Mucha práctica, creo—se encogió de hombros. —Actué mi vida para los demás, pero nuestra relación, nuestra boda, tú y yo; eso es sólo para nosotros. Nuestra boda secreta fue genial, pero no diría que es el día más feliz de mi vida, porque cada día que estoy contigo es más feliz que el anterior y ¿eso fue hace cuánto? ¿Un mes? ahora soy treinta días más feliz de lo que era el día de nuestra boda. Porque te tengo.

Las mariposas en mi estómago volaron y se llevaron mi corazón y pulmones y cada parte de mí con ellas. —¿Cómo tuve tanta suerte contigo, James? Te amo tanto.

—No creo que haya sido suerte, cariño—dijo y besó mi cabello, mientras sus dedos se hundían y enredaban porque le gustaba desordenarlo. Le pegué en la mano para que se detuviera porque haría nudos en mi cabello y me alejé de él. Aún me agarraba por las caderas, sin dejarme ir. Pero amarré mi cabello en un moño, resguardándolo de sus dedos mientras se esforzaba por entrometerse en mi camino besándome. Finalmente terminé mi moño y lo empujé ligeramente, sin quererlo. Me dio otro beso con una sonrisa pícaro. —No fue suerte, Hannah. Fue el destino.

—¿Destino? ¿Crees en el destino? ¿Desde cuándo?

—Desde que te conocí. La idea ha ido creciendo dentro de mí. Cuando pienso en cómo nos conocimos, cómo nos atraíamos sin saberlo...

Estaba haciendo toda una historia. Resoplé. —Yo lo sabía, chico rico, estaba enamorada de ti. Tú fuiste el que no se fijó en mí.

—Me fijé en ti. No estaba listo para ti, cariño. Pero algo me atrajo hacia ti. Estabas destinada a mí. Y yo estaba destinado a ti. Destino. Nos llevó diez años...

—Y un par de escándalos y un intento de homicidio...

—Llegar a dónde estamos—. Se rio con lo que añadió. —Sí. Almas gemelas con tendencia a lo dramático. Claramente, tuvimos que fugarnos a Hawái y mantener el secreto por un mes.

—Eres tan bueno conmigo —lo abracé. Acurrucándome sobre él sin dejarlo ir. Aunque tenía antojo de ese *risotto* de azafrán. La cena. Y eso me dio una idea. — ¿Estás listo para decirle a la gente que estamos casados? Podemos empezar con Bobby y Bette esta noche.

—¿En serio? —sus ojos se iluminaron de alegría. Me sentí mal. Lo obligué a guardar un secreto con la gente que amaba.

—Lo lamento, James. No quería que lo ocultaras de ellos si te hacía sentir mal. Hay que decirles enseguida.

—Oh, no te sientas mal, no puedo esperar para restregarles en la cara que gané. Te conquisté cuando dijeron que no podría y lo mantuvimos en secreto un mes. Mi amor secreto. Mi chica secreta. Mi vecina secreta. Estamos juntos después de todo. No pudieron derrotarme—sonrió engreído. —No puedo esperar para ver lo sorprendidos que estarán. Y enojados. Será genial.

Di un paso atrás y ladeé la cabeza. —Nunca los entenderé. Son como extraterrestres. Es por tanto dinero, creo. Se les subió a la cabeza y pudrió sus cerebros o algo.

—Probablemente. Eso suena factible. Lástima que la pudrición cerebral venga por ti ahora que eres Hannah Silver. ¿Lo que es mío es tuyo? La casa, el dinero, la familia, la pudrición cerebral, todo.

—Oh Dios mío. No lo pensé bien. ¿Podemos conseguir un amuleto? —Gruñí.

—No —dijo, y tiró de mí hacia él de manera que hubiera caído de no ser porque me atrapó. —Demasiado tarde. Somos eternos. Almas gemelas. Eres mi hogar. No hay escapatoria para ti. No de mí.

—Maldición —dije, sin lamentarlo realmente, mientras colocaba mis manos en su nuca y lo alentaba a besarme porque él lo era todo para mí. Todo.

SOBRE L.A. PEPPER

Al igual que usted, L.A. ama las historias románticas contemporáneas y es una ávida lectora.

Su corazón ha sido roto por el verdadero amor, sin embargo, ¡todavía es adicta a los finales felices!

Cuando L.A. no está escribiendo sobre la próxima novela romántica contemporánea del chico malo multimillonario, disfruta de una copa de *Chianti*, de *raclette* con sus amigas, de clases de *spinning* y de ver el amanecer cada mañana.

Es una ama de casa desesperada autoproclamada y vive en un callejón sin salida de historias emocionantes, dramáticas y románticas. Muchas de sus ideas están inspiradas aquí.

L.A. recibió su apodo de una de sus hijas adolescentes, ¡y lo acuñaron amigos y familiares!

Leanne vive en Canadá con su marido, y 4 hijos.

¡Le encantaría contactar con usted!



CONTACTAR CON L.A.



Visite su página de autora

<http://bit.ly/2v3vw64>

Visite la página de Facebook de L.A.

<https://www.facebook.com/groups/332785307317033/>

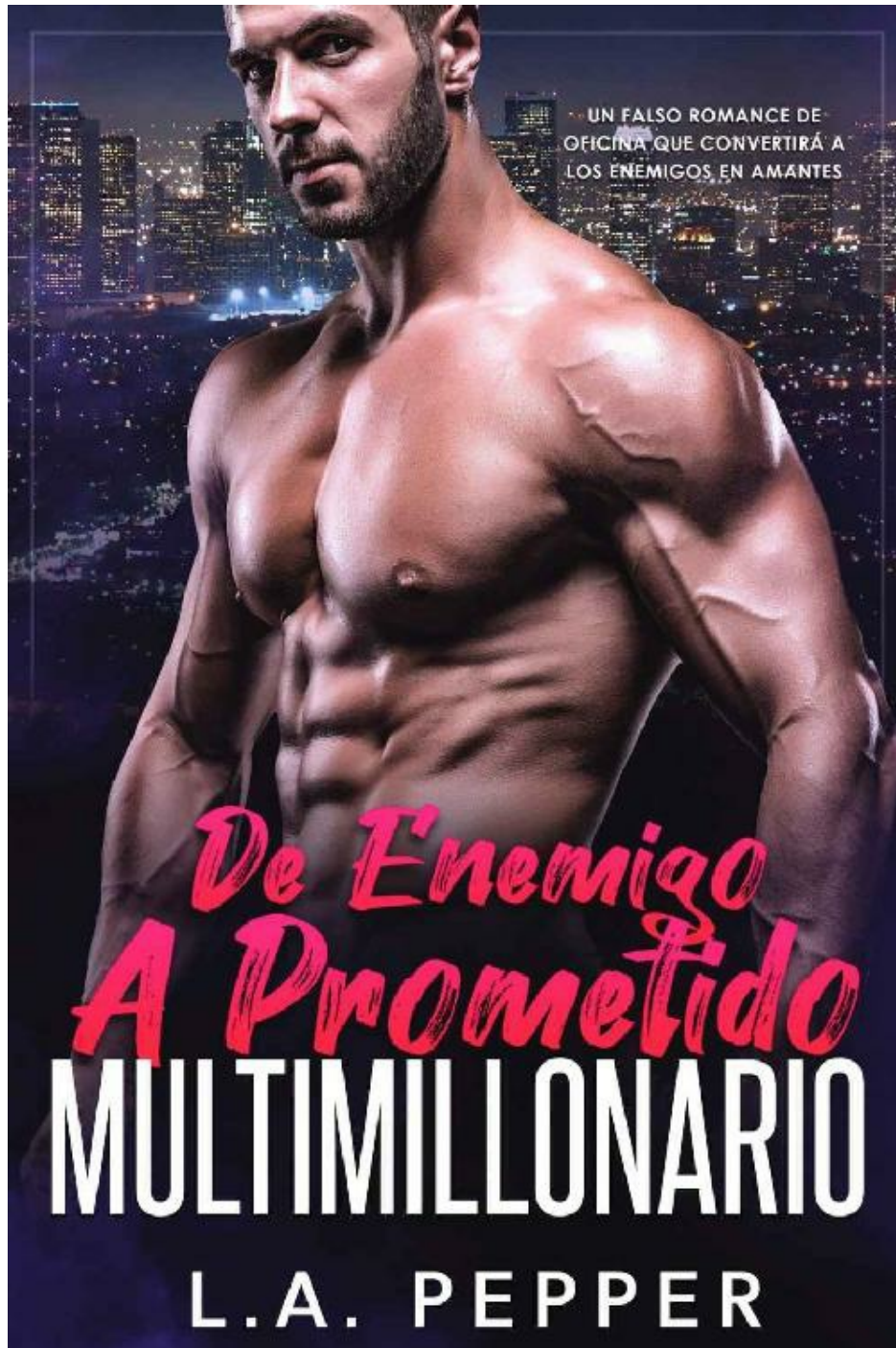
Siga a L.A. en Amazon para obtener actualizaciones sobre nuevas publicaciones y mejorar sus recomendaciones

https://www.amazon.com/LA-Pepper/e/B07QS4RJY6/ref=dp_byline_cont_book_1

OTROS TÍTULOS DE L.A. PEPPER

De Enemigo a Prometido Multimillonario

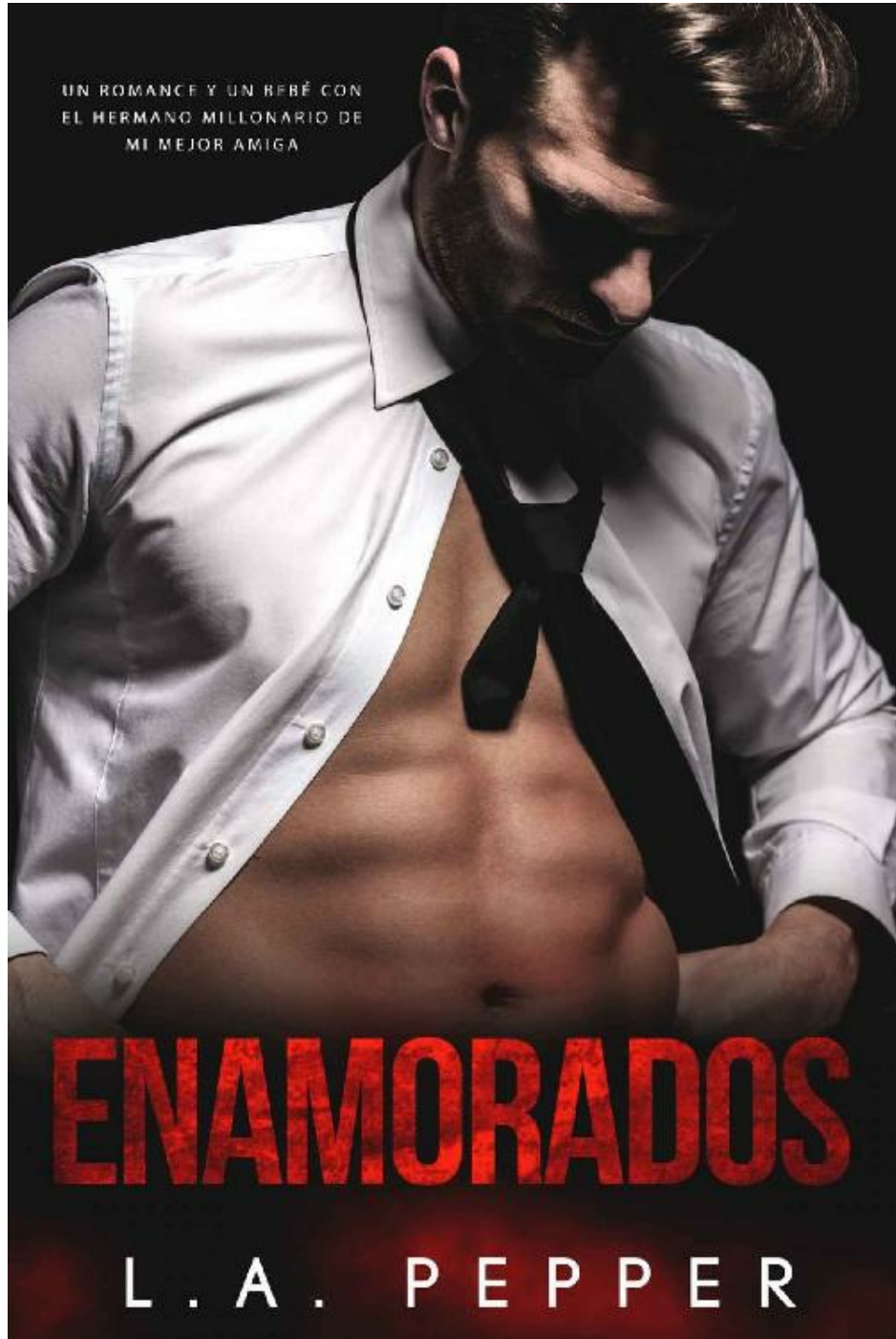
Un Falso Romance de Oficina Que Convertirá a Los Enemigos en Amantes





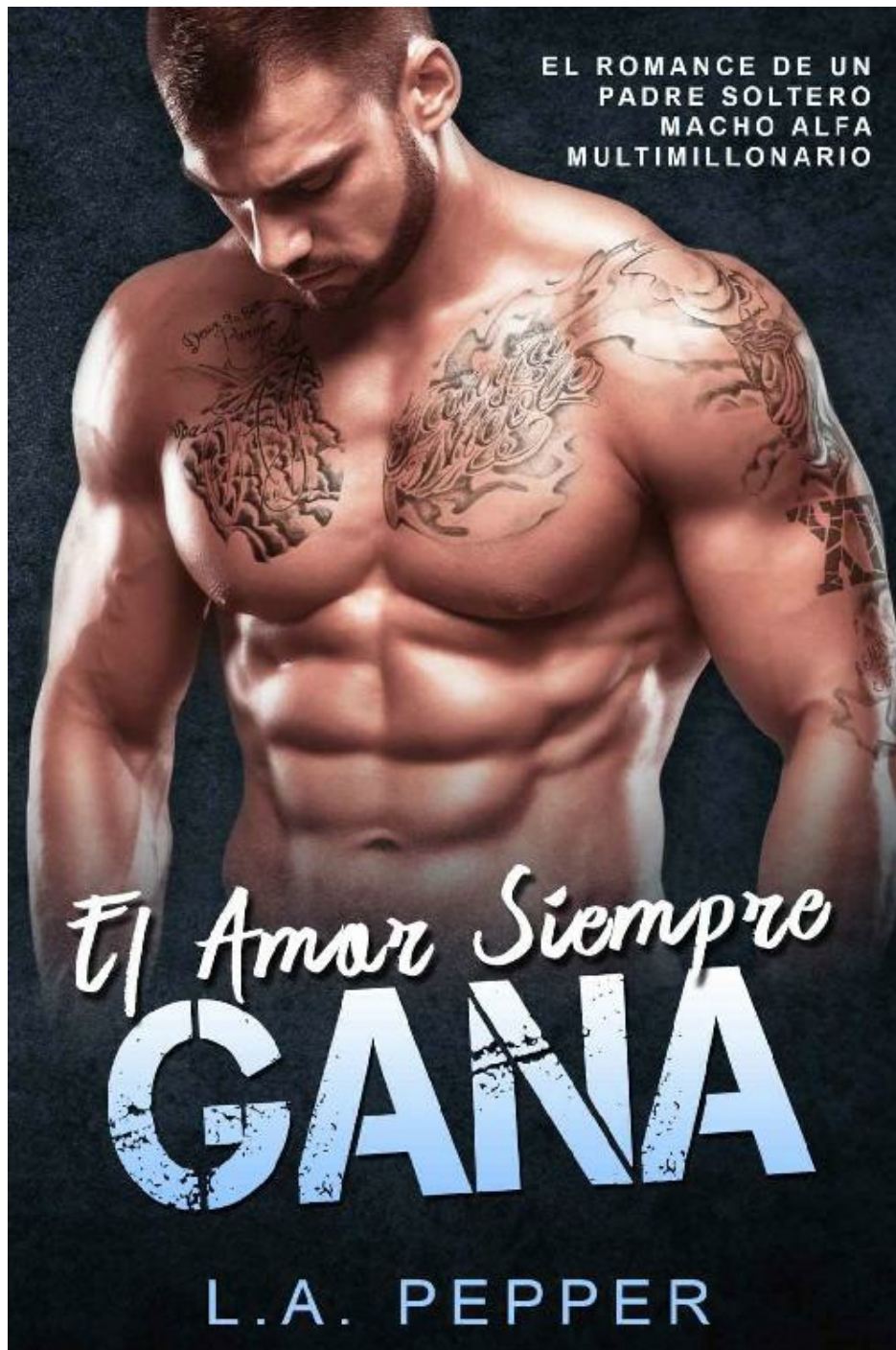
Enamorados

Un Romance y Un Bebé Con El Hermano Millonario de Mi Mejor Amiga

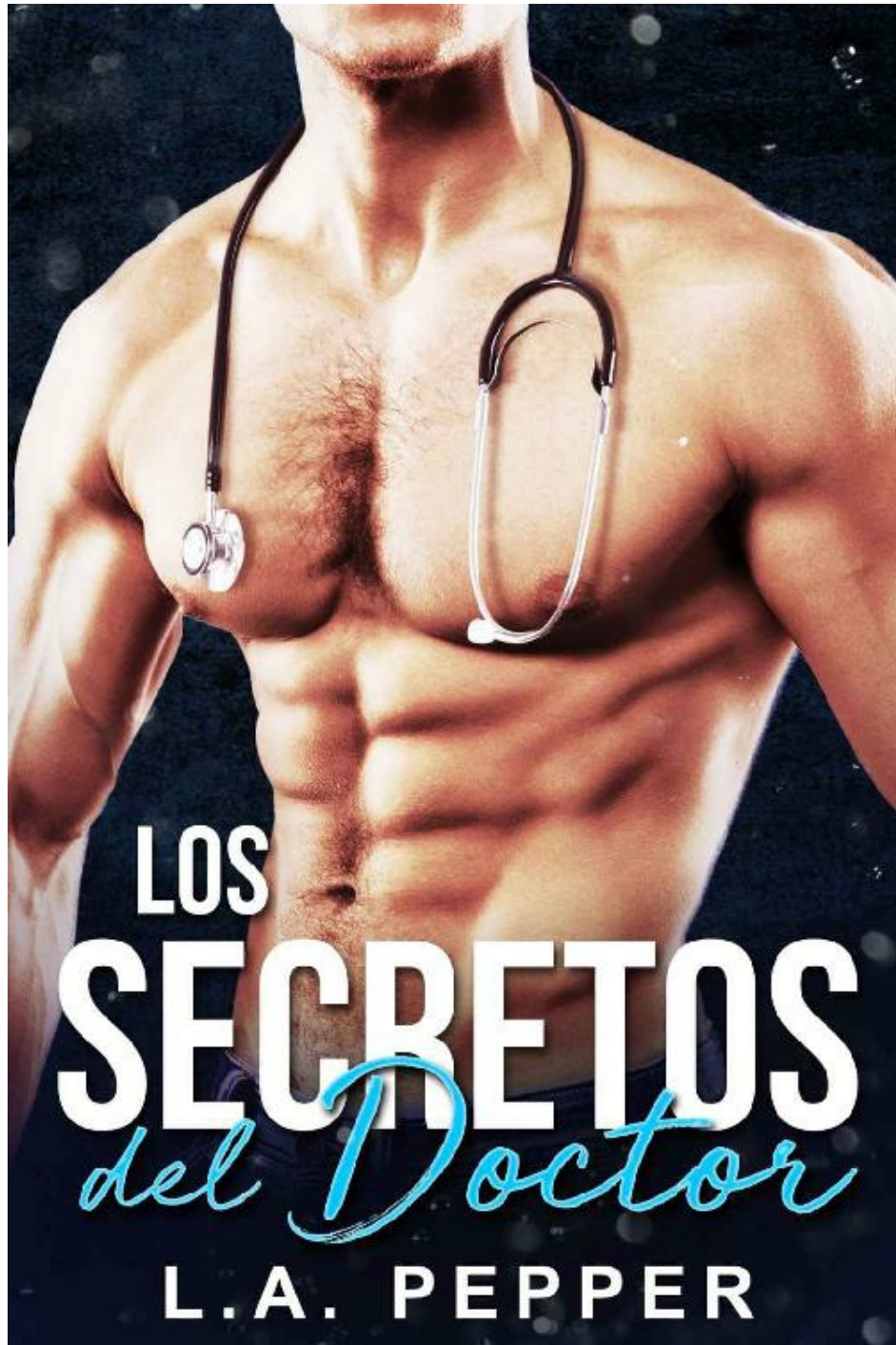


El Amor Siempre Gana

El Romance de Un Padre Soltero Macho Alfa Multimillonario



Los Secretos del Doctor

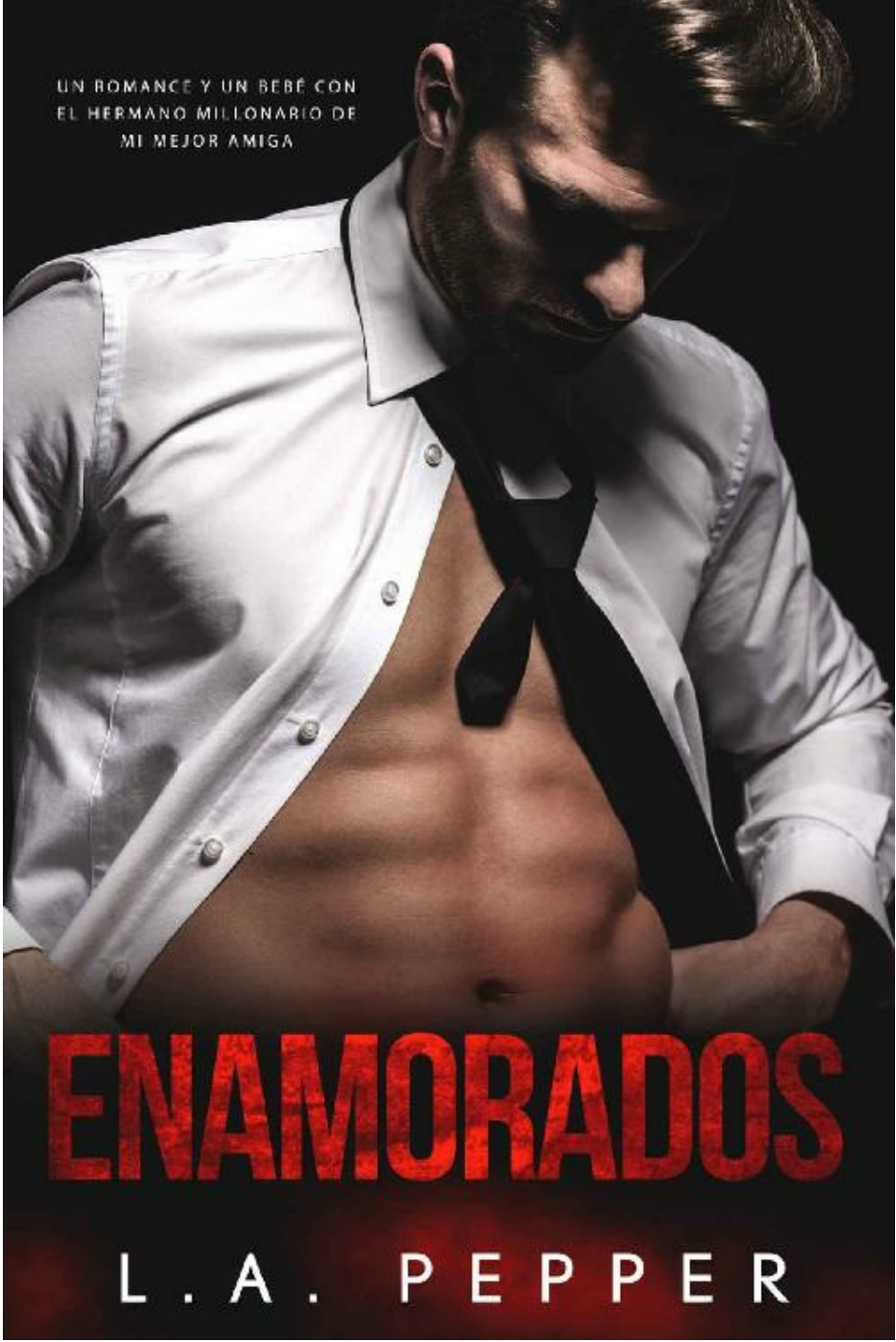


LEE UN ROMANCE GRATUITO

Obtén tu copia gratis de

Enamorados

Un romance y un bebé con el hermano millonario de mi mejor amiga



UN ROMANCE Y UN BEBÉ CON
EL HERMANO MILLONARIO DE
MI MEJOR AMIGA

ENAMORADOS

L . A . P E P P E R

Descarga el libro en <https://dl.bookfunnel.com/tl5zurdike> (versión en inglés).